

JEAN ECHENOZ

RUBIAS PELIGROSAS



Lectulandia

Una productora de televisión prepara una emisión, *Rubias peligrosas*, en la que desfilarán fragmentos de películas con Marilyn, Marlene, Brigitte Bardot y Kim Novak, pero también con otras menos previsibles como Gloria Stella, una star francesa cuya meteórica carrera quedó encallada en las páginas de sucesos. Nuestra heroína tiene un peligroso hobby: cuando un hombre se interpone en su camino, acaba desplomado al fondo del abismo. Años después de su salida de la cárcel, varios detectives se lanzan tras sus huellas a fin de reencontrarla...

Lectulandia

Jean Echenoz

Rubias peligrosas

ePub r1.0

Titivillus 30.05.16

Título original: *Les grandes blondes*
Jean Echenoz, 1995
Traducción: Josep Escué

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Es usted Paul Salvador y anda en busca de alguien. Termina el invierno. Pero no le gusta buscar solo y dispone de poco tiempo, así que se pone en contacto con Jouve.

Como de costumbre, podría citarlo en un banco, un bar o el despacho de cualquiera de los dos. Para variar un poco, le propone verse en la piscina de la Porte des Lilas. Jouve acepta de buen grado.

Usted, el día fijado, llegaría a la hora en punto al lugar convenido. Pero usted no es Paul Salvador, que llega con mucha antelación a todas sus citas.

Él, particularmente adelantado aquel día, se puso a pasear a lo largo del gran edificio negro y blanco que contiene cinco mil hectolitros de agua. Después, siguiendo la leve inclinación del bulevar Mortier, pasó ante las construcciones grises contiguas a la piscina por el sur, que contienen, por su parte, quinientos funcionarios que trabajan para el servicio secreto francés. Salvador siguió paseando a lo largo de aquellos edificios hasta el momento en que, no lejos, dio la hora en el campanario de Nuestra Señora de los Rehenes.

Jouve y él se encontraron en la cafetería del club de natación, encima de las tribunas que dominan las piscinas, bajo el gran techo corredero transparente. Los únicos vestidos con traje de calle en aquel lugar, gris claro el de Salvador y azul marino el de Jouve, veían agitarse a sus pies a los bañistas y observaban con mayor atención a las bañistas; cada uno de ellos establecía una tipología de sus bañadores: los mono o bipiezas, los bikinis o tangas, los modelos estampados, con fruncidos y bordados y hasta con volantes. Todavía no hablaban. Esperaban el Perrier-limón.

Salvador trabajaba por aquel entonces para una sociedad de producción de programas televisivos, sección concursos y magazines, que Jouve veía con su esposa todas las noches. Salvador era alto y flaco, rondaba los cuarenta y no tenía esposa. Sus largos dedos pálidos jugaban en cualquier circunstancia unos con otros mientras que, más carpinteras o tocineras, las manos de Jouve, por el contrario, se ignoraban y se evitaban cuidadosamente, metidas cada una en su bolsillo la mayor parte del tiempo. Macizo, con diez años más que Salvador y diez centímetros menos, Jouve gustó con prudencia el contenido de su vaso: el agua picante y el limón se armonizaban con el aire dorado del club de natación para despejar de maravilla las narices.

—Bueno —dijo por fin—, ¿de quién se trata esta vez?

Luego sacudió negativamente la cabeza después de que Salvador pronunciase el nombre de una mujer.

—Pues no —dijo—, seguro que no me suena de nada.

—Eche al menos un vistazo a esto —dijo Salvador, y le tendió un fajo de recortes de periódicos y fotografías en que aparecía la misma mujer: joven, siempre saliendo de algún sitio y designada con el nombre de Gloria Stella.

Dos tipos de fotografías. En unas, en cuatricromía, recortadas del papel brillante

de semanario, se la veía salir de escena, surgir de un Jaguar o de un jacuzzi. En las otras, algo más recientes, en blanco y negro mediocrementemente tramado, sacadas de las páginas de Sociedad de la prensa diaria, se la reconocía cruzando una puerta de la Jefatura de Policía, saliendo del despacho de un abogado y, después, bajando las escaleras de un palacio de Justicia. Mientras que las unas, cuidadosamente iluminadas, rebosaban de sonrisas deslumbrantes y miradas triunfadoras, las otras no mostraban sino ojos esquivos bajo gafas negras y labios herméticos, deslucidos por los flashes y enfocados a toda prisa.

—¡Ah! —dijo Jouve—. Aguarde un momento.

En espera del momento, Salvador se ausentó dos minutos; en la puerta de los servicios, entre varias proposiciones de encuentros, aparecía, escrita con un trazo exasperado de rotulador, la inscripción ¡NI DIOS NI MONITOR DE NATACIÓN!

—Ya lo tengo —dijo Jouve cuando Salvador volvió a ocupar su sitio en la cafetería—. Recuerdo esa historia. ¿Qué ha sido de la chica?

—Ni idea —dijo Salvador—. Lleva cuatro años desaparecida. Si pudiera arreglarme este asunto... No debería resultar demasiado complicado, ¿no?

—No, no debería —dijo Jouve—. Ya lo veremos.

Luego volvieron andando hacia los bulevares de ronda.

—Bueno —dijo Jouve—, necesito información. Convendría que me pusiera por escrito todo lo que sepa de ella.

—Por supuesto —dijo Salvador, y sacó del bolsillo un nuevo documento—. He preparado esto. Le explico cuanto he podido encontrar en esta nota.

—Una joven muy hermosa, en cualquier caso —juzgó Jouve mientras ojeaba de nuevo las fotos—. ¿Puedo quedármelas?

—Claro que sí —dijo Salvador.

Juntos pasaron de nuevo frente a la sede del servicio secreto, de la que sólo se distinguían las plantas superiores detrás de una tapia ciega, erizada de cámaras fijas enfocadas a las aceras y de caballos de Frisia con alambradas. Clavadas con pernos en el muro, unas placas de esmalte disuadían de trecho en trecho de filmar o sacar fotos de la zona, clasificada militar y cuyas instalaciones daban testimonio de las sucesivas concepciones, entre 1860 y 1960, de la arquitectura administrativa. Una elevada y estrecha torre metálica sostenía numerosas antenas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, y el único acceso consistía en una puerta corredera montada sobre raíles, por donde entraban y salían nerviosamente vehículos franceses ocupados por sujetos borrosos. Dos centinelas vigilaban miméticamente aquella puerta; ambos tenían la misma expresión disuasiva y los mismos rostros de rasgos imprecisos, con la mirada oculta tras unas gafas de espejo.

—No se lo niego —dijo Salvador—, puede no resultar fácil. Hemos indagado un poco por nuestra parte, pero sin lograr nada. Es como si no hubiera dado señales de vida a nadie desde hace, prácticamente, cuatro años, como le he dicho.

—Ya veremos —dijo Jouve—, voy a encargarme inmediatamente a alguien que se

ocupe del caso. Pero ¿a quién? —se preguntó—. Boccara es competente, veré si está libre. Si no, Kastner, quizá. Sí, mejor Kastner. Un tipo simpático, que podría arreglarle esto muy bien. ¿Es su identidad, en primer lugar?

—¿Cómo dice? —exclamó Salvador—. ¿Qué identidad?

—Esto, este nombre —dijo Jouve, que puso el índice sobre Gloria Stella—. Suena un poco a nombre de barca de pesca, ¿no le parece?

—Ah, sí —dijo Salvador—. Pues no. Por supuesto que no. Lo encontrará todo en esa nota.

Jean-Claude Kastner llegó a media tarde a la pequeña zona industrial que da una primera idea de Saint-Brieuc. Detuvo su coche en el aparcamiento de una fábrica de piensos para animales y luego buscó en la guantera una bolsa de plástico opaco cerrada con velcro, que colocó sobre sus rodillas sin abrirla enseguida. Antes se frotó vigorosamente los ojos con la yema de los dedos, para purgarlos de cuatrocientos kilómetros de autopista.

La bolsa contenía las fotografías y la nota facilitadas la antevíspera a Jouve por Salvador, además del mapa de carreteras Michelin 58, que detalla Bretaña entre Lamballe y Brest. En un pliegue de la península había una lista manuscrita de pueblos portuarios esparcidos por la costa, así como de otros en el interior, desde allí hasta Saint-Pol-de-Léon. Según los primeros cálculos efectuados por Jouve, en aquella zona podía residir la mujer —una atractiva rubia, alta e intimidante— representada en las fotos desde ángulos distintos y bajo cielos diversos. Para programar sus actividades de los días siguientes, Jean-Claude Kastner unió con lápiz rojo, directamente en el mapa, las poblaciones que debía inspeccionar. Una vez unidas siguiendo una línea quebrada, como en los juegos de los periódicos, el itinerario no dibujaba ninguna figura identificable, cosa que le decepcionó vagamente.

Tras guardar aquellos papeles en la bolsa, arrancó, maniobró, volvió a la carretera nacional y entró en Saint-Brieuc. Una vez aparcado su coche en el centro urbano, cerca del mercado cubierto, Kastner cenó un cuscús imperial en el establecimiento de uno de los magrebíes que se hacen la competencia por la parte de la estación antigua, y luego encontró una habitación en un hotel de pocas estrellas enfrente de la nueva. Lúgubramente alumbrada por una sola lámpara que colgaba del techo, la habitación era un cubo ciego sin televisor, ni nevera, ni surtido de artículos de tocador en el cuarto de baño, puesto que no lo había: en un rincón se había instalado una ducha elemental bajo un dispositivo de plástico deslustrado plegable, frágil y con un escape. Kastner tardó poco en dormirse.

Despertó también muy pronto, al cabo de dos horas; dio muchas vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, encendió la lámpara del techo y trató de reanudar la lectura de una obra de ciencia ficción de la que no entendía ni el argumento ni el desenlace. Hacía demasiado calor y después demasiado frío en el cuarto. Kastner tiritaba y sudaba alternativamente, no se concentraba en la lectura. Volvió a su mapa y modificó el itinerario fijado en el aparcamiento: el resultado cambiaba poco, pero el dibujo obtenido recordaba vagamente un caballito de mar acostado. Como último recurso, nuestro hombre acabó tomando un somnífero que lo adormiló veinte minutos después.

Tuvo sueños incongruentes, que culminaron con una pesadilla habitual. Sueño clásico de vértigo: Kastner se agarra con todas sus fuerzas al extremo de una estructura vertical, hecha con viguetas desunidas y travesaños oxidados, que se alza

al borde de un abismo. Es un andamio precario cuya pintura se desconcha y que un vendaval amenaza con echar abajo. Kastner no se atreve a mirar al vacío que tiene a sus pies; siente que sus fuerzas menguan y van a abandonarlo; ve que acabará soltándose. Esto es muy penoso, y, en general, el sueño acaba así: es entonces cuando suele despertarlo el pánico. Pero esta vez no: esta vez Kastner se escurre y cae, cae al vacío interminablemente. Se despierta empapado justo al ir a estrellarse en el suelo.

Pedido para las siete, el desayuno constaba de café pálido, zumo de naranja y bollos industriales. Kastner no tenía ánimo para comérselo todo. El somnífero le había secado la boca y le había dejado sin fuerzas, como en su sueño, y casi sin apetito; le dolía el cuerpo, se sentía calenturiento, le temblaban un poco los dedos. De mala gana hizo unas cuantas flexiones y extensiones, al cabo de las cuales su sudor despedía un olor químico que persistió incluso tras una ducha meticulosa y ni la colonia pudo eliminar. Después se puso el mismo atuendo que la víspera: traje acrílico marrón sobre polo acrílico burdeos. Kastner, de aquel modo, iba vestido como algunos representantes o vendedores a domicilio —profesiones que, más o menos, había ejercido en tiempo pasado, amén de otras de parecido prestigio en la división social del trabajo.

Todo el día, a bordo de su coche, con el mapa Michelin desplegado en el asiento delantero derecho, siguió Kastner el trayecto previsto. Paraba en cada población y enseñaba las fotos a quienes regentaban algún bar, a los encargados de estaciones de servicio, a triperos y pasteleros todavía en pie pese a las grandes superficies. Estaba convencido de ser discreto. Decía que la mujer de las fotos era su hermana o su cuñada, según. Una vez se atrevió a asegurar que era su esposa, pero aquello lo turbó, se emocionó, no volvió a arriesgarse. De todos modos, los pequeños comerciantes meneaban la cabeza y fruncían los labios, así que Kastner recorrió también las grandes superficies. En vano todo aquel día, en vano el siguiente.

El tercer día llovió; Kastner se había perdido. En realidad, llovía sin llover: unas gotitas minúsculas que punteaban el parabrisas; no lo bastante para poner el limpiaparabrisas, ni tan poco que se pudiera prescindir de él, de modo que las escobillas enturbiaban la pantalla de cristal en vez de limpiarla. Sin duda por esta causa, cuando trataba de dirigirse a un pueblo llamado Launay-Mal-Nommé, Kastner debió de saltarse un cruce con la departamental 789, en algún punto entre Kerpaldud y Kervodin, y se encontraba en mitad de un bloque de casas grises y anónimas. Aparcado en un terraplén frente a una iglesia inmóvil, un monumento a los caídos a la izquierda y, a la derecha, un pequeño cementerio marino no mucho más animado: nada que pueda inspirar alegría al hombre que en su coche trata de descifrar el mapa de carreteras —que ahora le parece un jeroglífico— y busca luego distraídamente su nombre en el pedestal del monumento a los caídos, pero, como cabía esperar, inútilmente: allí sólo se alinean apellidos de origen local, lo que no es el caso de Kastner.

Su mirada se desvió hacia la iglesia, detrás de la cual desaparecía apenas

entrevisto un hombre de edad; luego, a los dos minutos, pasó una mujer junto al pórtico del edificio. Aunque, a lo largo de su vida, se había encontrado en muchos callejones sin salida, Kastner nunca le había pedido que le indicara una dirección a nadie, pero la humedad, la soledad y el silencio que lo rodeaban lo llevaron, por una vez, a bajar el cristal y, al pasar aquella mujer a su altura, a disculparse por molestarla:

—Dispense —dijo—, creo que me he perdido. Busco un cruce que no encuentro. ¿Tiene idea de si hay alguno cerca?

Se trataba de una mujer joven, algo encorvada: zapatos pequeños y planos, cabellos deslucidos medianamente largos que, por decir algo, se diría que eran castaños, grandes gafas cabalgando una nariz aguileña, todo ello maquillado con estridencia y embutido luego en un atuendo de jogging disparejo. Expresión hermética, tal vez asustadiza, ningún atractivo, pero sin que por ello resultara desagradable. Se paró sin decidirse a acercarse, doblado el cuerpo a un lado por el peso de una bolsa con provisiones. Un desvío, repitió Kastner, un cruce.

A primera vista, la mujer no parecía tener idea de aquello, y luego pareció no tener idea de nada. ¡Vaya atontada!, pensó Kastner, que insistió lentamente, con voz más articulada, apoyando bien el dedo en el mapa que presentaba torcido por el cristal bajado. Launay-Mal-Nommé, precisó, es donde voy.

—Launay —dijo por fin la mujer sin mirar el mapa—, ya sé. Está en mi camino. Espere, que se lo digo.

Un silencio, y luego, con voz monocorde, una retahíla de la primera a la derecha y la primera a la derecha, de a la izquierda antes de un semáforo, de la tercera en la encrucijada, no tenía pérdida; pero Kastner se había perdido nada más empezar. Oiga, le dijo, si va usted allí, podría acercarla, si quiere. Usted me guiaría. Suba. Si usted quiere. Otro silencio, y luego se limitó a hacer una señal con la cabeza, con una frase acerca de un autobús que Kastner no entendió mientras daba la vuelta al coche por detrás. Subió y puso la bolsa a sus pies. La bolsa le molestaría durante todo el trayecto, pero Kastner no se atrevió a sugerirle que la colocara en el asiento de atrás.

Aquel trayecto ofrecería el espectáculo uniforme de casas grises dispersas; pocas parecían habitadas, y bastantes estaban en venta. Pero quién iba a querer, se preguntó Kastner, aquellas cuyas estrechas ventanas no daban al mar: yo no. No es lugar para mí. Prefiero el sol, y, en cualquier caso, de todas formas, no tengo dinero. En las exangües fachadas se distinguía, a veces, macetas o ropa tendida, y el agua, señal de vida, al evaporarse de la ropa regaba la flor. Otras respiraban apenas, viejos sobres franqueados de propagandas pintadas cincuenta años atrás, de bragueros y fosfatinas fantasmales.

Inmóvil en su asiento, con los labios casi inmóviles, su pasajera le indicaba palabra a palabra el recorrido a Kastner. Quien, concentrado en principio en la carretera, se valía de su visión periférica para pormenorizar el chapucero maquillaje: párpados verde manzana, dos trazos violeta en las cejas, dos círculos de colorete

terracota en las mejillas y pintura de labios extraterritorial granate. Todo ello sobre un fondo más bien paliducho. El ojo periférico descifró hasta la hora en un pequeño reloj de pulsera como los que se ganan en las tómbolas —las siete menos algo—, y descubrió unas marcas rojas que se descascarillaban en las lúnulas de las mordidas uñas. Dedo arriba de una de ellas, Kastner creyó identificar una alianza. Pero no: al mover la mujer la mano vio que aquel objeto iba adornado con una piedra de baratillo de color cetrino acompañada por tres brillantes.

Avanzaban hacia Launay-Mal-Nommé; la mujer callaba ahora completamente. Deseoso de romper el silencio, Kastner consideró acertado exponer el motivo de su presencia. Empleado por una pequeña sociedad privada lo habían mandado a aquella zona con la misión de dar con una persona. Por motivos, precisó, que desconocía; sin duda, algún mísero asunto de cobro de deudas, como se daba demasiado a menudo el caso. Procurando no rozar a su pasajera, tendió el brazo hacia la guantera para extraer a tientas dos o tres fotos de la persona en cuestión. ¿Le suena, por casualidad? La mujer apenas prestaba oídos a sus palabras, como si no comprendiera todo aquello, y dijo que no como habría podido decir que sí; no parecía una persona afortunada, ni demasiado equilibrada. Kastner sentía nacer cierta simpatía, no exenta de una vaga solidaridad.

Al salir de una curva, la mujer apuntó con el dedo (es aquí, me bajo aquí) a una casita aislada cerca de la carretera: Kastner redujo la velocidad. Era una vivienda baja y grisácea como otras muchas en la zona, flanqueada por un jardincito. De regreso al estado salvaje, unas flores indecisas circundaban una palmera clorótica medio muerta de frío a pesar del microclima, que parecía una gran escoba de barrendero plantada en el suelo y que hubiera crecido. Ya no le queda lejos ahora, dijo la mujer, un kilómetro escaso, todo recto. Gracias, dijo Kastner, muchas gracias. Gracias a usted, dijo la mujer, ¿le apetece tomar una copa? Es que no quisiera abusar, dijo Kastner. ¡Vamos!, exclamó ella con una media sonrisa inédita. Después, al agacharse para coger la bolsa, su mano rozó como por descuido el muslo derecho de Kastner, que se estremeció imperceptiblemente. Y que, luego, dijo: Bien, de acuerdo, antes de aparcar en el arcén. No deje el coche aquí, dijo la mujer, voy a abrirle. Bien, bien, repitió Kastner, cuyo coche cruzó la verja y dio la vuelta a la vivienda en dirección a un patinillo simétrico al jardín. Kastner paró el motor, salió del vehículo y cerró la puerta con fuerza sin quitar las llaves del contacto.

El mar no estaba lejos. Por una ventana lateral se veía su superficie, que se fundía con el cielo en la luz crepuscular, pues no había línea divisoria en el horizonte. Kastner estaba sentado ahora en una butaca de mimbre poco cómoda, con un vaso en la mano y una pila de revistas a sus pies. Los muebles de la salita eran escasos y estaban desaparejados, como en las casas que se alquilan para las vacaciones; un portalámparas sin bombilla colgaba del extremo de un hilo eléctrico en mitad del techo. Tras un primer vaso, Kastner había aceptado un segundo y luego un tercero antes de que la mujer le propusiera, vista la hora y todo eso, que se quedara a cenar.

Aquello supondría un cambio del entrecot con patatas fritas zampado solo a todo gas; no dijo que no. Después habían cruzado pocas palabras. Kastner oía que la mujer desplazaba objetos de vidrio y metal en la cocina. Incongruente, de inmediato rechazada, le pasó por la cabeza la idea de que toda la vida podría deslizarse así.

Entre tanto, hizo el inventario de las revistas: los habituales semanarios del mes pasado, una revista de programas televisivos, el almanaque de las mareas para el año en curso. Hojeando este último, buscó el día en que estaban, y, aunque poco conocedor de tales fenómenos, le pareció entender, con todo, que a aquella fecha le correspondía, para las once veinticuatro, un coeficiente récord de marea alta. La mujer volvió de vez en cuando a la sala de estar, para restablecer el nivel en los vasos, hasta que declaró lista la cena.

Sólo había preparado alimentos blancos: gambas peladas, pasta y yogures naturales, aliñados con salsas en tubo de colores no menos vivos que sus afeites. Vino blanco. Preguntada por Kastner sobre su vida, afirmó que había trabajado el año anterior en una empresa conservera que tuvo que dejar, que ahora estaba sin trabajo, como bastante gente en la región (Desgraciadamente, es lo que ocurre, más o menos, en todas partes, comentó Kastner con gravedad), pero que echaba una mano dos veces por semana en una marisquería de Ploubazlanec (También yo he trabajado en una pescadería, informó Kastner, sin precisar más).

Al final de la cena, bastante bebido, la verdad, Kastner compuso algunas fórmulas sinuosas de las que se podía deducir que la mujer se le antojaba muy bien parecida y se sentía seducido por sus encantos. Ella se sonrió y volvió a llenarle el vaso, por lo que Kastner juzgó que la cosa iba adelante. Como no retiró la mano cuando se la cogió, Kastner dio por hecho que la tenía en el bote. Al besarla después con voracidad, de pie cerca de la puerta, hubo de reconocer que se tambaleaba un poco. Luego, mientras soltaba una risita, sus dedos buscaron a ciegas una abertura en el tejido adverso; empezaba a estar excitado cuando le entró un sudor frío. La mujer, que se reía sacudiendo la cabeza, le acarició con suavidad la mejilla y luego deslizó la mano por su cuello y su pecho; cuando la sintió en la cintura, Kastner empalideció y se puso a temblar. Después, aunque se estrechó más contra él, siguió temblando. ¿Qué te pasa?, le preguntó en voz baja. Kastner tenía dificultad para expresarse. Ven, dijo ella, vamos a tomar el aire, te sentirás mejor. Sí, dijo Kastner, si le parece, si te parece.

Durante la cena, no había prestado atención al paso del tiempo. Le sorprendió que fuera ya de noche: una noche opaca y mate, espesa como si fuera de algún material consistente, carente de estrellas como si su consistencia ocultara el techo. Tan sólo a lo lejos, en un rincón, colgaba una luna reducida a su viruta más estrecha. Apenas cruzaron la puerta, Kastner volvió a enlazar a la mujer, y ahora, animado por el aire fresco y la oscuridad, se permitió llevar más lejos su exploración. La mujer no pareció reacia a aquella conducta, lo que puso contento a Kastner. Espera un poco, dijo ella, ven. Estaremos mejor allí.

Para ir hacia allí se separaron de la carretera y se metieron por un camino de tierra entre dos campos de alcachofas. Ella iba delante. Kastner la seguía a tientas, tropezando a causa de los accidentes del suelo, turbado por la noche, la libido y el vino blanco. Aunque no distinguía ni sus propios pies, descubrió en el postrer momento que el mar estaba allí mismo, treinta metros más abajo. Desde el borde del alto acantilado al que acababa de llegar no se lo divisaba, pero Kastner adivinó su presencia próxima por su sordo rugir habitual, acompañado de convulsiones. Acá y allá, al aplastarse contra las rocas, estallaba como un bombo una ola más fuerte, que se esparcía luego como las vibraciones de unos platillos. La mujer pareció alejarse hacia una especie de blocao pequeño, como una garita de dos plazas. ¡Ideal!, balbuceó la conciencia de Kastner.

Pero, un instante después, había desaparecido detrás de aquel edículo. Kastner se acercó y lo rodeó, sin encontrar a la mujer. Cuando iba a llamarla, se percató de que desconocía su nombre, por lo que tímidamente emitió algunas exclamaciones como ¡Eh!, ¡Psst!, ¡Hola!, seguidas de un ¡Huuuy! prolongado, dirigido a sí mismo, al asomarse al mar con una mano apoyada en la pared de la garita.

Luego, al desplomarse al vacío como consecuencia de un violento empujón, su interjección se transformó en un grito ahogado, un gemido de horror que se prolongó mientras resucitaban, aceleradamente, las sensaciones de su último sueño. En su caída apenas tuvo tiempo de desear despertarse de nuevo antes de tocar el suelo, pero esta vez no. Esta vez su cuerpo se dislocaría de veras contra las rocas. Del hombre llamado Kastner no quedaría sana más que la ropa, convertida en una bolsa llena de huesos rotos. Dos horas más tarde subiría la marea a encargarse de ellos, luego su coeficiente récord se los llevaría muy lejos de la costa y seis semanas más tarde, irreconocibles, los restituiría el mar.

El que Jean-Claude Kastner hubiera llegado a perderse en una región civilizada, correctamente señalizada, indica ya que no era el avisado investigador de antaño. El que hubiera tenido que preguntar su dirección a una viandante prueba bastante su candor. Pero el que no hubiera sido capaz de reconocer en ella a la persona misma a la que iba buscando acaba de descalificarlo. Incluso aunque dicha persona hubiera cambiado mucho.

De hecho, se había transformado completamente. Según los documentos que le habían confiado, Kastner se había representado a alguna elegante rubiaza de piernas interminables y tacones altos, andares delicadamente ondulantes de equilibrista y mirada clara inclinada en suave pendiente hacia él. Así la había visto. Ya no era nada de esto. Ya no respondía en ningún punto a las indicaciones. Bien es verdad que, dado el tiempo que llevaba desaparecida, las cosas habían tenido ocasión de evolucionar.

3

Y al día siguiente es usted alguien que busca a Paul Salvador. Su coche lo lleva al este de París, hacia la Porte Dorée, no lejos del bosque de Vincennes. Aparca frente al edificio nuevo que alberga la sociedad Stocastic Film: seis plantas de despachos y estudios, sesenta millones de facturación, en la esquina de la avenida Général-Dodds y el bulevar Poniatowski. Entra procurando pasar inadvertido. Hermético como un búnker, el vestíbulo está adornado con plantas de interior y luces indirectas, y en su centro se alza una alta escultura abstracta polícroma, un tótem plantado al bias en una alfombra de gravilla. A la derecha, una sucesión de excepcionales recepcionistas todo uñas, pestañas y pechos; a la izquierda, nada particular. Al fondo, los ascensores. Olvídense de las recepcionistas, precipítese hacia el ascensor.

Cruza el vestíbulo; nadie le pregunta nada. Seguro con su barba de tres días, apenas si lo empujan un poco unos jóvenes decididos, con botas y cazadora. Sin duda, su ojo desearía pasear también por todas las chicas de rasgos imprecisos que van de un lado para otro, pero olvídelas asimismo y corra. Entre en la cabina y pulse el número 3.

La puerta del ascensor se abre ante un pasillo que toma usted hasta el primer despacho abierto; es aquí. Entre. Sitúese tranquilamente en un rincón. Aguarde. Pase lo que pase, no van a notarlo. De todos modos, el despacho de Salvador de momento está vacío. Es una gran estancia cuyos cristales dobles dan sigilosos al tráfico de la avenida. Butacas y mesa de conferencia, pero también gran espejo oval y sofá; en una pared, dos lienzos pintados vete a saber por quién; arrimados los unos a los otros formando una pila, seis televisores emiten las diversas programaciones del día con el sonido bajo. Las paredes son de color verde vagón, la moqueta, arena caliente. No hay archivadores ni papeles, todos los datos están informatizados. Únicamente, yacen en la mesa algunas carpetas, proyectos en trámite que Stocastic irá entregando sucesivamente, listos para ser emitidos, a los canales televisivos públicos y privados.

Hete aquí que aparece Salvador; no parece muy ocupado. Da una vuelta por su despacho; mira sin verlos los espectros que se agitan en las pantallas, luego, la avenida por la ventana, por último, su reflejo en el espejo oval. Distraídamente, compulsos unos legajos, mientras espera a su ayudante. Ya está aquí. Manos a la obra, pues.

95-60-93, Donatienne se distingue por vestir, en toda estación, prendas sobrenaturalmente cortas y milagrosamente escotadas, a veces tan cortas y escotadas a un tiempo, que entre estos dos adjetivos casi no queda tela. Dotada de una energía de hipergenerador, Donatienne deposita sobre la mesa un sobre acolchado con burbujas de plástico antes de sentarse en una butaca y perorar con voz vehemente y acerada, pero frágil como una barra de tiza. Puede darse el caso de que, para Donatienne, hablar consista en desarrollar una única frase interminable sin un respiro, sin puntos ni comas ni espacios en blanco —proeza que, en la memoria de Salvador,

sólo alcanzó a realizar Roland Kirk con el saxófono, y quizá también Johnny Griffin, aunque en menor grado— mientras palmea, con ritmo ternario, el brazo de la butaca con la mano derecha. Puede igualmente darse el caso de que se exprese con menos vehemencia.

Salvador abre el sobre. Contiene dos discos de cuarenta y cinco revoluciones grabados cinco o seis años atrás, cuando el vinilo todavía era moneda corriente. Ambos llevan escrito en negrilla el nombre de Gloria Stella, acompañado del título de la cara A (*Excesivo* en uno, *No nos vamos* en el otro), sobre fondo de fotografía de la intérprete, en color. Donatienne, entre tanto, cuenta lo muchísimo que le ha costado procurarse esos dos discos totalmente agotados. Parece insistir —Salvador la escucha apenas— en la distancia que media entre lo desmedido de sus gestiones y el interés de su objeto. Para recalcar sus palabras, esboza un ademán despectivo con la mano izquierda y encoge el hombro, lo que hace que en el otro resbale el tirante de su exiguo vestido. Como se encoge a menudo de hombros, siempre hay un tirante de su vestido que resbala, y Salvador no para de desviar la mirada. Pero he aquí que, oportunamente, suena el teléfono, lo que le permite ocuparse de otra cosa. Diga, dice.

Al otro lado del hilo, Jouve parece preocupado. La víspera por la noche su empleado, Kastner, no llamó para informar, como tiene obligación de hacer diariamente, cualquiera que sea, fructuoso o no, el progreso de sus pesquisas. Esto me fastidia un poco, dice: es la primera vez. No es propio de él. En fin, verá si llama esta noche. De acuerdo, dice Salvador, téngame al corriente. Después, tras colgar, dice: Bueno, a trabajar. Donatienne abre la carpeta Gloria Stella.

Los proyectos de emisiones de Salvador suelen dirigirse a la memoria colectiva. ¿Qué ha sido de ellos? Éste es su sistema, que utiliza desde hace tiempo y le ha dado buenos frutos. Se busca un nombre cuya posteridad se ha borrado, cuyo eco se ha apagado. Animador jubilado, actor de un solo papel, timador superdotado, campeón de concursos radiofónicos; se exhuma una de esas viejas celebridades instantáneas, inmediatamente solubles en el olvido. Cabecera de reparto al punto evaporada, amnistiada del recuerdo. Alguien de quien se acuerdan tan poco que ni siquiera recordaban haberlo olvidado, pero que está ahí, guardado como tantos otros en el fondo de un armario, en las cajas más viejas de la memoria. Esas cajas siguen estando ahí, en el fondo del estante, aunque algunas se han estropeado de resultas de una gotera en el techo de la memoria. Las etiquetas pegadas en ellas no resultan ya muy legibles. Las emisiones de Salvador consisten en pintar el techo, refrescar la memoria y destapar de nuevo las cajas.

Pero esto puede tener también un tono más íntimo, más personal. Es lo que ocurre, por ejemplo, con *En el fondo del corazón*, o con *La más bella de la playa* («Usted conoció a la más bella de la playa y se acuerda de ella. La recuerda demasiado bien, porque no se atrevía a decirle ni palabra. ¿Se acuerda de su nombre? Escribanos. A la chica más bella de su playa se la encontraremos nosotros.»). No pasa lo mismo con Gloria Stella, cuyo caso se inscribe en un marco más amplio. En efecto,

cantante popular, fue figura de la sección de Sucesos luego, motivos ambos por los que se habló bastante de ella, haría cinco o seis años, durante unos meses.

Rápida carrera: nacida Gloire Abgrall, precoz modelo de moda adolescente, entró en el mundo de las variedades con aquel nombre de guerra, imaginado por Gilbert Flon, su amante y más tarde su agente.

Balance: estos dos discos de cuarenta y cinco revoluciones, un proyecto para el Olympia, algunas giras como segunda estrella, un tercer puesto en los índices de ventas para *Excesivo*; fotógrafos, autógrafos, creación de un club de fans, buenas perspectivas cinematográficas; todo parecía halagüeño antes de la sospechosa caída de Gilbert Flon desde un cuarto piso por una caja de ascensor.

A partir de entonces: sospechas, investigaciones, testigos de cargo, inculpaciones, proceso, veredicto (cinco años: circunstancias atenuantes), cárcel, reducción de pena por buena conducta, desaparición.

De este modo, tras ocupar todo el terreno en las publicaciones mensuales para adolescentes, y luego en la prensa semanal del corazón, y haberse ganado su rinconcito en las secciones Artes y Espectáculos de los diarios, fue, cada vez más negro sobre blanco, desplazada de las columnas Sucesos a las columnas Crónica de los Tribunales antes de abismarse en la profunda columna Olvido.

¿Qué habría sido de ella, en efecto? Ni la menor noticia desde hacía cuatro años. Tendría unos treinta ahora. La trayectoria perceptible de Gloire Abgrall se interrumpe en seco el día en que sale de la cárcel, fecha a partir de la cual los parientes y allegados que le quedaban no recibieron nunca la menor señal de vida por su parte. Se evaporó en la atmósfera como tantísimas otras personas que desaparecen cada año sin dejar huellas. Sin embargo, Salvador y Donatienne tienen buenas esperanzas. Mientras aguardan que los hombres de Jouve la localicen, ultiman la forma de su proyecto. Precisan el orden de los documentos de videoteca, archivos, actualidades cinematográficas, entrevistas a los parientes, puntos de vista de los especialistas — magistratura, salud mental e industria del espectáculo.

Naturalmente, Salvador no es el primero en querer encontrar a Gloire Abgrall. Un buen número de *paparazzi* lo ha intentado. Sin más resultado que uno de ellos, desesperado, dejara la huella de su cuerpo profundamente grabada en el techo de un 605 aparcado delante de la catedral de Ruán (Normandía) tras una caída de sesenta metros.

Una vez concluido su trabajo, después de salir Donatienne, Salvador vuelve a pasearse por su despacho. Al ver, cerca del sobre, el opus grabado de Gloria Stella, saca un disco de su funda y coloca *Excesivo* en el plato del tocadiscos. De pie junto a la ventana distingue, en el bulevar, a una mujer vestida de cuero que sale de un coche diesel. Suena la canción, Salvador escucha la letra, hace estallar entre sus dedos las burbujitas de plástico del sobre, una a una, igual que hacía, treinta años atrás, con las vesículas de aire que sirven de flotadores a las algas fucáceas que viven en las rocas semisumergidas de la península de Giens, en la Costa Azul, donde veraneaba con su

familia.

La mujer que había sellado el destino de Jean-Claude Kastner se despertó aquel mismo día poco antes de las nueve de la mañana. Abrió un ojo orientado al techo grisáceo y, tras reconocerlo, se levantó para ponerse una informe bata enguatada de color verde. Pero, muy poco después, en el espejo del cuarto de baño, fue su cara lo que le costó reconocer.

Como precipitar a un hombre al vacío es una cosa capaz de hacerle olvidar a una quitarse el maquillaje, lo que apareció ante ella fue una máscara encogida, petrificada por el sudor y sofocada bajo la escayola del afeitte. Rebajó su imagen sin contemplaciones con agua fría y jabón de lavar la ropa, con igual delicadeza que si lavara una fachada con agua a presión. Su cabello estaba lejos de quedar bien, pero ella, sin darse por enterada, se lo cepilló hacia atrás con brutalidad mientras dirigía al espejo una sonrisa airada y le enseñaba los dientes, que se cepilló luego con no menos violencia. Hasta el extremo de que le sangraron las encías, se le partió entre los labios el mango del cepillo, soltó un reniego y escupió una espuma rosada en el esmalte amarillo del lavabo. Después estuvo mucho rato enjuagándose la boca antes de volver a maquillarse, apenas más discretamente que la víspera, tras atarse la cabellera con una goma marrón. De vuelta en su cuarto, escogió a toda prisa una blusa azul celeste estampada con plumas y una falda de un rojo vivo, y se puso encima un gran delantal azul marino.

De un trago, ya en la cocina, Gloire Abgrall vació a continuación un tazón de café en el que unas siluetas de frutas y hortalizas pintadas con patrón estarcido se perseguían bajo las desportilladuras. Una ojeada por la ventana para informarse del tiempo: tendencia al gris claro y muy silencioso. Los cristales llevaban mucho tiempo sin limpiarse y no se distinguía muy claramente el exterior, pero en el interior de la cocina la visión no era mucho mejor, como si el aire tampoco se hubiera limpiado. Tras dejar el tazón en la mesa, recogió en una hoja de periódico algunos restos alimenticios —mendrugos, residuos secos de verduras, mondaduras— antes de salir.

Detrás de la casa, el fondo del patinillo estaba cerrado por un cobertizo que albergaba un Renault 5 tuerto, antaño blanco, y donde se enmohecían algunos neumáticos desllantados, dos sillas de paja desfondadas y una lámpara de pie sin bombillas. Una lavadora de la primera generación y un viejo lavadero de madera recubierta de zinc enmarcaban una conejera en la que un conejo, nervioso y orondo, apuntaba su ojo opaco hacia la cercana pitanza. La mujer cruzó el patio con su comida; un vientecillo rasposo le rozaba las sienes. Luego, cuando iba a agacharse hacia el animal:

—Yo —dijo Béliard— no lo desapruebo.

Gloire Abgrall volvió la cabeza, y allí estaba Béliard, sentado en su hombro. ¡Anda, así que había vuelto! Instalado al desgaire en el hombro, con las piernas colgantes y la mirada perdida a lo lejos, Béliard se apoyaba con una mano en una

clavícula de Gloire y se acariciaba con la otra la barbilla. ¡Ah!, suspiró ella, estás aquí. Béliard meneó la cabeza con satisfacción.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gloire—. ¿Qué es lo que no desapruebas?

—El tío de anoche —dijo—. Otros lo desaprobarían. Yo no. Tenías derecho, Gloire, bastante has aguantado. Te han atosigado mucho, demasiado. Te lo digo como lo pienso.

—Me importa un pito lo que pienses —dijo Gloire.

—Tengo el deber de decírtelo —observó Béliard, algo picado—. Forma parte de mis atribuciones. Pero, por supuesto, haz lo que quieras.

Luego se quedó callado, enfurruñado, con los brazos cruzados y mirando al frente. Bien, dijo la mujer, no te cabrees. ¡No me cabreo, que va!, dijo Béliard con frialdad. ¡Si supieras lo que me importa! Vamos, dijo ella. Vamos, Béliard.

Béliard es moreno, bajito, esmirriado, de unos treinta centímetros de alto, con una incipiente calvicie, se peina con raya al lado, tiene el labio superior y los párpados caídos y tez enfermiza. Viste traje de algodón marrón, corbata violeta oscuro, pequeños zapatos de color marrón oscuro embetunados con saliva. Cara fofa, poco agraciada, aunque de expresión decidida. Cruza los brazos y sus dedos, que sobresalen de las mangas un poco largas, tamborilean en los codos.

En el mejor de los casos, Béliard es una ilusión. En el mejor de los casos, es una alucinación de la mente trastocada de la mujer. En el peor, es una especie de ángel custodio, o, al menos, puede estar emparentado con dicha congregación. Consideremos el peor.

Si realmente es uno de ellos, como nació demasiado feo y demasiado bajo para ser reconocido oficialmente por una cofradía preocupada por su físico de cine, debieron dejarlo acto seguido en la inclusa. A no ser que lo abandonaran en un área de autopista con motivo de un desplazamiento, una procesión, un congreso de ángeles en el extranjero, encadenado con su aureola de servicio a un poste indicador. El caso es que desde muy joven tuvo que espabilarse solo y sacó provecho, con todo, de las dotes y cualidades conferidos por su origen. Pero, ignorado por los suyos, rechazado por su jerarquía, quizá incluso condenado a inhabilitación profesional, ejerce el oficio por libre, fuera de toda corporación y lo más discretamente posible.

Además, no siempre está allí, o, al menos, no siempre está físicamente presente: la frecuencia y la duración de sus estancias junto a la mujer es variable. A veces se ausenta un par de meses, a veces acude todas las noches, igual que si fuera al bar a tomar el aperitivo, a veces se queda dos horas en plena noche, como si estuviera con una prostituta. Siempre más bien preocupado de sí mismo, no muy mirado en lo tocante a los principios, a menudo de bastante mal humor. Puede ocurrir asimismo que haga horario de oficina: un prosaico de nueve a cinco, pero puede igualmente pasar tres semanas clavado en su rinconcito del hombro, inmóvil, nervioso, nada hablador, con aire acosado, como emboscado, objeto tal vez de búsqueda y captura. En resumidas cuentas, es bastante irregular. Única regla general: sólo se manifiesta

cuando Gloire está sola, lo cual es frecuente de cuatro años acá. Hay que decir que, en estos últimos tiempos, no es muy asiduo. Sólo pasa dos o tres veces por semana. Por lo demás, no es que haga gran cosa cuando está, pero, al menos, hace acto de presencia.

En aquellos momentos, se aclaraba la garganta taponándose los labios con un pañuelo apretado. Parecía sumido en sus ideas. ¿Te hizo el mismo efecto? preguntó con voz distraída, sin dirigir la mirada hacia la mujer. ¿Qué dices?, exclamó ella en el mismo tono. ¿Qué efecto?

—El fulano de anoche —precisó Béliard—. Cuando lo empujaste. ¿Qué efecto te hizo? Comparado con las otras veces, quiero decir.

—¡Jodido gilipollas! —exclamó Gloire—, ¡desgraciado gilipollas de mierda! Quedamos en no hablar nunca de eso.

—Hago mi trabajo —le recordó Béliard.

Como Gloire se inclinaba hacia la jaula, Béliard, para mantener el equilibrio, se había ido echando hacia atrás en el hombro, hasta instalarse francamente en el omóplato. Cuando ella se incorporó bruscamente sin avisar, estuvo a punto de caerse dando volteretas, pero se sostuvo por puro milagro: ¡Uf!, gruñó, ¡qué despistado soy!

Después, asegurada su base, preguntó: Bueno, ¿qué piensas hacer hoy? Ya lo verás, dijo Gloire. Me gustaría tomar parte en las decisiones, declaró Béliard con energía, me gustaría dar mi parecer. Al fin y al cabo, estoy aquí para eso, ¿no? La mujer, que se había vuelto, se dirigía ahora con paso firme a la casa. Pero ¿qué haces?, preguntó él. ¿Adónde vas ahora? Quiero mear, dijo abruptamente Gloire, y puede que también cague, no lo sé aún. Bien, dijo Béliard, que desvió la mirada y frunció narices y cejas, está bien, me retiro un momento. Buena idea, dijo Gloire. En cuanto se hubo evaporado, pasó la yema de los dedos por el sitio donde había estado sentado, como para quitarse el polvo, aunque nunca había nada: Béliard no dejaba huellas —recortes de uñas, sudor, desechos textiles—, del mismo modo que no pesaba, inmaterial, sobre su hombro.

Volvió a posarse en él a eso de las doce, mientras Gloire acababa de hacer desaparecer todo rastro del paso de Jean-Claude Kastner. La había observado trajinar, mascullando primero sordamente antes de encerrarse en un silencio meditabundo, sin emitir ya ni aviso ni consejo: servicios mínimos. Pasaba el día, camino del ocaso. Al final de la tarde Gloire se había instalado en una silla de tijera bajo la palmera, con objeto de hojear revistas. Las palmas secas que guarnecían el hemisferio inferior del árbol traqueteaban como carracas o como si fueran los picos de una bandada de pájaros calenturientos. No era fácil leer con aquel imbécil sentado en el hombro y que, naturalmente, leía al mismo tiempo. No siempre al mismo ritmo, para más inri: Espera un poco, dijo una vez en que Gloire iba a pasar una página, dos segundos, por favor. Ya, puedes seguir. Después, caída la tarde:

—Bueno —dijo con un súbito temblor—, creo que va siendo hora de volver a entrar.

—Es verdad —dijo Gloire tras echar un vistazo a su reloj—, habrá que pensarlo.

Béliard se sacudió, se desperezó y luego empezó a bostezar dilatadamente. Suspirando de gusto después de bostezar, poco decidido a moverse, observaba el sol poniente parpadeando como si se despertara y tratara de resumir interiormente lo hecho y recordar la continuación del programa. Últimamente se iba siempre hacia la misma hora —adónde era un tema que no se tocaba nunca—. Si no hubiera sido inmaterial, sin duda, habría pedido un café y una copita para el camino. Pero, como lo es, nunca ha manifestado sentir hambre ni sed. Venga, murmuró por fin, me largo.

Tras su evaporación, Gloire pasa una velada rutinaria. Se sirve un vaso de vino, pan con mantequilla —duro el uno por ser de la víspera, dura la otra por salir del refrigerador—, una lata de chiles al baño María y yogur con sabor a frutos exóticos, que toma de pie sucesivamente, de manera mecánica, sin más pausa que la cinta de spots, musiquillas y avances informativos expelida por la radio. A veces repite en voz baja, una octava más baja, uno de los estribillos de la radio. Friega los platos rápidamente antes de apagar la radio y encender la televisión, que no logra ver.

Imposible verla, como si hubiese perdido su manual de instrucciones. Empieza un telefilme, que Gloire decide esforzarse por ver hasta el final, pero no era sino la introducción, y ahora comienza de verdad el telefilme, lo cual es desalentador. Gloire trata de concentrarse en la intriga, pero en vano: sin que nada las retenga en ella, las imágenes la atraviesan como rayos X, como un viento electrónico indiferenciado, monocromo y liso, tibio y sordo. Encuentra fuerzas para apagar el aparato antes de la hipnosis.

Silencio. Una mirada al despertador, que se arrastra, sin ganas, hacia las diez. En ese instante, fuera, ningún animal da ya señales de vida, ningún vehículo circula por la carretera. Silencio aturdidor en el que se desenvuelve, amplificándose, todo tipo de ideas parásitas, desde una palabra y un nombre hasta una retahíla incoherente de palabras y nombres, en un demencial ciclo melódico cuyo eco va y viene, se deforma y gira, como en un tambor cerrado, en la mente de Gloire, sentada frente a nada. Para salir de aquella situación vuelve a poner la radio a todo volumen, pero la apaga al momento, despavorida. Se levanta, anda unos metros antes de sentarse en otro sitio: todas las noches pasa lo mismo. Las diez y media y ni el menor deseo de ir a acostarse, pese al gran surtido de somníferos desplegado junto a la cama: somníferos multicolores que no quieren otra cosa que ser útiles. Gloire se levanta bruscamente, agarra el cuello de su abrigo.

Corre al Manchester, que está a diez minutos en su Renault 5 y es una especie de night-club rural de esos que suelen encontrarse en los límites de las pequeñas ciudades de provincia, a veces francamente en campo raso; uno se pregunta qué hacen allí. Es una nave industrial con un modesto bar que cierra algo tarde, contiguo a una pequeña pista en la que sólo suele bailar, dos mañanas por semana, una mujer de la limpieza con una escoba. Esta noche no hay nadie en el Manchester, aparte de tres tipos jóvenes ocupados en alborotar un poco junto a la barra. Se parecen como

hermanos, lucen cazadoras y anchos tejanos franceses, cabellos de un rubio de estopa y camisas a cuadros. Son el producto de cruces de campesinos, obreros y pescadores, y dos de cada tres están sin empleo; Gloire no los conoce. Pide algo, no lejos de aquellos fulanos que ya llevan bebido lo suyo. Uno de ellos, el más alto, se dirige algo familiarmente a la mujer; mientras los otros dos se ríen detrás de él. Nos ha parecido entender que eso le hace poca gracia a Gloire.

En realidad, se lo toma a mal, y la cosa podría tener consecuencias desagradables, al menos para el grandullón que acaba de acercársele y trata de ligar con ella. Por suerte para él, no muy lejos, Béliard, imperturbable, vigila invisible la escena con ojos que no van a permitir de ningún modo que Gloire desate su violencia por un quítame allá esas pajas. Hora extra y tarifa nocturna, pero ¡qué importa!: el homúnculo decide interponerse.

Donatienne reapareció, muerta de sed, al día siguiente por la tarde. Había cambiado el tiempo (llovizna) y ella también se había cambiado. No se notaba enseguida, pero, al quitarse el impermeable, lo que llevaba debajo resultó ser más exiguo aún que lo de la víspera, tan corto y escotado que estos adjetivos tendían ahora a confundirse y consideraban la posibilidad de vivir juntos en el mismo artículo del primer diccionario que saliera al mercado.

Salvador dispone, en un rincón de su despacho, de un pequeño frigorífico que contiene lo que hace falta, pero no posee, en cuanto a vasos, más que los desechables del tipo merienda campestre. Y el ruido de los cubitos en el plástico suena mate, barato, sin eco, sin la alegría de los vasos de vidrio en los que el cubito tintinea y lanza destellos ufano, sección rítmica del gin-tonic. Paciencia, se resigna Donatienne, ¿ha llamado Jouve? Salvador denegó con la cabeza. Llámalo, aconsejó Donatienne. Salvador llamó a Jouve, pero comunicaba. Volveré a llamar, dijo.

Desplegado ante él, en carpetas y portafolios esparcidos, se extendía su proyecto principal. Las rubias peligrosas famosas en el cine, en las bellas artes en general y, en un plan más amplio, en la vida. Su historia, su índole, sus papeles. Sus especialidades y su variedad. Toda su importancia en cinco veces cincuenta y dos minutos. Si bien se trataba, en lo esencial, de una labor de montaje a partir de obras existentes, el quinto episodio estaría dedicado a un caso particular. Habían buscado el ejemplo vivo de una rubia peligrosa que se saliera de las pautas habituales, y habían coincidido, unánimes, en el caso de Gloire Abgrall.

Después de considerar todos los enfoques clásicos del tema, Gloire encarnaba, en efecto, por su itinerario, su vida y su obra, un caso especial dentro del género. Podía representar la anomalía, la rareza, la excepción que confirma la regla. Una manera como otra de ilustrar la tesis de Salvador de que las rubias peligrosas constituían un grupo aparte, ni mejor ni peor, pero especial, gobernado por leyes específicas, regido por un programa particular: una irreductible categoría de humanidad. En resumen, las rubias peligrosas frente al resto del mundo. Convicción clara, postulado evidente en el pensamiento de Salvador, pero un tanto difícil de demostrar. A diario, acudían a su mente nuevos argumentos; a diario, se esforzaba por darles forma, por establecer el sistema general de todo aquello. Ante Donatienne se esforzó, una vez más, por precisar su idea.

—De acuerdo —dijo Donatienne—, me doy cuenta de que no has avanzado mucho. ¿No quieres llamar de nuevo a Jouve? —Lo volvió a llamar: seguían comunicando—. Vamos allí —sugirió Donatienne—, será lo mejor. Conduciré yo.

Llegaron a la Porte d'Ivry para pasar a la orilla izquierda del Sena y seguirla en dirección oeste. En coche con Donatienne, lo que resulta descapotable es la vida. Como el día antes, no podía parar de hablar: su discurso ininterrumpido hacía las veces de radio. Además, como una vez pasado el Pont-Neuf se metían por varios

túneles, esa serie de cortos subterráneos fríos que flanquean el río, a la entrada de cada uno de ellos su voz se iba debilitando progresivamente, su frase quedaba en suspenso hasta que salían, fenómeno idéntico al que experimentan los aparatos de radio instalados en los coches. Después, de retorno al aire libre, se reanudaba su dicción, pero no en el punto en que se había interrumpido, pues había continuado silenciosamente bajo tierra, sin duda en estado de monólogo interior. Le tocaba entonces a Salvador pegar los fragmentos y reconstruir la parte que había desaparecido enterrada.

Diez puentes más allá, hacia Bir-Hakeim, torcieron a la izquierda en dirección al distrito quince: un bulevar, una avenida y luego un dédalo de callejuelas tranquilas hasta el domicilio de Jouve, detrás del kinopanorama. Una de esas callejuelas tranquilas y distinguidas que saben comportarse, ninguno de cuyos edificios, todos de tiros largos, recién enlucidos, levanta desconsideradamente la voz. Aparcamiento, código digital, interfono, ascensor, timbre, mirilla (oscurecida dos segundos) y, por último, cerrojo.

Luego, Jouve, con aire bastante cansado. Ah, dijo, son ustedes. Voz lenta y motricidad circunspecta, tal vez cierto aliento aguardentoso. Sus ojos velaban como podían sobre sus pesadas bolsas, prontos a volver a echarse en ellas. Seguimos sin noticias de mi colaborador, anunció al instante. Pero pasen, pasen. Pasaron al salón: papel con motivos geométricos y jarrón color rosa carne que contenía una maceta con una flor, unos cuadros en las paredes (escena de boda en Charente, retrato de cuerpo entero de un pingüino), trasfondo puro de ambientador perfume eucalipto. Al entrar Salvador y Donatienne, la señora Jouve, anegada en llanto, se levantó del extremo del sofá que ocupaba para apagar el televisor y les dirigió un breve saludo antes de retirarse. Salvador la conocía; Donatienne, que entró tras él, sólo vio una figura delgada y translúcida, hipersensible, hipotensa.

—Ha estado viendo la televisión todo el día —se disculpó Jouve—. La emocionan mucho las series. Voy a prepararles una copa.

Tras indicarles dos sillones, se dejó caer en la otra esquina del sofá, frente al televisor, que señaló con un breve movimiento de la barbilla. No siempre coinciden los gustos, suspiró. En efecto, en cada extremo del sofá descansaba un telemando; mientras Jouve dosificaba los Ricard, Donatienne se imaginó los duelos de zapping, cada noche, frente al aparato.

—De todos modos, me asombra. Eso no es propio de Kastner. Esperaremos un par de días más.

—No convendría dejar pasar demasiado tiempo —dijo Salvador, inquieto—. ¿No tiene a alguien más competente?

Jouve se puso a mirar su vaso mientras reflexionaba. Su mirada se dirigía siempre muy despacio hacia las cosas y luego se adhería a ellas, se les pegaba, parecía tener mucha dificultad en soltarse después.

—¿Y Personnettaz? —sugirió Salvador—. ¿No podríamos probar con él? Es muy

competente.

Jouve siguió examinando su vaso antes de apartar de él sus ojos haciendo un esfuerzo, con un ligero chirrido de esparadrapo que se arranca, para fijarlos de nuevo en Salvador.

—Me fastidia molestarlo para eso —dijo por fin—. Antes prefiero que se ocupe otro de este asunto. Boccara, quizá; lo llamaré luego. Si es necesario, siempre habrá la posibilidad de enviar a Personnetaz.

Anocheía cuando salieron de la casa. Después de tomar algo en el restaurante de la estación de Invalides, Donatienne regresó a su domicilio, pero no Salvador. Un taxi lo llevó hacia la Porte Dorée. Ni un alma a aquellas horas en Stocastic: en vez de las recepcionistas, sólo un joven vigilante nocturno que, bajo un foco anémico, se restregaba los párpados sobre un texto ciclostilado de derecho internacional. Necesita más luz, Lestiboudois, dijo Salvador con voz paternal, encienda una lámpara. Se va a estropear la vista.

De vuelta en su despacho, con intención de trabajar un rato, Salvador no tardaría en renunciar a tal proyecto. Entonces se sirvió un poco de licor, que bebió mientras se desnudaba; un trago, una prenda, un trago, una prenda; lo hizo de tal modo, que el vaso y él quedaron, en el mismo momento, respectivamente vacío y desnudo. Tras ello, sacó de un armario empotrado una manta que extendió en el sofá y debajo de la cual se deslizó en compañía de una obra titulada *How to disappear completely and never be found*^[1] (Doug Richmond, Citadel Press, Nueva York, 1994). Pero apenas había abierto el libro cuando volvió a cerrarlo, pulsó el interruptor y al cabo de seis segundos estaba dormido.

Es posible representarse el sueño de formas diversas. Echarpe gris, pantalla de humo, sonata. Vuelo planeado de una gran ave pálida, verja verde entreabierta. Llanuras. Pero, asimismo, nudo corredizo, gas asfixiante, clarinete bajo. Insecto contraído sobre su breve vida, último aviso de embargo. Muralla. Es una cuestión de estilo, que varía según cómo duerme o permanece insomne cada cual, según que los sueños lo dejen tuerto o lo tratan con indulgencia.

Todo el mundo duerme ahora. Salvador en su sofá, mediocrementemente. Donatienne, agitada, en su amplia cama de matrimonio cuadrada. Jouve junto a la señora Jouve, profundamente. Jean-Claude Kastner, definitivamente. A juzgar por los tubos de benzodiacepinas y de clorato de buspirona esparcidos por su mesilla de noche, la mujer que propulsó a Kastner al sueño eterno duerme, por su parte, químicamente. Ronca un poco de vez en cuando. Ha dejado encendida la lámpara de la mesilla de noche, a no ser que se haya olvidado de apagarla. A los pies de su cama hay algunos libros abiertos, colocados boca abajo unos encima de otros: novelas policíacas, textos de Freud en edición popular y una serie de guías en inglés de las plantas y los animales de Europa. No lejos, en la sombra, se distinguen una botella vacía de ron barato, una botella medio vacía de jarabe de caña de azúcar, un cenicero lleno. Así es todas las noches, nada cambia ni debería cambiar. Desde que pasó por allí Kastner, sólo hay dos cosas nuevas, una en el cuerpo de Gloire y la otra encima de la mesa.

En un tobillo de la mujer, una ancha tirita protege una herida que data de anteayer, cuando se ocupaba del coche de Kastner tras haberlo vaciado íntegramente de su contenido: trapos, pulpos, herramientas y pequeñas piezas de recambio, viejas porquerías de la guantera, efectos personales de Jean-Claude Kastner y documentación del coche que la mujer había reunido en una caja de cartón. Excepto, entre las herramientas, los alicates y el martillo. Excepto, también, la bolsa en que Kastner guardaba su plan de misión, sus fotos y su mapa de carreteras. No está nada mal esa bolsa. Vaciada, quemado su contenido en el fregadero, limpiada y, por último, desinfectada, duerme ahora encima de la mesa.

Al volante del coche así limpiado, Gloire había tomado luego la carretera de Tréguier, donde echó la caja de cartón en un incinerador municipal, tras lo cual se dirigió hacia el norte, con los alicates y el martillo en el asiento contiguo al suyo. Más allá de Larmor, otra zona de acantilados caía a plomo sobre una fosa marina en la que el agua siempre era muy profunda cualquiera que fuese el nivel de la marea. Era un promontorio ligeramente inclinado, muy poco frecuentado, ideal. Gloire detuvo el coche de cara al vacío y usó los alicates para arrancar las matrículas y el martillo para borrar los números de motor y chasis. Después bajó los cristales, aflojó el freno de mano y lo empujó con todas sus fuerzas. El vehículo se resistía. Y entonces, después de moverse un poquito y luego, lentamente otro poquito más, aceleró con brusquedad por sí solo, como si quisiera acabar de una vez, y todo había ido a la perfección; salvo

que, en el último momento, el parachoques pilló la pierna de la mujer y uno de sus bordes le hizo un corte en el tobillo. Gloire había chillado y luego renegado groseramente mientras el coche se despeñaba. Inclínada, cogiéndose el tobillo con una mano, se acercó al borde haciendo muecas de dolor, pero paulatinamente se serenó el rostro mientras observaba el naufragio del coche. Como anestesiada, como si la caída de los cuerpos le procurara cierta tranquilidad, igual que a Anthony Perkins contemplando el mismo espectáculo en 1960; salvo que el coche de Kastner era un pequeño Renault beige más o menos sucio matriculado en el departamento 94 y se sumergió sin alharacas, mientras que el de Janet Leigh era un gran Ford blanco, matrícula NFB 418, que se mostró recalcitrante.

Después regresó a casa andando, cojeando, siguiendo los caminos costeros balizados con trazos rojos y blancos pintados en los peñascos, en los postes. Se deshizo de las matrículas entre dos rocas, bajo un montón de guijarros. De vuelta en casa, se había vendado el tobillo y luego, sobre la marcha, decidió aprovechar la bolsa para guardar sus medicamentos.

Gloire permanece inmóvil mientras duerme, pero, en sueños, lleva horas montando una potente motocicleta. Empieza a amanecer. Va clareando lenta, delicadamente, con la suavidad con que un Boeing iluminado se despega de la pista o una orquesta de cuerdas ataca un último movimiento.

Pero pronto acaba este movimiento y luce el sol inmóvil. Gloire se apea de su motocicleta. Se dirige a una cabina telefónica, y entonces se despierta. Con los ojos bien abiertos permanece inmóvil un minuto y luego ya está dispuesta a enfrentarse a un nuevo día: se levanta, vuelve a ponerse aquella horrible bata verde. La cocina, la cafetera eléctrica. Mientras sale el café, la mirada de la mujer se posa en un papel amarillo, un prospecto del revés tirado en un ángulo de la mesa donde hay un dibujo que debió de garrapatear allí anoche, no se acuerda muy bien. Es un embrión de retrato, de trazo inseguro; en el peor de los casos, incluso puede que sea un autorretrato. Sea lo que fuere, Gloire cierra los ojos y lo rompe en minúsculos trocitos que luego va a echar a la taza del retrete; tira de la cadena sin mirarlos.

En el aseo, faltan dos baldosas al pie de la ducha, una tercera está rota, las que quedan están cubiertas de mugre. Gloire ha colgado la bata en la percha atornillada detrás de la puerta. Está desnuda frente al espejo cuadrado que hay encima del lavabo, demasiado pequeño para que pueda ver su cuerpo, que, de todos modos, no tiene deseos de ver; no siente ni la más mínima gana de ver sus perfectas y largas piernas, sus pechos altos, redondos y duros y sus nalgas altas, redondas y duras que Jean-Claude Kastner nunca habría imaginado cuando las escondía en su chándal. De habersele ocurrido que pudiera tener un cuerpo semejante, Kastner no se habría aventurado nunca a desearlo.

Toma con rapidez una ducha casi fría, antes de maquillarse al ralentí. Una primera capa de crema de día seguida de un maquillaje de fondo casi blanco, uniformemente aplicado como se prepara la tela de un pintor. Tras dibujarse con el lápiz los ojos en

forma de almendra, se pinta los párpados de color turquesa. Después, usando un artefacto cromado tipo pinza de comer caracoles, Gloire acentúa la curva de sus pestañas antes de dejárselas muy negras y muy espesas con un sombreador graso. Así, en su cara, pronto viven sólo los ojos, sólo ellos se animan en aquella máscara inmóvil: de un gris verde, pasan del verde al gris según el tiempo, el espacio, la luz y los estados anímicos. Después, cuando dibuja con lápiz rojo el contorno de los labios, cabalga su reborde y satura luego su interior con el pincel. Dos círculos anaranjados en las mejillas, dos toques de pincel color humo en las cejas, y ya está lista. Así, con este maquillaje, Gloire Abgrall podría pasar por una artista de circo internada por depresión nerviosa, pero, con todo, no lo bastante melancólica aún para negarse a ejecutar su número en el marco de la fiesta organizada, en presencia de las familias, con motivo de la jornada de puertas abiertas de la clínica.

Fugitiva, es muy comprensible que Gloire desee disimularse, que aquella máscara tienda a hacerla irreconocible. Pero cabe preguntarse, de todos modos, si no le complacerá también afearse. Pintarrajeada así, examina minuciosamente su rostro en el espejo hasta que casi siente náuseas y, parece, en efecto, muy contenta: se exalta, rompe a reír, hace muecas, y su contento se multiplica cuando se oye, en un registro inhabitualmente agudo, pronunciar algunas obscenidades.

Además, con semejante exceso de afeites debe de dejar señales cuando la besan, pero prácticamente no la besan, hace todo lo posible para evitarlo. Claro que a veces se ve obligada a ello: para librarse de Kastner, por ejemplo, era imposible hacer otra cosa. Y, de hecho, todo eso chorrea. Kastner, después del beso, se vio caer por un vacío oscuro alegremente embadurnado de color granate, verde manzana y pardo.

Ahora Gloire se ha calmado un poco; acaba de advertir que un subterráneo de claridad dorada amenaza las raíces de su cabello deslucido. Prever teñido para fin de semana. Cambiar esa tirita. Encontrar algo que ponerse. Sujetar este reloj de pulsera en su muñeca: las diez menos cuarto. Hombre, por cierto, ¿y Béliard? Desnuda como vino al mundo, Gloire enciende un cigarrillo al mismo tiempo que el televisor, aunque por la mañana la televisión cuesta tanto de tragar como una ginebra en ayunas. Pero se viste frente al receptor, como si éste fuera una persona; se pone de nuevo una de esas cosas imposibles, un jersey con motivos escarchados y oseznos verdes, amarillos y malvas sobre fondo chiné y un pantalón de chándal azul marino ceñido en los tobillos.

En la televisión, la presentadora de un informativo da cuenta de que los ancianos bebedores de vino tienen una capacidad de raciocinio superior en un 27 % a la de los que no beben. Una esperanza para los viticultores, comenta la presentadora, y Gloire se pregunta si esta coletilla va en serio o es una broma. Se echa los cabellos hacia atrás, se pone las gafas, un destello duro en su mirada atraviesa los cristales: da miedo. Otro rayo, éste de sol, atraviesa el polvoriento ventanal en dirección a la cama sin hacer y consigue que las arrugadas sábanas parezcan más sucias de lo que están. Ahora hace casi frío en la habitación. Gloire arregla someramente la cama para entrar

en calor. Luego, sale a examinar el contenido del buzón: muy pocas cosas, prospectos y papeles diversos que tira sin siquiera mirarlos; tan sólo conserva un sobre con membrete del bufete Bardo, calle de Tilsitt, París: contiene un cheque firmado por un tal Lagrange. Las diez y media, las once y cuarto; francamente, Béliard se retrasa mucho. En vez de él, alguien llama a la vidriera de la cocina: Alain.

Alain, marinero jubilado de unos cincuenta y cinco años, con pinta de no ser demasiado espabilado. Más bien bajo, achaparrado, cara escarlata que parece de cuero, ojos de un azul claro y corto cabello rojo eléctrico. Marinera de cuello en forma de uve, pantalón del mismo azul descolorido. Cojea un poco de resultas de un accidente, pero se mantiene estable sobre sus cortos miembros inferiores.

Alain pasa de vez en cuando a dar los buenos días a Gloire, se deja servir gustoso un par de copitas de ron, discute con ella de temas intrascendentes: el tiempo, la marea, la gente del lugar, los comerciantes; a veces le lleva un pescado. Grande, pequeño, según. Cuando sonrío, todo se le arruga en torno a los ojos. Aunque muy hablador, se expresa en tono vacilante, casi interrogativo y, de resultas de otro accidente, los movimientos de sus labios no son del todo sincrónicos con su cerebro. Por ejemplo, dice:

—¿Vamos bien, Christine?

—Bien —dice Gloire—, bien. ¿Un cafetito?

Esta vez, Alain deja en la mesa un mújol de tamaño mediano; no es el mejor pescado que existe, pero es bueno. Luego, habla del tiempo, que juzga normal para la época, luego, de la marea, que era desmesurada anteayer, como se sabe, más de 115, no lejos de 120. Este fenómeno procede, justamente, de la alineación de la Tierra con la Luna y el Sol, que es lo que se llama una sicigia. ¿Una qué?, pregunta Gloire. Una sicigia, repite Alain, que echa la cabeza hacia atrás para beberse el café de un trago. Siguen algunos de los habituales recuerdos de sus viajes y, más concretamente, de Australia. Australia, donde no hace tanto tiempo aún se comían las chuletas sazonadas con confitura. De aquí divaga hacia otras preparaciones cárnicas, generaliza sobre la carne de consumo y luego sobre la controvertida personalidad del carnicero local.

—¿Es bueno este carnicero? —finge interesarse Gloire, que se alimenta, sobre todo, a base de productos lácteos, conservas, verduras, algún que otro huevo.

—Sabe desenvolverse —dice Alain—. Es bueno.

Reflexiona antes de extenderse, pausa que aprovecha Gloire para servirle un poco más de café.

—Está bien —desarrolla—, pero ¿cómo decirlo? Los animales son siempre, respecto a lo que se quiere, un poquitín... Son siempre un poquitín viejos, eso es. Si le pides cordero, te dará casi carnero.

Gloire se sonrío, luego, suelta una risa nerviosa.

—¿Quieres ternera? —prosigue Alain—. Pues te llevas casi vaca. Prepara bien las reses, ni que decir tiene, pero le gusta escogerlas un poco mayores.

Gloire se ha echado a reír en silencio, ríe en cortas oleadas irreprimibles que pronto se hinchan peligrosamente, crecen, se agitan, rompen al fin y dejan desconcertado al marinero. Ahora, a Gloire le da un hipo que no puede reprimir. Alain trata de intervenir, pero ella, con una mano, le hace desesperadamente señal de que calle. ¡Para!, dice entre espasmo y espasmo, ¡para, por favor! ¡No hables más! ¡Vete! Turbado por este tuteo, su interlocutor calla, la mira extrañado y acaba tomando la decisión de marchar. Sale, parece recapacitar. Ya tenía entendido que no es totalmente normal. ¡Pero, caray, hasta este punto...!

Se va por la carretera hacia su exiguo domicilio, que no queda lejos. Al salir de la casa de Gloire, a causa de su turbación, Alain no se ha fijado en el Volvo 360 gris-azul metalizado aparcado delante de la vivienda. Carrocería cubierta de rocío, cristales empañados por el vaho, parece que no haya nadie dentro. Ahora bien, equipado con una caja de botellas de agua mineral, un cartón de cigarrillos y un radioteléfono, hay alguien en su interior.

—Este radioteléfono hace unos ruidos muy raros, pero funciona: aquí Boccara — dice una voz—. ¿Me oye?

—Sí —dijo Jouve—. Has ido rápido, hombre. ¿Estás bien seguro de que es ella? Conforme, voy a darle la noticia al cliente. Tú sigue ahí, espera mis instrucciones. ¿Cómo dices? Ya, ya sé que hace frío. Abrígate bien.

La jornada comenzó sobre las nueve de la mañana. Clima continental. Tras citar a Personnettaz —a las doce en el despacho—, Jouve se había puesto el abrigo para cruzar la ciudad diagonalmente de suroeste a noreste en metro. Bajó en la estación Botzaris para tomar una ancha calle tranquila de hechura provincial adornada con plátanos, bordeada de villas discretas, poco transitada y poco comercial: en su trayecto a la comisaría, Jouve sólo pasó por delante de una modesta peluquería, una farmacia vacía, una escuela primaria, sedes de asociaciones caritativas y organismos dependientes del Estado.

Humilde comisaría la del barrio Amérique. Edificio bajo, patoso, necesitado de revoque, ventanas de rejas oxidadas, fachada misérrima en medio de la cual los tres colores de una bandera nacional sucia, enredada en su asta como una vieja cortina, se superponían. Pequeña comisaría lejos de las cosas de este mundo. Seguramente, no se destinaba a ella más que a agentes principiantes, agentes prejubilados, agentes corruptos y degradados. La puerta principal tenía pinta de puerta de servicio. Jouve la abrió.

Desde la última vez parecía notarse un ligero esfuerzo: se habían comprado muebles y pintado la recepción de cobre verde; en cualquier caso, Jouve no iba por allí a menudo. Detrás de una especie de mostrador, un joven funcionario tomaba nota de las denuncias en una voluminosa máquina de escribir de antes de la electrificación. Jouve esperó su turno en un banco; recorrió con la vista los cartelitos fijados en los paneles de corcho, sobrevoló el plano del distrito, se fijó en los dos avisos de busca y captura dibujados por una mano inexperta y prestó oídos a los denunciantes.

Entre éstos, corta barba nerviosa, un hombrecillo deploraba que un taxista, en un cheque de cien francos que le había entregado, hubiera añadido, una vez se hubo bajado, un gran 5 delante del número 100. ¿Usted no indicó la cantidad en letras? No, dijo el hombrecillo, confundido, sólo en cifras. No hay que hacer eso, dijo el policía, nunca hay que hacer eso. De todos modos, lo prohíbe la legislación fiscal. Después, una mujer joven y guapa, permanente, gafas de sol, hombros bronceados, tipo conductora de Austin pequeño, denunció al intimidado policía el robo de su Austin pequeño. Jouve, mientras esperaba su turno, la examinó sin dejarse nada por escudriñar y luego, cuando le tocó, dijo: Vengo a ver al inspector Clauze. Planta primera, despacho número 12, dijo el policía. Lo sé, dijo Jouve. No habían pintado la escalera.

Ni los despachos. Al menos, no el 12, en el que, delincuente y luego degradado,

el inspector Clauze presentaba una facha ratonil de actor secundario francés. Voz sinuosa y filamento de bigote, ojos entornados sobre sonrisa torcida que delataban con toda franqueza una personalidad de hipócrita. Físico de pícaro, como el de tantos actores que facilitan las agencias: todos son irónicos, pelotilleros, eventualmente amenazadores, se creen listos, y además lo son, más de lo imaginable, aunque no tanto, en definitiva, pues fracasan siempre en cuanto emprenden. Tipos reclutados para representar a un agente de cambio falsario, a un veterano chantajista o a un cuñado en la policía. En el caso presente, era el cuñado en la policía.

—¿Qué tal está Geneviève?

—Está bien —dijo Jouve—, está bien. Pero ya sabes lo emotiva que es.

—Eso sí —exclamó Clauze con satisfacción—. ¿Y a qué debo el gusto de verte por aquí?

Jouve le habló de Gloire Abgrall, desaparecida, mencionó sus dos identidades; Clauze, al principio, tenía cierta dificultad en recordarla, pero, luego:

—¿La cantante? Ya. Me acuerdo del proceso. ¿Qué ha sido de ella después?

—Pues bien —dijo Jouve—, eso he venido a preguntarte.

Como de costumbre, Clauze empezó por agitar los brazos y alzar los ojos al cielo.

—Lo de siempre —resumió—, sabes muy bien que no puedo hacer nada por ti. Lo pagó, y ya está. A las personas desaparecidas se las busca si son menores; con los adultos no se puede hacer nada. Un adulto tiene derecho a desaparecer.

—¡Robert! —exclamó Jouve.

—Sabes que ni siquiera se les puede pedir que den señales de vida por motivos familiares. El tío no quiere que se sepa dónde está; no se puede hacer nada. Yo no puedo hacer nada.

—Olvida eso —dijo Jouve—. Busca lo que tengas acerca de ella, Robert. Búscalo ahora mismo.

—¡No me hables en ese tono! —exclamó Clauze, bruscamente envarado—. ¡Ándate con cuidado! No puedes imponerme nada.

—Me parece que sí —dijo Jouve.

—No digas bobadas —dijo Clauze—. Yo también pagué. Falté, se supo y me degradaron. Pagué más de la cuenta.

—Sabes muy bien —observó Jouve— que no salió a relucir ni la mitad. Ya sabes que me quedé el recibo.

Benévolamente, con objeto de colmar el pesado silencio que siguió, un coche se sacrificó y pasó por la avenida Général-Brunet.

—Algún día pasaremos cuentas —dijo Clauze lleno de odio.

—Seguro —dijo Jouve—. Algún día habrá que hacerlo.

Después de que otro coche pasó en sentido inverso por la avenida, Clauze se levantó por fin. Ya vuelvo, voy a telefonar, y al salir dejó tras de sí su olor policiaco, esencia de cantina y despacho, perfume de tugurios y chironas, efluvio de tabucos, concentrado de bochinchas, de todo aquello por donde pasa un policía, por donde un

policía debe pasar. Mientras esperaba su regreso, Jouve miraba por la ventana y veía balancearse suavemente una rama de un plátano. Las diez y veinticinco.

Clauze reapareció, sosegado el semblante, sin reproche aparente, como zanjando un asunto natural, con un papel en la mano y sin sombra de vergüenza. No ha sido fácil dar con ella, dijo en tono relajado, el compañero al que he llamado por teléfono creía que había muerto, pero resulta que no. En resumen, hemos encontrado esto, prueba con ello. Jouve consultó el papel: la dirección de un bufete por los Champs-Élysées. Gracias, Robert, dijo, no lo olvidaré. Muy bien, dijo tranquilamente Clauze, y ahora, ¡que te den morcilla!

Sobre las once, Jouve volvió a su despacho, el antiguo local de un administrador de fincas, una oscura planta baja con cristalera pintada de gris que daba a la calle. Había conservado los muebles originarios, de tubo y látex, de calidad ínfima, poco cómodos. No mucho más lucido, en versión pequeña empresa privada, que la comisaría del barrio Amérique. Jouve echó un vistazo al periódico y ordenó unas carpetas. Personnettaz se presentó a las doce en punto.

No había engordado, pero parecía menos en forma que nunca. Siempre con la misma apariencia poco tranquilizadora de monje soldado. Jouve le expuso los hechos: la desaparición de Kastner, su sustitución por Boccara, la personalidad de Gloire.

—Esa mujer es un hueso —dijo—, y me temo que ese muchacho no dé la talla. ¿Le interesa ocuparse del caso?

—De momento dispongo de tiempo —manifestó Personnettaz tras un prolongado silencio—. En cualquier caso, me hará falta un ayudante.

—Tome, pues, a Boccara —propuso Jouve—; es joven, pero puede resultar un buen auxiliar.

Una hora más tarde, en el vestíbulo de Stocastic, la figura de Jouve despertó comentarios irónicos entre los empleados de aquella empresa, y Jouve los puso mentalmente como chupa de dómine. Entró en el despacho de Salvador cuando éste perfilaba con ayuda de Donatienne la próxima entrega de *La más bella de la playa*. Tengo esto para usted, dijo Jouve, y le tendió el papel de su cuñado. Dispense, tío, dijo Salvador, pero estoy algo... Ya ve. Yo no soy su tío, observó Jouve. ¿Cómo dice? Ya, lo siento, Jouve, es el estrés, discúlpeme. (Bueno, decía Donatienne, hay un tal Yvon Querson que ha dado el nombre de una tal Annabelle Fleury, a quien han encontrado.) No tiene importancia, dijo Jouve, tenga. (Que se ha reconocido en la descripción, prosiguió Donatienne, que se ha convertido en Annabelle Schnitzler y que no tiene inconveniente en venir.) Pero ¿qué es esto?, dijo Salvador al leer el papel. Pero espere, Jouve. Pero espere dos segundos. Pero no se vaya. (Habría que sondear a las familias, consideraba Donatienne, han hallado a varios amigos, han hallado incluso al policía que vigilaba la playa.) ¡A la mierda!, exclamó Salvador, de vuelta a su sillón, una vez que Jouve se hubo retirado, con la dignidad herida, dejando la puerta abierta.

Salvador leyó otra vez el papel y se lo guardó en el bolsillo sin entender nada. Bueno, vale, dijo luego, resuelve eso tú sola. Vayamos a lo más urgente.

Rubias peligrosas. Recapitulemos. Procedamos por autores. Tenemos, pues, a las hitchcockianas. Luego, tenemos a las bergmanianas. Luego, tenemos a las de las películas soviéticas, incluidas las de los países satélites. Y, después, no veo que tengamos nada más. Empecemos de nuevo. Quizá sería mejor proceder según criterios geográficos. Principalmente, norteamericanas y europeas, digamos que de la otra orilla del Atlántico a los Urales: las rubias peligrosas pueblan sobre todo el hemisferio norte. Sí. Tampoco resulta un buen enfoque. Podríamos empezar por una referencia clásica con la que pueda sentirse identificado todo el mundo. Pongamos el triángulo emblemático Monroe-Dietrich-Bardot. ¿No resultará un poco convencional?, dijo Donatienne, inquieta, ¿no está ya más que visto?

Puede, dijo Salvador. Bien. Vamos mejor a organizarnos por personalidades. Olvidemos a esas tres rubias peligrosas clásicas, veamos las rarezas. Tomemos los casos particulares, estilo Anita Ekberg, ¿entiendes?, o Julie London en otro tipo. Pásame el fichero. Veamos. Tenemos a las solitarias, las marginales, las fracasadas. Tenemos también a algunas insignificantes. Conviene citar el caso de algunas que se salen de la norma. Habremos de tener también en cuenta a la pequeñísima cantidad de feas. ¿Cómo crear un orden? ¿Cómo clasificarlo todo?

—En realidad, Marilyn Monroe no tenía nada de peligrosa —observó Donatienne, inclinada sobre el fichero.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Salvador sin levantar la cabeza—, no captas mi metodología. No es obligatorio, ni mucho menos, ser peligrosa para estar incluida entre las rubias peligrosas, no hace falta. —Meditó—. Puede que, en el fondo, ni siquiera sea necesario ser rubia, si a eso vamos. No lo sé todavía.

—¡Ah! —exclamó Donatienne—. Disculpa, no he dicho nada. No lo había entendido.

—Soy yo —dijo Salvador—, soy yo, que me excito. Pero puede que me equivoque. Quizá debiera ser más estricto en mis criterios. ¿Qué te parece? Dímelo. ¿Qué opinas en el fondo de tu corazón?

Otro atardecer, pronto otra noche. Gloire está sentada a la mesa de la cocina, de codos en el hule; con dos dedos sujeta un cigarrillo cuya punta golpea más a menudo de lo necesario contra el borde de un cenicero que hace publicidad de una marca de coñac. Esta tarde no va pintada, salvo los labios, recargados como siempre de un rojo violento que hace más pálida aún su cara. Y, reteñidos de color castaño, como estaba previsto, y mantenidos hacia atrás por un aro de felpa rosa, sus cabellos no están más lustrosos que la vez precedente.

No es agradable de ver pero, por suerte, como está sola, no hay nadie que la mire. Aunque, francamente, podría arreglarse un poco. Se comprende que tenga sus motivos, pero ¿acaso no podría comprarse algún que otro trapito que realzara sus encantos?

No. Lleva su jersey con oseznos escarchados, calza bambas blancas y azules sucias con la inscripción WINNING TEAM. Como apenas se está tibio en la cocina — equipada con una estufa de gas de enrejado rojizo por el que corre a veces una breve lengua de fuego color magenta con un ruido sordo de tiro que asusta—, Gloire se ha dejado puesta una cazadora de esquí azul intenso, poliéster y algodón, con forro de poliamida, talla 1.

Son, pues, las siete; de nuevo está sola. Ofendido, Béliard se ha retirado tras una nueva disputa. El transistor sigue sonando bajito sobre la mesa, a veces la mujer subraya en voz baja tres notas de una canción que emite, a veces suelta una especie de risa que deja suponer que está un poco bebida, pero no es así. En el vaso con la efigie de Bugs Bunny que tiene delante, obsequio de una conocida marca de mostaza, Gloire sólo ha humedecido los labios una vez.

No se ve nada en esta cocina con sus dos apliques anémicos y el segmento de fluorescente sobre el fregadero. Se adivinan dos sillones de jardín descoloridos apilados de cualquier manera en un rincón, el frigorífico cúbico y la cocina grasienta, el aparador macizo, el mantel de plástico con flores estampadas, y dos marcos en la pared que contienen un retrato del mariscal de Lattre y tres girasoles en cañamazo. Las paredes carecen de color desde la noche de los tiempos; Gloire está sentada en la oscuridad. ¡Cómo se aburre esta tarde, válgame Dios lo que llega a aburrirse!

Cuando le entregaron las llaves de aquella casa, Gloire no cambió nada en ella, prefiriendo no manifestar así ninguno de sus gustos, a los que renunciaba. Fue, por el contrario, a sí misma, a su propia persona, a la que trató de adecuar a la vivienda, dejándose impregnar, remodelar, por aquel pequeño alojamiento mal alumbrado, mediocrementemente calentado, adosado a un villorrio de noventa y nueve almas arrinconado entre un brazo de mar y hectáreas de cereales. Frente al mantel, a la foto del mariscal de Lattre, en vez de cambiar el primero y volver la segunda de cara a la pared, dejó al mantel y a la foto que volvieran y cambiaran lo que quisieran en ella.

Antes que pintar la cocina, Gloire rogó a ésta que le eligiera el tono de su colorete y de su lápiz de ojos, le dictara la elección de su ropa, de sus palabras y de sus entonaciones, le determinara la postura que debía adoptar.

La vida de Gloire Abgrall puede no parecer muy feliz, pero así la ha querido ella. Hace cuatro años decidió desaparecer, borrarse del mapa del mundo y elegir la clandestinidad, y tomó todas las disposiciones en tal sentido, fiándose de su intuición. Cortó toda relación pasada, por segunda vez cambió de nombre, haciéndose llamar Christine Fabrègue, y transformó, como se ha visto, su apariencia. Ha reducido al mínimo sus relaciones con los vecinos, siendo Alain el único al que da conversación. Precisamente llaman a la puerta, y es él. Hombre, se dice Gloire, llega a punto ese imbécil.

Alain reaparece, pues, vestido con la misma marinera, pero, como ha refrescado el tiempo, asoma esta noche por el escote en uve un triángulo de lana parda. Cuerpo achaparrado, concentrado como una pila y pelo rojo eléctrico que, de empalmársele un enchufe, podría encender una lámpara. Vacilante, permanece de pie en la puerta; una sonrisa incierta flota en sus labios; lleva en la mano un cangrejo vivo del tamaño de un bolso. Es Berthaux quien acaba de dárselo, dice, no sabe qué hacer con él. ¿Le apetece a Christine?

De momento Gloire no contesta y se limita a observar desconfiada el animal pardo claro cuya pinza anterior derecha, más voluminosa que la izquierda, se abre y se cierra convulsivamente al vacío. Emite señales. ¿Tomará algo, Alain?, dice, con cierto retraso, una vez que el cangrejo, instalado en el fregadero, ha empezado a producir burbujitas de baba. Tan poco ágil como un guijarro dotado de un poco de libre arbitrio, o como un guerrero medieval caído con su armadura y que pugnara por levantarse, el cangrejo trata en vano de salir del fregadero. Moviéndose con torpes impulsos laterales, resbala en los lisos lados y cae de nuevo de espaldas mientras secreta su fluido con un ruido de mineral blando.

Después de sentarse, el antiguo marinero ha reemprendido el relato de sus recuerdos marítimos. Expediciones, viajes, heridas que podrían formar una larga existencia. Siempre fue marinero: la marina de guerra, el comercio, la pesca. Insiste en sus impresiones de Australia, que, de todos los países, parece el que lo ha marcado más profundamente. Sin embargo, le falta el entusiasmo acostumbrado: Alain introduce silencios, dirige a Gloire miradas expectantes, sin duda, espera que la mujer lo tutee de nuevo, como el otro día.

Como, al cabo de un rato, Gloire se levanta para sacar de su molde un suplemento de hielo, Alain la sigue con una mirada borrosa cuando se dirige hacia el frigorífico. Se levanta a su vez y va tras ella mientras la mujer revuelve en el congelador.

—Ya sabe que la quiero mucho, Christine —declara Alain con voz sofocada.

Gloire no le contesta enseguida.

—Es importante quererse entre vecinos —añade el hombre con arrebatos—, es bueno quererse mucho. ¿Cómo diría yo? Es mejor.

La mujer se vuelve despacio, una dilatada sonrisa de máscara en los labios, dos cubitos le queman la palma de la mano. ¡Qué estás diciendo!, exclama. No hay mal en hacerse bien, farfulla el hombre, contento por la vuelta al tuteo, eso es lo que quería decir. Pero ¿a qué viene eso?, insiste Gloire con suavidad mientras se acerca a él, pronto a batirse en retirada y súbitamente inquieto. Pero es demasiado tarde. Gloire agarra con su mano libre un trozo de cuello de su marinera, lo atrae y lo besa bruscamente, dos o tres largos segundos, antes de rechazarlo con violencia. Lárgate, dice. Ahora te largas. Cuando Alain intenta cogerla de un brazo, Gloire se suelta antes de aplastar su mano cargada de cubitos en la cara del hombre. De aquellos cubitos vivos, no derretidos aún, una arista rasguña la frente del antiguo marinero, que retrocede, se lleva una mano a la cara y mira el breve reguero de sangre en sus dedos. Luego, apenas ha levantado la vista hacia Gloire cuando ésta se abalanza contra él y lo empuja a patadas y puñetazos hacia la puerta. Y este hombre que ha conocido la dureza de la vida, la lucha con la naturaleza, el enfrentamiento físico y la adversidad, retrocede ante una fuerza inesperada que lo persigue aún pasada la puerta, que se cierra en sus narices. Huye por la carretera, hacia su casa, sin fijarse tampoco ahora en el Volvo 360 aparcado en el mismo lugar que la víspera, mientras Gloire, fuera de sí, va a buscar un hacha al cobertizo.

Al volver del cobertizo, cuando cruza la cocina a todo correr empapada en sudor, entrevé a la altura de su cadera, en el fondo del fregadero, al cangrejo. Se vuelve rápidamente hacia él y lo parte por la mitad de un hachazo. Y mientras se aleja rápidamente hacia la puerta, las dos mitades del animal siguen agitándose débilmente, cada una por su lado, animadas por la ciega esperanza de acercarse para soldarse de nuevo, rodeadas de jirones de carne transparente. Gloire vuelve a abrir la puerta, se asoma al umbral, intenta distinguir en el crepúsculo la fugitiva silueta de Alain, pero se ha esfumado. La carretera está desierta por ambos lados. Pero hay un objeto insólito aparcado no lejos de la casa, un Volvo 360 aparentemente vacío, en el que se posa por un momento la mirada de Gloire, que se habría apartado enseguida de él si no acabara de manifestarse, en la opacidad general, la intermitente brasa de un cigarrillo detrás de los cristales empañados. Ya empiezan otra vez, ya empiezan otra vez a joderla. Los ojos de la mujer se encogen un instante, antes de que eche a andar, con paso decidido, hacia el vehículo.

Desde su interior, Boccara ve acercarse a la mujer. Hacha en mano, semblante de medusa, en la sombra parece surgir de un panteón bárbaro, de un cuadro simbolista o de una película de terror. Va mucho más rápida que el pensamiento de Boccara, que, de momento, no tiene la menor reacción. Cuando por fin se le ocurre tender la mano hacia la llave del contacto, el hacha se ha abatido ya sobre el parabrisas, que estalla en el momento en que el coche arranca. Con voz deformada, Boccara lanza un grito de terror inarticulado, pone rápidamente la primera y pisa el acelerador. Tras dos sacudidas espasmódicas que Gloire esquivo hábilmente, el Volvo recobra el sentido de la carretera y desaparece a oscuras. Hasta que ha recorrido quinientos metros,

Bocara no piensa en encender los faros. El aire frío se cuela a través del parabrisas y cauteriza las pequeñas heridas provocadas en su cara por los añicos de cristal. Y menos mal que no se ha aventurado hacia los acantilados, pues no cabe duda de que entonces habría acabado mucho peor. Por suerte para él, Gloire sólo sabe desembarazarse de la gente por medio del vacío.

A lo largo de los kilómetros siguientes, mientras protegía sus ojos del aire vivo y palpaba sus pequeñas heridas tan recientes con la yema de un prudente dedo medio, Boccara lanzó en alta voz innumerables imprecaciones contra Gloire. Intranquilo, descontento, apretando las mandíbulas, dolorido por aquellas heridas cuya gravedad no apreciaba aún, Boccara dio muestras de considerable inventiva en la emisión de sus invectivas.

Forzado a conducir a poca velocidad, tardó bastante tiempo en llegar a Saint-Brieuc. A la entrada de la ciudad estaba abierta una estación de servicio de funciones lo bastante diversificadas para poder ocuparse de su parabrisas. Mientras colocaban en su lugar una película plástica provisional, Boccara fue a los servicios para evaluar los desperfectos: cuatro o cinco cortes muy superficiales, nada grave. Se examinó en el espejo: el mismo tipo joven de siempre, algo rechoncho, de lindos ojos, un poco femeninos, aire avisgado, no tan bajo como para ser bajo, no tan gordo como para estar gordo, con entradas no lo bastante profundas como para ser calvo; pero todo ello se veía venir. Se veía venir y lo preocupaba. Pues, mal que le pesara, su futuro dentro de veinte años estaba sin duda fijado: lociones y plantillas, regímenes y carreras, que de nada servirían.

Sin embargo, se esforzaba en sonreír casi sin parar. Incluso en aquel momento de derrota ante el espejo, solo en el lavabo de la estación de servicio, pestañeando, con aire de tomarse el mundo a la ligera, soltó su alegre sonrisa, espolvoreada de indiferencia y cubierta de desenvoltura. Se despolvó la solapa de su bella chaqueta azul de Prusia con reflejos violeta. Siempre bien vestido, Boccara elegía meticulosamente su ropa, desde cuyo interior observaba con ojo inquieto el mundo en general y la vestimenta ajena en particular.

Regresó adonde estaba su coche, pagó la cuenta sin olvidarse de pedir un recibo y prosiguió su camino. En el trayecto de vuelta, el paisaje filtrado por la película plástica resultaba borroso como si avanzara a través de la niebla, con una oscilación indecisa de televisor viejo. Imposibilitado de alcanzar su velocidad acostumbrada, Boccara se armó de paciencia: relajando las vértebras lumbares, flexibilizando los antebrazos en el volante, se exhortaba a la calma, aunque estaba irritado por aquella lentitud, por la hipocresía de aquella lentitud que, so capa de protegerlo de la muerte, fingía ignorar la brevedad de la existencia.

Treinta kilómetros más allá, Gloire se esfuerza también por calmarse. Tras la rotura del parabrisas y la huida del Volvo, se ha refugiado en su casa, ha cerrado la verja con dos vueltas de llave y ha atrancado los postigos. Después, se ha recluido con un vaso de vino en el cuarto de baño desprovisto de ventanas, ha cerrado la puerta por dentro y ha encendido el fluorescente que hay encima del lavabo. Este fluorescente, como todos nosotros, tiene despertares difíciles, escupe un poco de luz tosiendo, tartamudea unos segundos antes de encenderse en toda su longitud. Tras

bajar la tapa del retrete, Gloire se ha sentado encima, con el busto inclinado y la cabeza oscilante entre sus codos apoyados en los muslos, juntas las manos por delante en torno al vaso. ¿Por dónde íbamos?

Con toda evidencia, la han encontrado. Localizado, reconocido, seguido. Gloire no sólo no tiene la menor idea de la identidad ni la intención de los hombres que van detrás de ella, sino que tampoco siente la menor curiosidad: la única cuestión para ella es quitárselos de delante. Toda resistencia frontal, a la larga, parece vana: hacer desaparecer a Jean-Claude Kastner no ha sido útil; ahuyentar al intruso de esta noche tampoco servirá, sin duda, para nada. Por lo visto, están bien organizados. Están motivados. Puede que sean muchos. Volverán. A pesar de todas las precauciones que ha tomado, el escondite de la mujer parece ahora comprometido. Adiós anonimato, adiós a la paz, adiós al coma social prolongado. Esos hombres que la persiguen representan un pasado rechazado, pero que acaba de resurgir del fondo de los tiempos, propulsado por un gran tirachinas. Otras, en igual situación, podrían tratar de llegar a un arreglo, de negociar con esos tíos, de informarse de su proyecto y obrar luego en consecuencia. Otras, quizá. Gloire, no. Esa idea ni le pasa por la cabeza.

Gloire creía llevar allí sólo un momento, sentada debajo de su fluorescente, cuando el primer pájaro se despereza gimiendo y bosteza abriendo un ojo en la palmera. De vuelta en su habitación, cuatro filamentos de luz gris oscura dibujan ya el marco de los postigos. Después, un instante más tarde, acostada sin desnudarse bajo una manta, sus ojos permanecen abiertos en la oscuridad. El sol, al salir, se la encuentra en mitad del jardín, debajo de la misma manta. Béliard se presenta a eso de las nueve y media.

Béliard parece cansado. Sin afeitarse ni cambiarse desde la víspera. Sumida en sus preocupaciones, Gloire no le pregunta dónde pasó la noche, aunque, de todos modos, no le habría contestado. Entre tanto, parece poco locuaz, poco dispuesto a conversar. Cabe sospechar que sólo ha aparecido para descansar un rato, para dormir en paz hasta las doce, acurrucado, hecho un ovillo en el hombro tibio y blando de la mujer. Pasado un rato, ésta intenta comunicarle los acontecimientos de la noche, pero el homúnculo sólo contesta al principio con monosílabos malhumorados cuando no sarcásticos: en cualquier caso, disuasorios. Parece que ése no es su día.

No es la primera vez que Béliard da la impresión de no estar en el caso, inconsciente de lo que ocurre y de su gravedad. Siempre ocurre lo mismo: a veces sabe todo lo sucedido mientras estaba ausente e incluso saca a relucir detalles que Gloire ignora, y a veces aterriza sin estar al tanto de nada: con aire alelado, como esta mañana, y hay que explicárselo todo; por supuesto, no es imposible que Béliard finja en estos casos. Gloire agita el hombro para sacudirlo un poco.

—Préstame un poco de atención —dice—. Esto no puede seguir así.

—¿El qué? —refunfuña Béliard—. ¡Tantas cosas no pueden seguir así!

—Ha vuelto a pasar —dice Gloire—. Otro fulano. Anoche.

—¡Ah, sí! —exclama Béliard, que se incorpora a medias y chasquea su boca

pastosa, como para indicar que está más o menos enterado—. ¿Y qué?

—¡Quiero que dejen de joderme! —grita Gloire—. Esto va a continuar, ¿entiendes? Yo pensaba que acabarían, después del de la otra vez. Pues no. Hay más, y la cosa va a seguir. ¡No quiero que empiecen de nuevo a joderme! ¿Lo entiendes?

—Bueno —dice Béliard—, bueno. Calma.

Luego, ella hunde la cara en las manos.

—Quiero que dejen de joderme —repite, pero en otro tono, con voz de paracaídas en barrena.

Durante los dos o tres minutos que solloza luego, Béliard le palmea mecánicamente el hombro mientras echa algún vistazo inquieto en torno, por si los gritos de la mujer hubiesen llamado la atención.

—Vamos a pensarlo —dice—, vamos a encontrar una solución.

—Ya está pensado —dice ella, que resopla entre sus manos.

—¿Qué es lo que está pensado? —pregunta Béliard.

Pero Gloire se encoge de hombros sin contestar.

—¿Qué es lo que está pensado? —vuelve a preguntar el homúnculo.

—Nada —dice ella al cabo de un segundo—. Y, de todos modos, no puedo.

Se ha sonado, tiene esa voz de cólera desengañada que pueden adquirir las niñas cuando lloran, animosas, pero de vuelta de todo.

—En cualquier caso —dice Gloire de nuevo—, ni siquiera es posible.

—Bueno —dice Béliard—, ¿qué es lo que no te parece posible?

El que no conteste enseguida tal vez indique que no se atreve. Aunque maltrata a Béliard, aunque se queja muchas veces de su presencia y hasta desea a veces que se largue, parece que Gloire necesita siempre su parecer, su conformidad y hasta su aliento. Pero empieza temiendo que este parecer sea negativo, después encuentra su dependencia humillante. Pero por último:

—Quiero irme —dice suavemente—. Querría irme.

Béliard interpone un silencio de médico.

—Desearía irme —repite Gloire levantando la cabeza—. Pero no puede ser, ¿verdad?

Nuevo silencio. Luego:

—Mujer —dice con calma Béliard—. Podría ser. Por mi parte, no veo ningún obstáculo.

—¿Eso crees?

—Desde luego —repite Béliard—, desde luego. Personalmente, no encuentro ningún inconveniente.

Gloire observa escéptica al homúnculo, que prosigue:

—No es tan sólo que sea posible —dice, y se va enardecendo a medida que habla—, es que incluso es deseable. Has expiado, ya está, has hecho lo que cabe. Vale. Puedes marcharte. Haz lo siguiente: recobras tus bienes, y después te largas a los trópicos, bien lejos.

—¡No me digas! —exclama Gloire, incrédula.

—Que sí, que sí —dice Béliard—. Y yo te acompaño.

—Espera un poco —cambia de opinión Gloire—, espera un segundo. Puedo marcharme perfectamente sola.

—¿Estás de broma? —dice Béliard—. Nos lo pasaremos muy bien juntos.

—Nada, que está chiflada —concluyó Boccara mientras se palpaba con cuidado los confetis de esparadrado dispersados por sus pequeñas heridas.

—En cualquier caso, parece que sabe defenderse.

—¡Sí, eso, pitorréese encima! —protestó Boccara—. ¿Cuánto tardará en cicatrizar esto?

—Nada —dijo Jouve—, cosa de tres días. Diga que se ha cortado al afeitarse. ¿Qué opina de todo esto, Personnettaz?

Desde el taburete lateral que ocupaba, Boccara miró con ojos intimidados a Personnettaz, rígidamente acomodado en un sillón frente a la mesa de Jouve: individuo flaco y huraño, austero aunque extrañamente disfrazado de agente de seguros fantasioso: traje de color arena y camisa castaño oscuro con corbata verde claro. Cabello cobrizo, casi rojo, cortado como en los cuarteles, mejillas hundidas y frente arrugada; dos largas arrugas paralelas al eje maxilar podían pasar por cicatrices de algún rito de iniciación, y su mirada glacial podía asustar a Boccara. Su rostro reflejaba una profunda preocupación, o tal vez un gran sufrimiento moral o una enfermedad crónica, una úlcera, o algo. Estaba atento y serio como en la consulta de su doctor. Hasta ahora no había dicho nada.

—Parece muy poca cosa a primera vista —dijo por fin sin mover los labios.

—¿Bromea usted? —dijo Boccara—. ¡Es peligrosa! ¡Está completamente chiflada!

—También me parecía poca cosa —dijo Jouve—, ya sé. Al principio no quise molestarlo. Pero ahora me trae de cabeza la historia de Kastner. Casi una semana sin noticias tuyas, es un fastidio. Quiero saber qué ha pasado. No quisiera que le hubiera hecho algo, piense que lo contraté yo. No es sólo por el cliente por quien hay que buscar a esa mujer, ahora. Conque, ¿acepta ocuparse del caso?

—Ya sabe cómo procedo —dijo Personnettaz—. No hago nada sin un ayudante. Ahora bien, he perdido al que tenía. Necesito otro.

—Pues coja a Boccara —sugirió Jouve—. Estará encantado: es muy competente.

—¡Sí, hombre, quédese con Boccara! —exclamó Boccara—. Calidad absoluta, ningún defecto. No dude en decir que sí.

Personnettaz fijó en él la misma mirada fría que fijaba en todo, la mirada técnica y vacía de quien aprecia una distancia en un campo de tiro.

—Bueno —dijo mirando su reloj de acero—, probaremos. Nos iremos para allá dentro de tres horas. Entre tanto he de pasar por mi casa.

Y al poco rato subía, más allá de las Batignolles, el fragmento de la calle de Rome que sigue y domina las vías del ferrocarril en dirección a la estación de Saint-Lazare. Debajo de la calle corrían paralelamente unos veinte raíles a los que dominaban a pico altos edificios y por los que, de vez en cuando, pasaban trenes. Clavadas a las rejas protectoras, unas placas esmaltadas prohibían a trechos tocar los cables

eléctricos (peligro de muerte) y tirar basuras a las vías.

Dejando la acera de la calle de Rome, Personnettaz torció a la derecha por el puente Legendre, suspendido a treinta metros sobre las vías por una estructura de travesaños de hierro colado. Llegaba a mitad del puente cuando apareció el corto convoy de cuatro vagones plateados que unen Ruán y París; con su aspecto de hojalata, se deslizaban por sus raíles siguiendo un eje noroeste-sureste. Personnettaz, por su parte, cruzaba el puente siguiendo el eje suroeste-noreste, de modo que los recorridos del hombre y el tren se cruzaron en ángulo recto y, por espacio de una centésima de segundo, el cuerpo del hombre se halló superpuesto al de la mujer a la que acababa de comprometerse a buscar, que iba en aquel tren.

Después de su conversación con Béliard, Gloire había organizado rápidamente su partida. Lista de las cosas que hacer. Limpieza y arreglo de la casa por la mañana: eliminación de los restos de cangrejo y sacrificio del conejo. Por la tarde, reunión de sus accesorios y sus prendas de vestir, que primero había pensado seleccionar, pero que acabó amontonando en una bolsa de poliuretano que dejó acto seguido junto a la verja, en el lugar convenido para los cubos de basura. Redacción de una nota para la dueña de la casa, que echaría en el buzón acompañada de un cheque y los dos juegos de llaves. Compra de una botella de coñac. Preparación del conejo marengo.

Temprano, al día siguiente por la mañana, había tomado el primer tren para Ruán; luego el autobús hasta un asilo habilitado en un antiguo convento de los suburbios de Ruán. Después de esperar un rato al final de un pasillo, se había presentado del brazo de una enfermera un anciano bien vestido, fresco como una rosa. Gloire lo había besado. Señorita, había dicho el anciano, es usted realmente encantadora, pero no creo que nos hayan presentado aún. La enfermera, en segundo término, meneaba la cabeza. Toma, papá, había dicho Gloire, te he traído coñac. La enfermera, en segundo término, meneó la cabeza en sentido contrario. Es usted infinitamente amable, dijo entusiasmado el anciano, pero me temo que me la quiten. Luego, Gloire había regresado a la estación y tomado aquel segundo tren hacia París-Saint-Lazare. Volvía ahora. Regresaba.

Había conservado su apariencia miserable y, pese a su billete de primera, llevaba su ropa de ínfima clase. Su bolsa de viaje estaba casi vacía, pues sólo contenía una buena cantidad de dinero en billetes de quinientos francos, que fue a contar otra vez al lavabo del tren. Se miró en el espejo y echó los hombros hacia adelante con aire decidido. De momento, su aspecto miserable le convenía, y no era la primera vez que lo tenía, pero pronto se transformaría por completo. Paciencia, chica.

En la estación de Saint-Lazare, al pasar ante los objetivos de las cámaras de vigilancia, distinguió otra vez su pobre figura, de cuerpo entero ahora, en los monitores de control colocados debajo de los paneles de anuncios: llevaba mucho tiempo sin verse en una pantalla. De todos modos, Gloire no se había mirado a menudo en ellas: lo que duró su breve celebridad instantánea, puesta como un sol apenas salido. En la televisión habían sido al principio tres o cuatro programas de

variedades nunca redifundidos, el tiempo de ejecutar en playback *Excesivo* seguido de *No nos vamos* e inmediatamente después, cuando el proceso, alguna rápida aparición al final del telediario, siempre en las mismas secciones: Sucesos y Crónica de los Tribunales. Después de lo cual nunca había vuelto a salir en un televisor. Sólo había vuelto a verse en la pequeña pantalla en los departamentos de electrodomésticos de las grandes superficies, en las pantallas de demostración de aparatos de vídeo para los particulares o en el metro, justo antes de su marcha de París, en las pantallas que muestran a los conductores de los trenes las idas y venidas de esos mismos particulares.

Pero en adelante Gloire evitaría el metro. Un taxi la llevó a un pequeño hotel tranquilo en una pequeña calle tranquila en los alrededores de Montparnasse. El hotel no tenía aspecto de hotel, más bien estaba a medio camino entre la pensión y la casa de citas. No había recepción propiamente dicha, sino un salón en el que una señora discreta y distinguida, con traje sastre y collar de perlas, le entregó una llave sin formalidades. Nada de números tampoco en las puertas de las habitaciones. Gloire dejó su bolsa, salió y bajó andando por la calle de Rennes.

En las inmediaciones de Sèvres-Babylone, le bastaría con tres o cuatro horas de aquella tarde para recomponerse un vestuario sin fijarse en los precios: un impermeable y un par de faldas, dos pantalones, cuatro vestidos inarrugables japoneses, dos pares iguales de sandalias con suela de esparto. Después, al pasar por delante de Guerlain, entró para procurarse algunos productos ligeros, casi ningún afeitado, tónico y leche desmaquillante, pequeño spray de Jardins de Bagatelle. Por último, en la calle de Grenelle, Gloire compró dos caras bolsas de piel para guardar sus nuevas posesiones.

Después de volver a cambiarse al hotel, apenas maquillada, un segundo taxi la dejó más tarde en el barrio de los ministerios, frente a un elegante edificio bajo, sin cartel que indicara su razón social. Dos arbustos recortados en forma de bola enmarcaban una puerta de cristal traslúcido y hierro forjado. Tras ponerse una bata blanca en la planta baja y subir un tramo de escaleras, el hombre que la esperaba en el rellano esbozó una mueca de incredulidad al verla avanzar, pero no manifestó sorpresa alguna, ni preguntaría nada. Soy yo, dijo Gloire. Por descontado, dijo el hombre, ya lo veo.

César por su nombre de peine, gran pajarraco pensativo de gafas de hierro y cráneo rapado de atomista, le señaló un sillón. Acomódese, dijo, me encanta volver a verla. ¿Le mando servir un café? Gloire tomó asiento ante un espejo y César, sin emitir al principio ningún comentario, pasó tres dedos por su cabellera, levantando un mechón, sopesando pensativamente otro y reservando su diagnóstico.

—¡Dios mío! —exclamó por fin en tono desolado—. ¿No se los habrá cortado usted misma la última vez?

Gloire movió la cabeza sonriendo.

—Bueno —dijo César—. ¿Qué hacemos? ¿Intento arreglar las cosas tal cual o

mejor empezamos desde la base?

—Desde la base —dijo Gloire—. Todo como antes. El mismo color de antes.

César, de pie detrás de ella, la miraba a los ojos en el espejo, puestas delicadamente las manos en sus hombros.

—¿Cuánto tiempo hace? —dijo suavemente—. ¿Tres años?

—Cuatro —dijo Gloire.

Aquellos ojos fijaban en ella una mirada cariñosa desmontada, discretamente remontada luego en mirada irónica.

—No ha cambiado en absoluto —dijo—. Bueno, no me refiero a los cabellos, naturalmente.

Cogió un par de tijeras.

Una hora y media más tarde, el sol está poniéndose cuando Gloire cruza el Sena por el puente de la Concorde antes de subir andando por los Champs-Élysées. La luz es sedosa y rubia, y Gloire también. Ha vuelto al estado de rubia peligrosa, anda erguida, casi no tiene ya aire de loca, los hombres se vuelven de nuevo a su paso.

En la calle de Tilsitt, entre la embajada de Bélgica y la de Zimbabwe, el bufete Bardo, abogados asociados, ocupaba todo un segundo piso. Moqueta parda, arte abstracto en la entrada. Tras solicitar entrevistarse con el abogado Lagrange, Gloire esperó unos minutos, sola en un salón lo bastante espacioso para producir eco. Apareció un joven abogado muy nervioso, de baja estatura, austero como un formulario, que pidió sobriamente a Gloire que lo siguiera hasta la puerta acolchada de su despacho, pero que, cerrada ésta, empezó a bailar frenéticamente alrededor de la mujer; sacudía la cabeza, azotaba el aire con los brazos, exclamaba alternativamente que hacía tanto tiempo, que se alegraba tanto, que no había cambiado en absoluto. Gloire sonrió: los pareceres concordaban.

Lagrange se calmó muy progresivamente, como muy progresivamente deja de rebotar una superpelota, antes de colocarse detrás de su mesa donde, durante unos minutos, siguió rebotando en su sillón, aunque cada vez menos. Incluso una vez apaciguado, Lagrange sigue siendo un hombre esencialmente febril, provisto, como Donatienne, de baterías superpotentes y lleno de tics faciales; por efecto de esa agitación, sus diminutos trajes entallados se gastan mucho antes de lo normal. Cuatro o cinco veces, seis años atrás, Gloire recordaba haber compartido su cama: se pasaba la noche como un torbellino. En realidad, es más bien un abogado sin causas, pues no las busca más de la cuenta; tiene bastante dinero para no tener que meterse en aventuras inciertas y se desplaza en Opel. Pero es honrado. Por lo menos con Gloire. Se encarga, benévolamente, de administrar sus bienes y cuidar de sus intereses. Gloire, hijita, dice, aquí estoy yo, ya sabes que aquí estoy yo. Aquí Estoy Yo. La conoce desde pequeña o casi; es el único que está enterado más o menos de todo. Al contrario de César, hace muchas preguntas, que conteste Gloire como quiera.

Pero, de momento, lo que Gloire quiere, sobre todo es partir.

—¿Adónde? —pregunta Lagrange.

—Lo más lejos posible —dice ella.

—Lo más lejos posible —repitió pensativamente Lagrange—. Aparte de Nueva Zelanda, o Australia, no se me ocurre nada.

Desfilaron entonces aceleradamente por la mente de Gloire los relatos australianos de Alain. Fauna, flora, aborígenes, pescadores de perlas, chuletones con confitura y pensamiento primitivo. Bueno, dijo, me va bien Australia. ¿Estás segura?, preguntó dudoso Lagrange. Sí, dijo Gloire, y también quisiera documentación nueva. Encuéntrame otro nombre.

El dinero es lo primero, dijo el abogado, y sacó diversos documentos bancarios del archivo de Gloire. Resultaba de este examen que, en primer lugar, repartida en acciones, obligaciones, apartamentos alquilados, Gloire se hallaba en posesión de una fortuna bastante considerable. Y, en segundo lugar, que este capital se había redondeado últimamente: las mensualidades giradas por Lagrange a Bretaña eran muy inferiores a los intereses de aquellas inversiones. Perfectamente. A esto contestó Gloire, primero, que necesitaría cantidades mucho más elevadas durante aquel viaje. Y, segundo, que no, ningún cambio en su vida, sobre todo, ningún nuevo hombre; simplemente, tenía ganas de cambiar de aires. Se abstuvo de mencionar la visita de Kastner y su resultado. Perfectamente.

Luego examinaron el porvenir australiano. Lagrange se encargaría de todo: billetes de avión, visados, giros, reservas, lista de correos. Y, además, piensa en mi nombre, recordó Gloire, en mi documentación. Bien, dijo Lagrange, siempre resulta complicado, pero ya me arreglaré. ¿Qué nombre te gustaría? Como quieras, dijo Gloire, es cosa tuya. Bien, dijo Lagrange, ¿cenarás conmigo?

Béliard no se había manifestado en todo el día, y Gloire se sentía más disponible después de la cena para ir a tomar una copa y luego otra y luego una última con Lagrange, y luego, pasando de lo uno a lo otro, recibir el esperma de Lagrange, pero volvió a su hotel bastante pronto y se acostó enseguida. Trató de imaginarse cómo sería el fin del mundo. Se imaginó en el fin de este bajo mundo un retiro ilocalizable, inviolable, fuera de todo alcance. Una bolsa de marsupial en cuyo fondo pudiera agazaparse y luego marcharse dando saltos, ¡zas, zas!; cada vez más lejos, hacia un horizonte más propicio donde olvidara su nombre, todos sus nombres.

Nada de ello. Gloire no vería allí ningún canguro ni coala ni nada. Tan sólo una noche, en el arroyo de Exhibition Street, distinguiría los restos de una zarigüeya yaciendo entre el parachoques delantero de un Holden Commodore y el parachoques trasero de un Holden Apollo.

Había tomado el vuelo París-Sydney, vía Singapur y Yakarta, que sigue a continuación hacia Nouméa. En aquel avión, licenciados de su deber militar, veinte soldados neocaledonios regresaban a casa. Adiós cuartel húmedo, adiós clima brutal: los jóvenes festejaban copiosamente la licencia con exclamaciones, libaciones, discursos, cantos. Tan pronto fueron devueltos a la vida civil, habían trocado sus efectos militares por uniformes de fantasía de inspiración rasta: galones y forrajeras por medallones y chapas con representaciones de África, hojas de cáñamo o Peter Tosh; gorros caqui por amplias boinas de lana en forma de tortilla de veinticuatro huevos, con los colores verde-amarillo-rojo del movimiento panafricano, hechas a punto. La alegría de ver de nuevo su país podía traducirse en algunas gamberradas menores. Así, cuando pasaba el carrito de las bebidas empujado por una azafata, con una mano arramblaban con todo el borgoña y el burdeos que podían y, una vez pasado el carrito, con la otra palmeaban cariñosamente el trasero de la aeromoza, que se envaraba un poco para volverse luego a medias con una sonrisa forzada. ¡Calma, calma!, decían entonces, bonachones, los dos suboficiales encargados de escoltar a los desmovilizados. Tranquilos, muchachos.

Uno de los suboficiales se hallaba justamente sentado al lado de Gloire. Oriundo de Wallis y Futuna, era un macizo sargento primero que no cabía en su asiento cuando se dormía pero que, despierto, le daba un poco de conversación. Sonrisa pacífica y cuello de toro, bebedor de agua, el sargento primero había participado en todas las expediciones militares nacionales desde hacía veinte años: desde las Comores al Líbano, de Nigeria a Gabón, del golfo Pérsico al mar Rojo. De sus misiones en Chad guardaba una impresión ambigua, pues en cada una de ellas había tenido que prestar apoyo al partido contra el que se había enfrentado en la ocasión anterior. El otro suboficial, que enseguida le cayó bien a Gloire, era un atractivo negro, alto y de mirar profundo, que el sargento primero le presentó como boxeador peso pesado del ejército francés. Promesa en su categoría. El traslado de los licenciados a su hogar requería buenos puños, le explicó el sargento primero; de lo contrario, abandonados a sí mismos, a causa de su permanente embriaguez provocaban incidentes diplomáticos en cada escala.

Llegó la hora de la comida. Gloire comió lo que le dieron, bebió lo que quiso, incluso después de apagadas las luces y comenzada la proyección de la película. Los pasajeros se habían pegado los cascos a los oídos, salvo Gloire y algunos más que, sin otra banda sonora que los motores, hojeaban distraídamente una revista en sus rodillas. Al cabo de dos horas, todo el mundo dormía, y hasta los soldados se habían

calmado. Gloire se levantó discretamente para ir al lavabo, y al pasar dirigió una mirada breve pero significativa al atractivo peso pesado del ejército francés, que se reunió con ella veinte segundos después y le hizo compañía veinte minutos. Más tarde, de Singapur, Gloire sólo visitó los comercios libres de impuestos del aeropuerto, durante el rato en que indígenas vestidos de color verde manzana desinfectan el Boeing. Luego, en Yakarta, Gloire, dormida, no vería nada de nada.

La hora es siempre aproximada en los vuelos de larga distancia; nunca se sabe demasiado dónde se está con tantos husos horarios. En cambio, por la Porte Dorée, eran las siete en punto de la tarde cuando Jouve, de vuelta de la dirección indicada por su cuñado, hacía una visita a Salvador. Éste no prestaba mucha atención, ocupado por la puesta a punto de un tema central (rubias peligrosas ardientes y rubias peligrosas frías) de su proyecto.

—Un tal Lagrange —dijo Jouve—. No ha querido decir nada; pretende que no la conoce; me sale con el cuento del secreto profesional y todo eso. Pero estoy seguro de que tiene información sobre ella. Quizá deba cambiar de procedimiento.

Pero Salvador, ansioso de ver desaparecer a Jouve, le dice: Vale, vale, haga como le parezca. Desaparecido Jouve, le dice a Donatienne: Vamos allá. Escribe.

Algunas rubias peligrosas incandescentes se lanzan frenéticas en brazos de la gente. Hablan con viveza, ríen ligeramente, piensan rápido y beben de lo lindo. Miran altivas a la gente; le dirigen sonrisas terribles y generosas. A veces la gente se turba ante ellas, a veces la intimida ese modo seguro, decidido y despreocupado de lanzarse hacia ella, hacia uno, con los brazos abiertos en dirección a los suyos. Alegría, temible alegría la de esas peligrosas rubias solares.

—Podrías apuntar a Kim Novak en el margen, por ejemplo. ¿Qué fotos tenemos de Kim Novak?

Poseían varios fotogramas de la escena del campanario en *Vértigo*, entre ellos un plano vertical de la caja de la escalera (combinación de travelling hacia atrás y de zoom hacia adelante), pero Salvador es muy sensible al vértigo, tan sensible, que la menor vista a pico desde arriba le da náuseas. No, dijo, busca otra cosa. Vamos a dejarlo por hoy. Bueno, dijo Donatienne, ¿y las frías? ¿Cómo dices?, preguntó Salvador. Las rubias peligrosas frías, precisó ella; sólo has tratado de las ardientes hasta ahora. Lo dejaremos para más adelante, dijo Salvador. Cada cosa a su tiempo.

Algo más tarde, llegada a su destino, veríamos a Gloire instalada en un hotel hacia Darling Harbour en el que un télex de Lagrange le había reservado una habitación con terraza que daba a lo lejos a la bahía de Sydney. Para atenuar el malestar de los cambios horarios, había empezado por dormir quince horas de un tirón. Luego, tan pronto despertó, había ido a instalarse a la terraza, donde pasaba la mayor parte del tiempo en una tumbona en compañía de Béliard.

Éste, que no se había manifestado desde la transformación de Gloire, había reaparecido en cuanto la mujer se encontró sola en aquella habitación. Tras inspeccionarla de la cabeza a los pies, exclamó: ¡Vaya! Desde luego me gustas más

así. Los primeros días, en camisa de manga corta y bermudas, instalado cuan largo era en el reposapié de la tumbona, el homúnculo parecía en plena forma. Llevaba gafas oscuras a su medida, se cortaba las uñas canturreando y contemplaba la bahía, que surcaban grandes transbordadores metálicos, oscuros, bamboleantes. Baños de sol bajo el quitasol.

Pues el sol australiano no es un sol como los otros. Quema antes de calentar, es un soplete vengador incluso con tiempo fresco. Y su curso tampoco es común: salido de golpe, tras calcinarlo todo a su paso velozmente, corre a ponerse a la hora en punto en diez minutos, sin crepúsculo ni protocolo alguno, pues la noche cae como una piedra. Cuando renovaban las bebidas, los mozos del hotel incitaban a Gloire a la prudencia, le aconsejaban que se protegiera, graduaban la inclinación de su quitasol. Salían poco. Todo marchaba bien.

Sin embargo, menos de una semana después de su llegada, pareció que Béliard empezaba a impacientarse. Su humor parecía haber cambiado. Respondía apenas cuando Gloire le dirigía la palabra, daba con menos frecuencia su opinión sobre el tiempo. Luego, una tarde, cuando abrió la boca, fue para argüir que estaba un poco harto de aquel maldito sol y sugerir que fueran a dar una vueltecita, que abandonaran durante un rato aquella jodida terraza. De acuerdo, dijo Gloire. Pero fuera, el problema del sol se planteaba de igual modo. Gloire y Béliard, como siempre invisible a los ojos de los mortales, no habían andado cien metros en dirección al puerto deportivo cuando se desplomaron en el primer sillón debajo del primer quitasol que encontraron, perteneciente a una heladería. Gloire, al cabo de un rato, se quedó adormilada. Cuando abrió de nuevo los ojos, Béliard no estaba: parecía haber aprovechado el aire libre y el sueño de la mujer para eclipsarse. No tenía ninguna necesidad de obrar de esta manera, se dijo, extrañada, de regreso al hotel. Así pues, pasaría sola en él los días siguientes.

—¡Jesús! —dijo Personnettaz.

—Me estoy resfriando —observó Boccara, que se apretaba las aletas de la nariz.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso —afirmó Personnettaz—. Es enojoso.

—¡Joder! —gritó Boccara—. Hay que ver lo que resiste esto. Me parece que está completamente atascado.

—Necesitaríamos un desbloqueante —dijo Personnettaz—, o quizá un poco de aceite. O anticongelante, tal vez. ¿No llevaremos nada de eso en el maletero?

Por toda respuesta, Boccara acentuó un grado más su mueca y encogió un hombro casi dislocado ya por el esfuerzo. En la medida en que podía, Boccara presionaba sobre la manivela, pero las tuercas parecían soldadas a los pasos de rosca, pegadas a los pernos fileteados. La fría llovizna se mezclaba con su sudor tibio, y el resultado era un cóctel de calor y sabor que le enturbiaba la vista y se deslizaba por sus ojos en dirección a sus labios: todo conspiraba contra su proyecto de cambiar aquella rueda trasera derecha.

Manivela en mano, Boccara permanecía de rodillas ante su neumático pinchado, cuya llanta dejaba desbordar flácidas secciones de flancos. En sus manos, renegridas de grasa en cuanto había cogido el gato, nacían ahora algunas ampollas. Con todo su peso el joven forzaba su herramienta, enderezándose a veces para intentar desbloquear el sistema con grandes patadas, pero en vano: soltándose entonces de la tuerca, saltaba ruidosamente la manivela a cierta distancia, adonde iba a recogerla Boccara, renegando y dispersando los accesorios que yacían a su lado.

Personnettaz y él se hallaban al borde de una gran vía rápida de seis carriles —dos veces tres, separados por una mediana sembrada de plantas comatosas y bordeada por parapetos tumefactos— aislados del mundo exterior por un enrejado entre cuyas mallas revoloteaban jirones de materia plástica, de tela y de papel, manchados, arrugados, aglutinados al pie de los postes. Más allá de esta frontera, el mundo no se decidía entre el estado de barbecho y el de obras en curso. Ningún ser humano de pie a la vista.

Más temprano que de costumbre, bajo una luz de hierro, los usuarios de la vía rápida habían encendido sus faros, cuyos haces oscurecían aún más el estado del día. Maullidos de los vehículos y cuchicheos de sus neumáticos en el piso resbaladizo, ráfagas intermitentes y frío en la espalda. Era un martes a las doce menos diez.

De pie detrás de Boccara, sosteniendo un ligero paraguas automático, Personnettaz se esforzaba en resguardar al joven y a sí mismo, una tarea comprometida por el diámetro insuficiente del paraguas, sacudido por la borrasca y a veces doblado, que no protegía las más de las veces sino una zona aleatoria entre ellos, calados hasta los huesos. ¿Quieres que pruebe yo?, proponía de vez en cuando Personnettaz. Esto es cosa mía, contestaba Boccara.

Sus esfuerzos conjugados, a menos que un alma caritativa les hubiera prestado

ayuda, debieron de resultar positivos, ya que, dos horas más tarde, circulaban de nuevo, enfocadas las luces largas hasta el fondo del carril de la izquierda. Los dedos de Boccara dejaban por todas partes huellas negruzcas en el habitáculo, poco perceptibles en los asientos y el volante, pero muy visibles en el cuello de su camisa, su frente, sus párpados y su nariz, más claros.

De regreso de su misión sin haber encontrado nada más que la casa abandonada de Gloire, los dos hombres callaban: Boccara ponía mala cara, Personnettaz nunca será muy hablador. Encendieron la radio para las informaciones, que llegaban ya a la meteorología. El responsable de esta sección se limitaba a cuantificar el tiempo horrendo visible tras los cristales. Como si se expusiera en primera línea a las inclemencias que denunciaba, su voz febril y tomada garantizaba la legitimidad de sus palabras.

Rendido de cansancio, Boccara tiritaba también debajo de su traje arrugado. Tenía mal sabor de boca, como si emergiera, pringoso, ajado, de una larga noche de perros en plena mitad del día. Primero, abatido por lo angosto del mundo, quiso recobrar ánimo treinta kilómetros antes de París. Aunque lo asustaba Personnettaz, pero quizá para exorcizar su incomodidad, bajó el volumen de la radio y preguntó:

—¿Y las tías, qué? —dijo con una sonrisa sin alegría—. ¿Tiene ocasiones a menudo en el trabajo?

Pero se guardó de insistir. El otro, inmóvil y mudo como la mayor parte del tiempo, miraba fijamente hacia adelante con aire disgustado, o preocupado, o indispuerto; no es fácil de decir; tal vez estuviera de pésimo humor o, simplemente, desesperado. Se notaban sus pensamientos negativos sin poder suponer su índole. No osando desarrollar más su pregunta, Boccara creyó poder tratar de distraerlo enfocando desde otro ángulo el mismo tema. Él, Boccara, ¿cómo se las arreglaba para ligar?

—Muy sencillo —se contestó—, muy sencillo. Me siento solo en una terraza, pido una caña y pongo mala cara. Y no falla. A la media hora, siempre hay una que llega y se instala. Y venga.

Sin emitir ningún comentario, Personnettaz le había echado una rápida ojeada, breve mirada heteróclita en cuyo seno la envidia, el escepticismo y la reprobación se desafiaban mutuamente unos a otros. Luego, había restablecido el volumen de la radio: Shostakóvich. Boccara no lo lamentó. Habían oído a Shostakóvich, no está mal Shostakóvich, tiene cuartetos muy buenos. Luego, una vez en París, por la zona de la Ópera, Personnettaz mandó parar el coche delante de una cabina telefónica. Espérame aquí, dijo, y abrió la portezuela, voy a informar al cliente. Sobre las dos y pico el cliente se había calmado, los comercios abrían de nuevo, pululaban por allí dependientas que volvían de ingerir pocas calorías, con la botella de litro y medio de agua mineral debajo del brazo; Boccara cambió la inclinación de su asiento para observar más confortablemente cómo regresaban a su puesto de trabajo.

Pero Salvador, que acaba de hacerse servir un bocadillo gigante de pollo con una

cerveza en su despacho, tenía la mente en otro sitio cuando sonó el teléfono. Bajo sus ojos tenía abierta la carpeta de las rubias peligrosas en el punto delicado de las rubias artificiales. Bueno, dijo rápidamente, sí, ¿ha fracasado? No sé qué decirle, hable con Jouve. Colgó enseguida para no perder el hilo, para tratar de profundizar en aquel punto, pensando en voz alta. Mientras escribía a su dictado al otro lado de la mesa, Donatienne proyectaba al mismo tiempo en una pantalla mural unas fotos de Stéphane Audran, de Angie Dickinson y de Monica Vitti para estimular las reflexiones de Salvador. El cual tuvo que hacer una pausa, desconcertado por el telefonazo. Y luego:

—Toda rubia, un día u otro —prosiguió—, despierta la sospecha de ser falsa. Todas están expuestas a esta duda, todas corren el riesgo de que las tomen por artificiales. Ahora bien, la rubia artificial es a veces más pertinente, más representativa, que la verdadera. ¿Tú qué opinas?

Pero, aquel día, Donatienne no se sentía con ánimos para opinar, ni siquiera para hablar con su ritmo habitual.

—No lo veo claro —dijo—. ¿No puedes desarrollar el tema?

—Creo que sí —dijo Salvador—. Volveré al tema. Sigamos. La rubia artificial es, pues, una categoría específica, un estilo aparte. Lo que no es la morena artificial. La morena artificial es, por lo demás, improbable, no se le ve ninguna razón de ser. No crea el acontecimiento como puede hacerlo una rubia artificial, que ha elegido su color con este único objetivo. O sea que el tinte sólo escandaliza en una dirección. ¿Me sigues?

—Si te empeñas... —bostezó Donatienne—. Sigue.

¡He visto pasar a una!, anunció Boccara, cuando subió Personnettaz al coche. ¡Si hubiera visto cómo brillaban sus dientes cuando sonreía! Unos dientes de una blancura tremenda, se lo aseguro, un verdadero cuarto de baño. Venga, arranca, dijo Personnettaz. Dispense, dijo Boccara. Luego se habían dirigido hacia el barrio de Europe, vía Saint-Lazare, donde la luz recuerda a menudo la de la Europa del Este, donde en las calles, más despejadas que en otras partes, con perspectivas más amplias, subsiste siempre un fondo de aire fresco hasta con tiempo caluroso, donde los ruidos suenan como si vinieran de algo más lejano. Algunas de estas calles, las más introvertidas, conservan todo el año un leve aire de vacaciones o de penuria: por ejemplo, delante del despacho de Jouve había muchísimo espacio para aparcar.

Simétricamente a dicho despacho, otro más amplio albergaba la sede de una asociación de mujeres a cuál más guapa. Cuando Personnettaz y Boccara entraron en el vestíbulo, parecía que se celebraba una asamblea general; Boccara asomó la nariz por la puerta entreabierta. Venga, pasa, dijo Personnettaz. Disculpe, dijo Boccara. Jouve los esperaba para recibir el informe. Le comunicaron que habían fracasado. No me extraña, dijo, seguramente se ha largado. Bueno, qué le vamos a hacer. Intentaremos otra cosa. Habría que visitar un local, ya se lo explicaré, pero tendría que ser bastante discreto, ya me entiende. Sí, dijo Personnettaz, ya veo lo que quiere

decir. Un poco más tarde, provistos de las señas de Lagrange, salieron al vestíbulo; la asamblea de mujeres espléndidas estaba en su apogeo cuando se fueron: en un ambiente de motín, se proponían febrilmente pasar a la votación. ¿Ya nos vamos?, preguntó Boccara. ¿Por qué no?, dijo Personnettaz. ¿Tienes otra cosa que hacer?

La escena de la mañana se repitió algo más tarde, con ciertos cambios, en la calle de Tilsitt:

—¿Quieres que pruebe yo?

—Esto es cosa mía —dijo Boccara.

De pie, detrás de él desde hacía un buen rato, con una linterna en la mano, Personnettaz trataba de alumbrar lo mejor posible a un Boccara atareadísimo. No lo lograba más que imperfectamente. Por efecto de aquella larga inmovilidad, ocurría que su muñeca se debilitaba, que el haz derivaba hacia un espacio intermedio entre ellos, que no veían ya nada. Boccara protestaba entonces. Personnettaz enderezaba la linterna con las dos manos. Eran las doce y diez de la noche; miércoles, pues.

Seguía habiendo bastante humedad fuera. En las altas ventanas del despacho de Lagrange, la lluvia, cada vez más fina, casi en estado de niebla, de vez en cuando golpeaba ligeramente los cristales, como las olas remueven la arena. De la calle de Tilsitt subía un ruido de tráfico espaciado pero constante, como es habitual en la zona de la Place de l'Étoile a esas horas, y de más allá llegaba el eco más apagado de los bulevares circundantes, sirena de ambulancia por aquí, claxon por allá. No había otra cosa que hacer que escuchar aquello, y nada que ver más allá del haz de la linterna. Por la puerta de acceso al despacho, entraba un poco de resplandor de las farolas, que acentuaba levemente los relieves de los muebles sin alumbrar nada.

Se habían instalado en el pequeño anexo del gran despacho de Lagrange, espacio cerrado de cinco metros cuadrados sin ventana. Fax y archivadores metálicos, fotocopidora y lavabo, caja fuerte de un modelo antiguo; Boccara estaba arrodillado en la moqueta delante de esta última. Sobre ella había varias carpetas, de las que trataban de escapar unos papeles cebolla, y, colocado junto a Boccara, un maletín contenía pequeñas herramientas, punzones y pinzas, varios pies de rey, un aparato más voluminoso, en forma de ventosa, así como un estetoscopio. A veces, Boccara se colocaba el estetoscopio y auscultaba el mecanismo contando los clics y temblequeando un poco. Temblequeaba a veces hasta el extremo de errar una manipulación, de tener que repetir sus cálculos; pero, además, sudando al menos tanto como temblequeaba; sus dedos húmedos resbalaban sobre la lisa ruedecilla, y, para acabarlo de arreglar, su jefe, a su espalda, bajaba la linterna justo en el momento más inoportuno: todo parecía oponerse a su proyecto de abrir aquella caja fuerte.

Personnettaz, a su espalda, inclinado sobre su hombro, vio cómo sudaba su ayudante.

—Debiste traer trapos —dijo—. ¿Estás seguro de que no llevas trapos en tu maletín? ¿No cogiste pañuelos de papel para tu resfriado?

—No —se impacientaba Boccara—, no, no. ¡Joder, cómo resbala esto! ¡Si es que

no hay manera! ¡Qué modo de resbalar, joder!

Se interrumpió un momento para respirar y contuvo un estornudo en el hueco de la mano.

—Cálmate —dijo Personnettaz—, estás perdiendo el tiempo.

—Presiento que eso va a joderme los bronquios —resopló Boccara—, lo veo venir. Luego, voy a arrastrarlo durante meses. No me sirven de nada sus «¡Jesús!».

Después de despedirse a la francesa, Béliard no había vuelto a manifestarse. Gloire no sentía demasiado su ausencia, aunque echaba a veces de menos su conversación. Buen tiempo, por lo demás, en todo el Pacífico sur.

Aquel miércoles amaneció, como de costumbre, con brutalidad. Tras ducharse rápidamente y liquidar su desayuno, la mujer salió temprano de su habitación. Una música insistente para orquesta sinfónica de rock and roll descafeinado chisporroteaba afectuosamente en el ascensor. Gloire dejó el hotel bajo un sol ya duro. Tomó el puente Pymont, destinado a los peatones, hasta el gran acuario. Luego, quinientos metros más lejos, se alza un edificio de estilo angloantípoda — lujosas galerías comerciales todo lámparas, balaustradas, cobres y vidrieras, alfombras, cuadros, molduras— frente al que se levanta, lívida, una estatua de mármol de la reina Victoria. Gloire tomó la escalera mecánica hasta la última planta y se sentó ante una mesa baja, pegada, a pico, a una baranda barnizada cerca de una tienda de artículos para novias llamada Séptimo Cielo. Desde allí, su vista dominaba tres plantas de galerías de arte, boutiques de modistas internacionales, comercios de objetos de lujo, de antigüedades recientes y de recuerdos confusos.

Una vez que un camarero, dotado de un walkman, le trajo lo que quería —café, cenicer—, Gloire observó el tráfico de novias que iban y venían en torno a Séptimo Cielo. Jóvenes o no tan jóvenes, las novias no se presentaban nunca solas, sino flanqueadas siempre de una acompañante: madre, amiga íntima, hermana o hermana del novio que bebe, lejos de allí, sus últimas cervezas con los viejos compañeros de siempre durante el tiempo que dura la cuenta atrás. Acomodadas en sofás de piel blanca, las acompañantes prodigaban consejos y hojeaban catálogos. Las novias parecían más bien seguras de sí mismas durante las pruebas. Se adivinaba una idea en la cabeza de algunas, la de otras permanecía fría, a no ser que la llenaran pensamientos clandestinos; a algunas las intimidaba no poder ocultar su contento; aunque, en general, no resultaban peligrosas, se las habían arreglado para conquistar a alguien. Por la luna del escaparate Gloire las miraba posar con su vestimenta; luego, a media mañana, cuando la tienda estaba vacía, entró en ella.

Cortinas de color verde pálido, rosa pálido, alfombrillas de color violeta púrpura y perla. Expositores cilíndricos de terciopelo raso cargados de sombreros, collares, zapatos que multiplicaban grandes espejos de cuerpo entero con marcos labrados. Entre las perchas que sostenían procesiones de vestidos immaculados, espumosos, efervescentes, Gloire eligió un modelo clásico, talle muy alto, largo con pliegues laterales, escote discreto cuyo ángulo obtuso apenas dejaría descubiertas más que las clavículas. Se encerró en el probador minúsculo.

Del que salió como por encanto, al cuarto de hora, metida en un vestido gigantesco y seguida por un escuadrón de vendedoras que sostenían muy lejos detrás de ella varios metros de cola —como un ilusionista que hace surgir de su chistera una

paloma que huye de un gato que huye de los perros seguidos de caballos, camellos, elefantes que se dirigen plácidamente hacia los bastidores chillando, maullando, bramando, defecando de paso, y luego de cohortes vestidas con trajes regionales que desfilan saludando al público entre vivas, agitando sombreros y banderas, precedidas de charangas y seguidas de bandas—; vestida, a fin de cuentas, con bastante mal gusto, constelada de etiquetas, encaramada de través sobre unos altos tacones blancos.

Gloire dejaría luego que las vendedoras adaptaran el artefacto a su cuerpo, corrigieran su talle, ajustaran sus hombreras, anudaran un lazo en su lomo, le hicieran florecer una hortensia de encaje blanco entre los pechos, la tocaran con un rodete de follaje con cintas, desplegaran el velo sobre su cara, arreglaran las sobras de tela, alisaran las arrugas, fijaran alfileres en todos los sentidos y remataran el conjunto con tres vueltas de perlas. Hecho esto, ceñida en su vestido, esbozaría algunos movimientos prudentes, pequeñas reverencias cautelosas dedicadas a su imagen, casada soltera en el espejo. Bueno, dijo, lo pensaré.

Vestida de nuevo, Gloire se pasó la tarde en uno de los transbordadores que comunican el muelle circular con Manly. Luego regresó a su hotel, donde, después de cenar, cómo tenía pocas ganas de acostarse, el hombre de la recepción le indicó gustoso la dirección de una discoteca donde matar la noche.

Encontró fácilmente aquel local frecuentado por occidentales del hemisferio norte, entre ellos bastantes occidentales del hemisferio norte borrachos, por ejemplo un suizo alto y flaco de sonrisa triste bajo bigote, en la barra, así como un organista en el fondo. Tras la niebla de las conversaciones, como más allá de una cascada, el órgano Hammond declinaba discretamente sonidos pegajosos, argumentos gangosos que alternaban con accesos de tos, rugidos de fragua. El suizo, que se dedicaba a cuestiones medioambientales, invitó a Gloire a una copa de champán local; luego, hablaron, al menos el suizo trazó un retrato sombrío de Australia: cada vez más turistas en el suelo, cada vez menos ozono en el cielo: parecía tener mucho en que ocuparse respecto a su especialidad.

Gloire apenas había vaciado su copa cuando el hombre, sin interrumpir su soliloquio, la hacía renovar una y otra vez. Gloire sonreía, mucha gente sonreía, el órgano seguía hablando con la nariz, untando acordes con mermelada o penando como una bestia de carga. De regreso del Labrador, el suizo exponía ahora el trágico destino de las focas del Labrador, exterminadas en masa para que con su piel se fabriquen pantuflas y llaveros y, sobre todo, juguetes articulados en forma de foca del Labrador. Gloire, a su vez, empezaba a estar algo bebida y a ver el mundo a través de la copa, anestesiada toda percepción, como un incendio enfriado por el cristal del televisor. Cuando la copa empezó a empañarse, ya era hora de volver. Aquel suizo era muy amable, pero no, esta noche no, quizá volviese mañana a ver si estaba otra vez. Gloire se levantó cuidadosamente, dio las gracias al hombre, salió del local.

El silencio en la calle, cuando salió, era de los que se escuchan como un sonido.

Aliviada de verse andar bastante recta, de leer netamente las dos de la mañana en su reloj, Gloire prefería regresar a pie antes que tomar un taxi. El night-club se hallaba a unas manzanas del acuario, pasado el cual, por el puente Pymont, llegaría a su hotel. Poca gente a aquellas horas hasta el acuario, ni un alma en el puente Pymont.

¡Ay!, justamente sí: a poco de pisar el puente, he aquí que un alma lejana lo hace también en sentido inverso. Indistinta primero, precisándose poco a poco, es un alma de unos cincuenta años, maciza y trajeada de azul oscuro; sexo masculino. El hombre avanza sin prisa a la izquierda de Gloire, que circula por la derecha sin alzar la vista. Al ir a cruzarse, el hombre se desvía bruscamente hacia ella y le dice unas palabras que Gloire no entiende. Nunca se le dieron bien los idiomas a Gloire. Apenas capaz de desenvolverse en un inglés de portero de hotel pequeño, es evidentemente incapaz de mantener una conversación, sobre todo, a aquellas horas, habida cuenta de su estado y del acento australiano. Mientras sacude la cabeza —*Don't speak English*— y acelera un poco el paso, el hombre se vuelve y empieza a seguirla, andando a su altura y repitiendo la misma fórmula, ahora en tono interrogativo cada vez más apremiante. De pronto, la coge del brazo por encima del codo. Gloire se pone a andar más aprisa, sacude la cabeza —*Leave me alone*— y trata de soltarse a fuerza de miradas heladas. Entonces, el hombre la coge por un hombro, la obliga a pararse y, luego, volviéndola hacia él, la coge por el otro hombro.

Gloire empieza a debatirse, pero el hombre la sujeta firmemente y la atrae hacia su ancha persona sudorosa mientras se desplaza hacia el pretil. Y he aquí que las fuerzas de Gloire la abandonan, que hasta tiene demasiado miedo para gritar en aquel espacio de todos modos desierto, casi asfixiada ya por el sudor y el aliento de aquel hombre. No entiende más que rabiosas palabras entrecortadas. Se siente impotente para influir en el curso de las cosas. Todo parece bastante comprometido cuando Béliard, surgido de la nada, se yergue de pronto en el hombro de la mujer y empieza a vociferar, con cara de odio. Destruye a ese mierda, grita Béliard, arráncale los huevos. Revienta los ojos de ese cabrón.

Gloire no sabrá nunca si el hombre advirtió la presencia belicosa de Béliard. El caso es que, por un instante, parece desconcertado, se desequilibra y luego reanuda su abrazo, con más viveza, profiriendo contra el rostro de Gloire nuevas palabras breves, de las que ésta, aun sin entenderlas, puede sin gran dificultad formarse una idea. Pero es tal el poder de Béliard, que regenera las células, multiplica la energía: al momento siguiente, bajo el efecto de una resistencia nueva, de un contraataque imprevisto, el hombre es propulsado bruscamente al suelo y su cabeza choca con un ruido sordo contra el asfalto. Grita, trata de levantarse por sí solo, quizá piensa abandonar: quizá no insistiría ante aquella mujer de fuerzas multiplicadas si Béliard, pataleando en su hombro, no siguiera exhortando a Gloire, que, de nuevo, derriba sin contemplaciones al agresor a sus pies. Sin darle tiempo a huir, lo arrincona contra la baranda antes de abofetearlo muy violentamente varias veces, y la mirada del hombre, que oscila vehementemente entre el dolor y el asombro, se posa pronto en la mujer con aire

cansado, con aire de decir bueno, de acuerdo, he entendido, lo dejamos.

La cosa podría haber acabado aquí. Tal vez Gloire hubiera soltado al hombre si Béliard, junto a su oído, no le hubiera gritado que aniquilase a aquel cabrón, que lo hiciese migajas. De modo que, tras una última bofetada, Gloire agarra el hombro del individuo, le retuerce un brazo en la espalda hasta el borde de la ruptura para volverlo contra la baranda y, gruñendo brevemente como un animal, lo inclina de un golpe de hombro por encima del parapeto y luego lo empuja al vacío. Desconcertado, con los ojos abiertos, el hombre cae sin haber entendido nada de nada, sorprendido hasta el punto de no pensar siquiera en gritar. La bahía de Sydney lo engulle silenciosamente veinte metros más abajo. ¡Hay que ver! ¡Menos mal que Béliard hace algún que otro favor!

Pero veinte minutos más tarde, de vuelta en el hotel, temblando aún de odio, de excitación, de miedo, y, sobre todo, trastornada por aquella explosión de energía, tras vaciar uno tras otro dos whiskies, al poco rato se había invertido todo; Gloire se deshizo en lágrimas, postrada al borde de la cama, desesperada por su tendencia irreprímible a arrojar a la gente por las ventanas, desde lo alto de los acantilados o desde los puentes. Béliard, sentado junto a ella, la contemplaba pensativo.

—Vamos, vamos —dijo con voz consoladora.

Gloire, al principio, era incapaz de articular una sola palabra:

—No tenía por qué hacer eso —dijo entre sollozos—, no estábamos obligados a hacerlo.

—Déjalo —dijo Béliard—, abandona esos escrúpulos. A veces hay que dar un ejemplo. No arriesgas nada, de cualquier modo, pero, en todo caso, quizá fuera mejor marcharse. Mañana me informaré sobre el horario de los vuelos. Y tú, ahora, vas a dormir, ¿entendido?

—No podré —dijo Gloire.

—Ya veremos —dijo el homúnculo—. ¿Qué medicamentos te quedan?

Gloire fue a buscar su bolsa de hipnóticos, con los cuales Béliard compuso un cóctel enérgico, y poco después todo estaba tranquilo y la mujer dormía; parecía por fin serena, las pequeñas venas de sus sienes latían apaciblemente. Lejos del mundo flotaba; quizá no había pasado nada.

Pero a la mañana siguiente, cuando el servicio encargado de despertar hizo sonar el teléfono algo temprano, ni rastro de Béliard en la habitación. Ni la sombra de un Béliard, nadie. Gloire llegó a buscarlo debajo de la cama. Sin embargo, no podía estar muy lejos: cuando Gloire salió de la ducha, el cuarto de baño no era más que un bloque de vapor opaco. Y el dedo de Béliard era de tamaño pequeño; en el espejo empañado habían sido trazadas en caracteres finos las palabras Sydney-Bombay vía Hong-Kong, vuelo Cathay Pacific Airways 112, 10 horas 30. Después, tras copiar estas indicaciones en el dorso de un sobre, cuando volvió a cambiarse al cuarto de baño, el vaho se había evaporado, y el espejo volvía a estar impoluto.

Pero una hora después, en el aeropuerto de Kingsford Smith, su plaza estaba

efectivamente reservada en clase Club, sección fumadores, lado ventana. Está visto que Béliard puede hacer toda clase de favores. A las diez, Gloire subió al avión con destino Bombay vestida con un conjunto de algodón beige, de inspiración lejanamente colonial, y calzada con sandalias de verano con suela de cáñamo. Poco maquillada, como siempre desde su partida de Bretaña, su rostro era apenas visible bajo amplias gafas negras y un bob muy ancho del que, como en los buenos viejos tiempos, escapaban aquí y allí breves mechones claros.

Y el mismo día, al otro extremo del mundo:

—Parece que existe en las rubias peligrosas una profunda conciencia de su particularidad. Esta sensación de ser especiales, de constituir el producto de una mutación, un fenómeno genético y hasta una catástrofe natural, puede incitar a una puesta en escena de sí mismas. Algo así, en fin. Bueno, no lo sé muy bien. ¿Qué opinas tú?

Bostezando aún, tirando con la otra mano de su falda, Donatienne propuso que dejaran para más adelante el desarrollo de aquel tema. Que se interesaran más bien en ciertos valores indudables de la población estudiada. Por ejemplo, un breve estudio sobre Jean Harlow o, no sé, Doris Day. De acuerdo, dijo Salvador, ve a buscar las fotos.

Donatienne cruzó el despacho hacia la puerta contoneando agradablemente las caderas bajo la mirada ojerosa de su jefe. Alrededor, entorno sonoro en los agudos: cláxones por el lado de la calle, píos por el lado de los árboles y, en los estudios contiguos, cintas magnéticas desfilando aceleradamente; lo único grave en aquel instante era el humor de Salvador.

Donatienne giraba el pomo de la puerta y tiraba de él cuando por poco tropezó con Personnettaz, de pie en el pasillo detrás de aquella puerta y que, simétricamente, la empujaba al mismo tiempo. Al ir a salir ella de la estancia cuando el otro iba a entrar, retrocedieron primero, se cedieron el paso después y, a causa de ese eterno malentendido, se metieron simultáneamente en el espacio liberado por cada uno de ellos y se atropellaron en el centro de la puerta. Rápido contacto furtivo, retractado al momento: el hombre, tras rozar por descuido el brazo de la joven, encogió vivamente el suyo mientras retrocedía. Desde su mesa, Salvador vio el semblante despavorido de Personnettaz, aterrado por haber tocado un cable de alta tensión, estupefacto por haber sobrevivido a ello. Salvador vio el cuerpo de Personnettaz sacudido por aquellas emociones fuertes, como por una de esas olas rompientes de doble ondulación y dos velocidades que te ahogan con toda seguridad. Todo eso no había durado más de tres segundos, tras los cuales Personnettaz dio un paso atrás, repentinamente blanca su cara de cansancio. Donatienne le sonrió ampliamente antes de alejarse en busca de la documentación.

Personnettaz, con aire agotado, se apartó sin mirarla antes de dirigirse a Salvador o, mejor dicho, confuso, al hombro derecho de Salvador, como si evaluara una mancha, tres motas de polvo, un hilo extraviado allí por un primo de Béliard.

—Bueno —dijo por fin—, tenemos las informaciones. Sabemos dónde está ahora. Creemos saberlo.

—Entonces —exclamó Salvador—, ¿a qué esperan para ir?

—Es que está lejos —dijo Personnettaz—; realmente, está bastante lejos.

—¿Y qué? —dijo Salvador—. ¿Dónde está el problema?

—Es que cuesta caro —dijo Personnettaz—. Me refiero al viaje, de veras, es más bien caro.

—Claro —suspiró Salvador, al tiempo que sacaba un talonario de cheques de su cajón—. Business class, ¿no es eso?

—No —dijo Personnettaz—. Clase turista irá muy bien. Son dos.

Mientras Salvador firma y arranca luego el cheque del talonario, Personnettaz contrae sus mandíbulas cuando vuelve Donatienne con la documentación. Lleva un fajo de fotografías en el brazo así como un cigarrillo con el filtro embadurnado de rojo intenso en la comisura de los labios. Mientras permanece adosada cerca de la puerta, con aire de esperar que terminen, Personnettaz se embolsa el cheque y se levanta rígido. Manteniendo cuidadosamente a Donatienne fuera de su campo visual, se dirige a la salida describiendo un arco discreto a distancia constante de su persona, que lo mira sin dejar de sonreír. Pero Personnettaz es incapaz de andar con su paso natural cuando sabe que lo sigue una mirada: se mantiene torpemente demasiado derecho, contrae exageradamente el trasero, se le caricaturizan las piernas y el tórax le oscila más de lo requerido; en resumen, se le emancipa el cuerpo y cuanto más quiere controlarlo, menos caso le hace. Hasta el ascensor, Personnettaz se aleja así a lo largo del pasillo interminable, seguro de que Donatienne lo mira mucho después de que ha cerrado la puerta.

Como vigilado incluso a distancia, seguía andando así por la calle des Martyrs media hora más tarde, tras haber aparcado su coche en el bulevar. Al llegar frente al domicilio de Boccara, buscó la fórmula de entrada en la agenda y la pulsó luego en el teclado del código digital, repetidas veces, pero en vano: la puerta permanecía cerrada. Turbado ya por Donatienne, Personnettaz sintió crecer una exasperación tanto más profunda cuanto que la cabina telefónica más cercana no se hallaba a menos de quinientos metros.

—Personnettaz —anunció—. Me han dado un código. ¿Qué código es éste?

—No sé. ¿Qué código tiene? —contestó la voz intimidada de Boccara.

—Espera dos segundos —dijo Personnettaz, que hojeó, no sin dificultad, la agenda con una mano—. Me han dado el 89A51.

—¡Ah! —exclamó Boccara—. Ya se ve que Jouve lleva mucho tiempo sin venir. Pues sí —recordó—, era un buen código el 89A51. Me gustaba mucho. Sonaba a resultado de baloncesto y, además, era muy fácil de memorizar, ¿verdad? La revolución francesa y el pastís: nada mejor.

—Bueno —dijo Personnettaz—. ¿Cuál es el nuevo?

—Y encima dos números primos, además —seguía argumentando Boccara.

—No —dijo Personnettaz—. El 89 sí, pero no el 51. El 51 no es más que un producto de primos.

—Sí —dijo Boccara—. En fin, el caso es que nos lo han cambiado.

—Bueno —repitió Personnettaz—. Entonces, ¿cuál es el nuevo código?

—Es un complemento ridículo del otro —dijo Boccara—. El 8C603. Figúrese lo

incómodo que es.

Pulsado el 8C603, el ligero disparo del portero electrónico se produjo, en efecto, inmediatamente. Ascensor. Espejo en el fondo del ascensor. Evitar mirarse.

—¿Qué hay? —dijo Boccara—. ¿Cómo vamos? ¿Ha podido recuperarse de lo de la otra noche? Yo ya no puedo acostarme tan tarde: estoy rendido. Y noto que también estoy algo deprimido. En fin, menos mal que hemos encontrado al menos el chisme. ¿Un cafetito? Está recién hecho.

—No —dijo Personnettaz—. O quizá sí. Enséñame el chisme.

—Tenga —dijo Boccara—. ¿Un terrón o dos?

El chisme consistía en fotos, tamaño natural, de los documentos que los dos hombres habían encontrado, fotografiado y vuelto a guardar en la caja fuerte de Lagrange: nombres de ciudades extranjeras seguidos de indicaciones cifradas: fechas, señas, teléfonos, fax. Bien, dijo Personnettaz, salimos mañana.

Y al día siguiente, Boccara seguía diciendo que estaba deprimido cuando se embarcaron para Sydney en el mismo Boeing que había tomado Gloire. Pero sabemos que ha dejado Sydney, conocemos ya este trayecto, liquidemos rápido todo esto y resumamos. En el hotel de Darling Harbour no encontraron a nadie, el tiempo era espantoso, no les permitió ver nada, regresaron enseguida.

En el avión de regreso, Boccara se dormía intermitentemente. Con quince horas de vuelo en un sentido y luego en el otro, la fatiga y el doble desfase horario de ciento ochenta grados, los trastornos del sueño y la digestión, sólo le faltaba ser sacudido por náuseas cuando el Boeing cruzaba zonas de turbulencia. Primero abatido, trató de recobrar el ánimo mil kilómetros antes de París y quiso proseguir la conversación iniciada unos días antes en el coche, de vuelta de Bretaña. Se volvió hacia Personnettaz, que parecía absorto en el examen de la meteorología mundial en el circuito de televisión interior.

—No era verdad lo que le dije el otro día —confesó Boccara—. En realidad, mi vida sexual es de pena. ¡Si supiera lo harto que estoy de tirarme a viudas en pisos del extrarradio!

—¡Bah! —dijo Personnettaz—. Algo es algo.

—No se imagina lo que es —prosiguió Boccara—. El despertar. Las madrugadas. Volver a casa sin tan sólo lavarse por el bulevar periférico atascado, con un tiempo de perros, encontrar el piso helado. Encender la calefacción y no quitarse el abrigo esperando que se haga el café. No se imagina lo deprimente que resulta.

—Mándalas a paseo, entonces —aconsejó Personnettaz—. Déjalas.

—Yo no dejo nunca a nadie —dijo Boccara—. Cansa demasiado. En todo caso, prefiero que me dejen. Me evita decidir. De todos modos, no es tan sencillo. Nunca se sabe a punto fijo quién deja al otro. Se cree que uno de los dos toma esta iniciativa. Pero el que abandona no siempre es el que da la impresión de hacerlo.

Sentado esto, Boccara hundió los cascos en sus orejas, buscó un poco de música entre los programas disponibles haciendo girar la ruedecita incrustada en el brazo del

asiento, y al toparse con Shostakóvich, modificó la inclinación de su butaca para contemplar más confortablemente a las azafatas trabajando.

En Roissy, Personnetaz se dirigió hacia la primera cabina telefónica, pero Salvador, como siempre, estaba con la mente en otro sitio cuando sonó el aparato. En su mesa, su proyecto principal estaba otra vez abierto en el capítulo referente a las rubias artificiales: oxigenadas, peroxidadas, etcétera. Bueno, dijo, así que ha vuelto a fracasar, ¿no? Entonces, sin hacer caso de las explicaciones que intentaba darle su interlocutor, añadió: ¡Espere un momento!

E, inclinándose sobre las páginas extendidas ante él, anotó rápidamente en el margen de una de ellas que el peróxido de nitrógeno se usa asimismo para la confección de ciertos explosivos, la propulsión de ciertos cohetes. Eso puede servir. Bien. Pensar en desarrollar este punto.

Aquella noche, las once en Bombay, en el bar del Taj Intercontinental, observa usted que no hay allí, como en el night-club de Sydney, más que escasos autóctonos. Casi únicamente extraños, extraños a esa ciudad como extraños los unos a los otros, extraños a porrillo.

Divisa a dos mujeres que acaban de entrar en el bar riendo muy fuerte, no se ríe nunca así en un local público, dos mujeres jóvenes muy alegres provistas de un ramo de grandes flores blancas que se pasan la una a la otra cada cinco minutos. A primera vista le parecen bellas como el día, luego, pensándolo mejor, como dos días distintos, dos días de fiesta en el corazón de estaciones opuestas.

Se habían conocido aquella misma mañana en el vuelo Sydney-Bombay. Sentadas casualmente la una junto a la otra, habían intercambiado revistas, cigarrillos y consejos de belleza, habían bebido bastante y hablado como sólo se hace entre desconocidas en un vuelo de larga duración, a diez mil metros por encima de las tierras emergidas. Rachel, lo mismo que Gloire, viajaba sola. Como Gloire, se mantuvo discreta sobre los objetivos y móviles de aquella empresa; en los días sucesivos, no se apartarían la una de la otra.

Habían llegado a Bombay al final de la mañana sin intención particular; primero recorrieron la ciudad en taxi, y al cabo de un rato le dijeron que parara y se dispusieron a recorrer las calles a pie. Avanzaban entre un volumen de olores compacto, predominantemente dulzón, concreto como un cumulonimbo de geometría variable y procedente de toda clase de especias, inciensos, aceites esenciales y frutas, de flores, de fritura, de humo, de cuerno quemado, de naftalina y de alquitrán, de polvo y podredumbre, de gases de combustión y de excrementos. Después, cuando, hacia Marine Drive, las dos mujeres bordearon lugares de cremación, el olor de los cuerpos en combustión se impuso por un momento a todos los otros, matizado según la clase social del difunto: de acuerdo con el humo, el sándalo o el plátano era para los ricos y el mango para la plebe. Así se pasarían el día hasta llegar la noche.

Usted mismo, aquella noche, solo ante su vaso en el bar del Taj, ve cómo aquellas dos mujeres tan alegres que acaban de entrar encuentran de inmediato, ¡oh, milagro!, a dos hombres en disposiciones parecidas. Eligiendo enseguida la más alegre al más divertido, los otros dos se las arreglan como pueden. Usted vigila la escena desde lejos. Le da la impresión de que ese cuarteto, apenas constituido, no intercambia puntos de vista siempre en la misma lengua, pues cada cual habla la suya por medio de gestos. Usted se queda todavía un rato, dudando y renunciando luego a pedir otra copa, y abandona el local en el momento en que se precisa en la mente del cuarteto la idea de que importan poco las barreras lingüísticas puesto que el amor es universal. Sin embargo, al día siguiente, sobre las once de la mañana, sube por las escaleras a la habitación 212, entreabre la puerta y no encuentra, como estaba previsto, a una de aquellas parejas, ni a la otra, sino a Rachel y a Gloire dormidas una contra otra.

Al cabo de algunos días, cansadas de recorrer la ciudad, se les ocurrió pasarse días enteros en la habitación, disponiendo como disponían de todo el tiempo. Siempre una contra otra, dormidas o, cuando no lo estaban, junto a la ventana abierta al borde de la cual iban a posarse enormes cornejas de mirar insolente. Rachel tenía en algún punto una minúscula estrella tatuada; las cornejas emitían roncosp carraspeos del fondo de la garganta, como un hombre a punto de expectorar. Y de la mañana a la noche, por aquella ventana, subía la voz de algún devoto salmodiando un cántico sagrado cuyas armonías repetían en gran parte las de *Working class hero*.

A menudo sólo salían a última hora de la tarde, mitigados los grandes calores, a tomar el aire junto al embarcadero de Elephanta o a procurarse bebida al fondo de un callejón a través de un edificio en ruinas, en un oscuro puesto con el mostrador enrejado. Pero cerca del embarcadero trabaron también conocimiento con jóvenes que rondaban todo el día no lejos del hotel, entre el Taj y el Yacht Club, metidos entre los destaponadores de oídos. Jovencitos educados y pulcramente vestidos, sombreados con futuros bigotes y proyectos de futuro, ejecutivos en ciernes que desplegaban gravemente el abanico de sus ofertas: sustancias para inhalar, sustancias para inyectar, muchachitos y niñas para fornicar, divisas para cambiar. Sin recurrir a sus servicios, Rachel simpatizó, sin embargo, con un prestamista llamado Biplab, pareció prendarse de él y desapareció unos días después. Salió de la vida de Gloire tan rápidamente como había entrado.

Luego, sola en Bombay, no es lo mismo: la ciudad parece más ruidosa. Gloire pasó dos días completos sin salir del hotel, matando el tiempo con los comerciantes de lujo de la planta baja. Se decidió a salir al tercer día, pero la persiguieron algunos mendigos con más ferocidad de lo habitual, emitiendo los mismos gritos guturales que las cornejas, y unos tullidos lanzados tras ella se le cruzaron por delante. Gloire regresó a su habitación un poco desanimada. Empezaba a echar de menos a Béliard. Durante todo el tiempo que había pasado con Rachel no se había manifestado nunca: era normal. Pero ahora que se encontraba sola, lo menos que podía hacer era reaparecer. Pues no. Era como para preguntarse si tal vez le había salido una oportunidad mejor y el homúnculo se había quedado en Sydney.

En cualquier caso, más valía marcharse. Rachel, una vez, le había hablado de una pequeña ciudad del sur donde la vida le había parecido suave, en una residencia tranquila y apaciblemente frecuentada al estilo inglés. Gloire había anotado la dirección. Por la recepción se hizo reservar una plaza, en clase refrigerada, para el próximo tren hacia el sur. Salió al día siguiente por la mañana.

Una pequeña ciudad tranquila, en aquel clima, sonenseguida un millón de habitantes febriles, pero el Club Cosmopolita era una antigua institución situada al margen del centro, en el barrio de las legaciones. Su entrada principal lindaba con el consulado de Birmania y, totalmente al fondo, una verja trasera que desembocaba en la esquina de las calles del Cenotaph y del Archdeacon Vincent daba a un conjunto residencial de grandes villas blancas ceñidas por jardines y cercadas por muros. Allí,

Gloire podría creerse a resguardo.

Amplio edificio bajo, el Club Cosmopolita constaba de un gran vestíbulo y de varios salones. Restaurante, sala de fumadores, de bridge, de billar y de baile, bar, un segundo bar, un tercer bar. Su azotea estaba dominada por una torrecilla dodecagonal, rematada por una urna infundibuliforme. Adornado con fotos oficiales de la reina y con otras más recientes del príncipe de Gales, el vestíbulo se prolongaba en terraza y luego en alero de cemento bajo el que enormes limusinas Hindustani Ambassador, de potente cilindrada, descargaban de hora en hora a los miembros en ayunas del Club antes de embarcarlos borrachos perdidos una botella o dos más tarde. A la izquierda una piscina de agua potable, a la derecha una biblioteca de tomos gastados. Luego, un edificio aislado, dos plantas de habitaciones y suites servidas por un ascensor de palisandro: allí se hospedaría Gloire, no lejos de la entrada aneja, vista incomparable de la calle del Cenotaph. Todo ello en medio de un silencio de seda aunque llegaba, de los barrios animados, un rumor monótono, apenas perceptible, pero ininterrumpido, agrio como una mala conciencia y que daba al silencio su relieve.

El establecimiento tenía el carácter de un hotel de lujo, de una pensión de familia y de un sanatorio. Sin cambios desde la época inglesa, las barras eran de caoba, los apliques de cobre, los cubiertos de plata, los tenis de creta roja y los boys iban de blanco. Visibles desde la sala del restaurante, más allá de una terraza larga y amplia como la cubierta superior de un paquebote, quince gradas suaves ascendían hasta un parque plantado de ficus religiosa y plátanos falsos, poblado de mangostas y de papagayos, bordeado por un río propenso a crecidas. El sol resplandecía. Perfecto.

Tan pronto llegó Gloire, el superintendente le mostró su habitación. Exageradamente grande, estaba equipada con un televisor Texla en blanco y negro, un frigorífico azul celeste y un voluminoso acondicionador de aire entre las dos ventanas, con tres ventiladores en el techo. Por encima de cada mesilla de noche cuatro pequeños cuadrillos con cristal representaban pequeños pájaros (*Chloropsis cochinchinensis*), un gran cuadro de la misma hechura por encima de la cama representaba cuatro grandes pájaros (*Porphyrio porphyrio*). Cada vez mejor.

El superintendente, joven delgado de fino bigote, fría y fina sonrisa glacial, desapareció en cuanto Gloire hubo firmado el registro. Los siguientes días se mostraría muy discreto, menos ausente que huidizo. Los boys, en cambio, bastante mayores, se mostraron en exceso atentos; hallándose momentáneamente hospitalizada la esposa de uno de ellos, encargado del servicio de la mañana, Gloire le prestó dos mil rupias. Luego, una vez hubo colocado su ropa en los armarios cien veces demasiado grandes, dado una vuelta por el parque, cruzado los salones vacíos y dejado todas sus marcas en el espacio, empezaron a organizarse sus jornadas.

Todas parecidas. A las siete, la despertaba el calor. Poco antes de las ocho, el marido de la hospitalizada dejaba la bandeja del primer té en una mesa baja y corría las cortinas. Al deslizarse de golpe por las barras metálicas, las anillas metálicas sonaban a izquierda, a derecha, zing zing, como un cuchillo que se afila. Gloire

tomaba después sola su desayuno en la terraza, tirando al suelo, de vez en cuando, fragmentos de tostada, igualmente codiciados por numerosas cornejas gigantes y ratas palmistas que se arrojaban encima al unísono. Nueve de cada diez veces las ratas se batían en retirada bajo la arrogancia de las cornejas, más potentes y mejor organizadas, bajo los círculos descritos en el cielo por las águilas. Gloire descansaba después un rato en su habitación, sin ver nada ante ella aparte de dos lagartos, breves, de color de rosa y que parecían pegados a la pared. Pero cuando intentó coger a uno, se escapó.

Numerosos rickshaws estaban permanentemente estacionados delante de la verja, prontos a conducir a los pensionistas del Club. Gloire tomaba la primera de aquellas motocicletas amarillas con capota, de suspensión mediocre —tres ruedas, dos asientos traseros y un contador averiado—, para dirigirse hacia el centro. Pasaba un rato en las tiendas de telas, en los templos o en los establecimientos de masajes, confiando diariamente sus manos a los especialistas, superficie y profundidad, quiromántica y manicura alternativamente.

Los nativos la miraban con curiosidad, poco acostumbrados a las rubias peligrosas: escasean en aquellos climas. Entre tanto, lejos, en su rincón, Salvador anotaba vagas ideas sobre este tema —rubias peligrosas en pequeño Austin, rubias peligrosas y política de tierra quemada—, sin dejar de mirar de reojo, nunca se sabe, la reproducción de una obra de Jim Dine titulada *The blonde girls* (óleo, carboncillo, cuerda, 1960). Entre tanto, Personnetaz se esforzaba, vanamente de momento, en localizar el itinerario de Gloire, que pasaba la tarde en una tumbona al borde de la piscina, a no ser que diese la vuelta al parque, deteniéndose a veces delante del generador junto a la charca donde cien sapos tranquilos, a cualquier hora, atrapan de un bocado en silencio cualquier insecto inferior a un calibre dado.

Por la noche, Gloire cenaba también sola en el restaurante, con un libro en la mesa y comiendo con un solo ojo; luego, se acostaba temprano delante del televisor, veía una película tamil relativamente fácil de entender o, quitando el sonido, cogía uno de los libros prestados por la biblioteca, generalmente obras enciclopédicas, relatos de viajes, manuales de historia natural, estudios de costumbres o tratados más especiales publicados por los editores Thacker, Spink & Co (Calcuta), como *Animales sin importancia* o *Perros para climas cálidos*. Todo eso lo leía Gloire metódicamente, sin saltarse ni una línea ni retener nada. Después, en principio, se dormía. Aunque no resultaba siempre fácil, y pronto le fue cada vez menos fácil conciliar el sueño. En cuanto a Béliard, seguía sin aparecer desde Sydney. ¿Un problema en el control de pasaportes?

La semana siguiente, se precisaron los insomnios. Royendo el sueño de Gloire por los dos extremos, acortaban noche y mañana, a partes iguales, algunos minutos suplementarios cada noche. Gloire se levantaba más cansada cada día.

En el bar del Club había acabado encontrando a algunos europeos, residentes o de paso, sobre todo súbditos británicos representantes de firmas comerciales, un asegurador de las joyas de la corona, un representante de perfumes, un ingeniero especializado en el freno, un dispositivo descuidado, ignorado en aquellas latitudes donde se prefiere el claxon, por lo tanto enorme mercado potencial.

Pero pasaba poco tiempo en el bar. Por la noche, para aplazar la hora de intentar dormir, Gloire se quedaba un rato delante de la charca, junto a la verja. Después de atrapar todos los bichos posibles durante el día, los sapos digerían entonces, cantando apaciblemente en coro. Para ejecutar su pequeño concierto, se dividían en tres secciones: unos reproducían el piar de los volátiles, otros una sirena de policía y los terceros un emisor de morse. Coro frenético, simultáneo, sin un instante de respiro, el morse y la policía en octava, el ronquido grave del generador haciendo a un tiempo de bajo continuo y de diapason. Por encima de la coral batracia, desde las ramas de un árbol de lluvia, algún solista alado proyectaba a veces un breve enunciado melódico en contrapunto, algunos riffs en terciaria. Gloire los escuchaba un cuarto de hora, luego entraba a acostarse.

Con todo, la invitaron, y, a veces, aceptó. Los súbditos británicos organizaban los martes veladas que pasaban bailando el cakewalk en la terraza, en Adidas, en bermudas, sudando por entre las mesas cargadas de botellas. Una noche, una sola noche, Gloire se permitiría vaciar cinco o seis copas seguidas.

Después, entraría totalmente borracha en el Club. Le costaría una eternidad dar con la llave, y después con la cerradura y, por último, una vez dentro, con el interruptor de la lamparilla. Lanzaría un grito breve creyendo distinguir, en la penumbra, una pequeña forma oblonga atravesada en su cama. Luego, recobraría el dominio de sí misma, oiría la voz de la razón: Hija mía, vuelves a ir cargadísima. Pero no ocurrió así: con el ruido del portazo la pequeña forma se incorporó bruscamente, rígida como la justicia y cruzada de brazos y con mala cara.

—¿Has visto qué hora es? —exclamó Béliard—. ¿Te parece que son horas de volver a casa?

—¡Cabrón de mierda! —gritó Gloire—, ¡me has asustado!

—Eso no es más que el comienzo —replicó Béliard subiendo un grado el tono—. Personalmente noto relajamiento aquí. Me voy a ocupar de todo esto.

—¡Si serás cabrón! —repitió Gloire, que buscó un sillón en la oscuridad y se desplomó en él, con una mano en los ojos.

—Mide tus palabras —dijo Béliard con voz seca, aunque menos firme.

—¿No crees que podrías avisar? —dijo ella al cabo de un rato, y se levantó con

dificultad para ir a prepararse una última copa.

—Se acabaron las bromas —trató de amenazar Béliard señalando la copa con el dedo y, luego, agitándolo—. Me voy a encargar en serio de ti, desde ahora.

—Es el mundo al revés —dijo Gloire—, una eternidad sin verte. Nunca estás cuando te necesito. Hubiera podido palmarla diez veces.

—Paso cuando puedo —pretendió el homúnculo, bajando al punto la guardia—. Si crees que no tengo otra cosa que hacer... ¿Has visto mi cara? El cambio horario, el viaje, todo. Si crees que eso me divierte —dijo, y se sacó del bolsillo un espejito—. Pero ¿has visto la cara que tengo?

En realidad, estaba pálido y desgredado, traje arrugado, corbata y cordones sin anudar. Encima, no iba afeitado.

—No puedo más —masculló, y se dejó caer otra vez en la cama.

Gloire mojó los labios en la copa mirándolo acostado, desarticulado, pepona barata.

—Así que ¿qué has hecho? —preguntó ella—. ¿Dónde estabas metido? ¿Te quedaste en Sydney?

—Déjame dormir —bostezó Béliard—. Creo que necesito dormir.

—¡Vaya suerte la tuya! —dijo Gloire—. Yo ya no puedo pegar ojo. Si supieras las noches que paso.

—Voy a cuidarme de esto —gruñó Béliard—. Mañana empezamos.

—No me digas —dijo Gloire.

Pero a la mañana siguiente, Béliard dormía aún cuando salió ella como todos los días a dar una vueltecita por la ciudad. Entre los rickshaws apostados a la entrada del Club, había acabado por elegir un vehículo mejor cuidado que los otros, que parecía objeto de todas las atenciones de su conductor. Adornado con conos de alcanfor en combustión, un altarcito de flores y estatuillas dominaba el manillar del vehículo por encima del cual, en el parabrisas, estaban adheridas algunas calcomanías de deidades. Pintados en la parte trasera del artefacto cerca de los catafaros, dos ojos maquillados estaban fijos en un eslogan federal preconizando la limitación de nacimientos y, bajo la capota remendada con cinta aislante, a cada lado del asiento trasero, dos retratos del mismo hombre representaban quizás a un actor, quizás a un político, más probablemente a ambos a la vez.

En cuanto al conductor de aquel vehículo, llamado Sanjeev, era un joven amable y rechoncho, camisa y pantalón de tela recia, ropa interior descolorida de algodón de color de rosa alrededor del cuello. Ya en la primera carrera había propuesto a Gloire ponerse a su servicio exclusivo. Llevaba el cabello rapado salvo una larga mecha en el cogote, asidero previsto para sacarlo del infierno si caía en él. Era amable y de carácter apacible, conducía bien, su taxímetro estaba en condiciones de funcionar y su incienso era de buena calidad. Gloire había contestado que por qué no. Único problema con él: su resfriado crónico lo hacía estornudar incesantemente, y sonarse en cada semáforo en rojo con su tela rosa que le servía igualmente para cubrirse la

cabeza, como bufanda, cinturón, compresa, paño, toalla, servilleta y bolsa para la compra.

Cuando volvió a su habitación después del almuerzo, Gloire estaba de nuevo de una palidez extrema y Béliard pareció alarmarse. Échate un poco, sugirió antes de volver a dormirse él mismo, trata de dormir una siestecita. Gloire trató, pero el sueño no existía ya. Lo mismo ocurrió una vez anoche, y, luego, todas las noches siguientes, hasta que una mañana la encontró completamente agotada, apenas capaz de moverse.

Naturalmente inepto para cuidar el insomnio de Gloire, Béliard sólo se ocupaba en recuperar su propio sueño atrasado. Gloire se pasaba los días junto a él, dormido, acostada en su habitación con las cortinas corridas. Con los ojos abiertos de par en par hacia el techo, no pensando ya nada, contando indefinidamente las revoluciones del ventilador.

Durante tres días no saldría de su habitación más que a las horas de las comidas, dejando sin terminar sus desayunos bajo sus gafas negras. Tan pronto como se levantaba de la mesa, se precipitaban las cornejas sobre los restos y se repartían tostadas, azúcar, mantequilla y mermelada química antes de reemprender el vuelo para saborear en paz aquellas cosas, inmóviles en una pala de ventilador.

Hasta que una noche, en el restaurante del Club, en una cuchara puesta sobre su parte convexa junto a su plato, Gloire se sobresaltó al descubrir una araña muy excitada. El insecto preso giraba sobre sí mismo, debatiéndose en el fondo del utensilio. Gloire sufrió un instante de repulsión antes de ver agitarse en aquella concavidad el simple reflejo de otro ventilador, por encima de ella.

Los ventiladores, con toda evidencia, empezaban a ocupar demasiado espacio en su vida. Pero no fue hasta al cabo de una semana, agotada por los insomnios, como empezara a ver gruesos mosquitos congelados en los filamentos de las bombillas, cuando comenzó a inquietarse. Béliard, declarándose incompetente, bajaba los brazos. Gloire confió a los boys sus trastornos.

Los boys, a quienes caía bien —una mujer joven, sonriente y reservada, poco apegada a sus rupias, que, salvo excepcionalmente, no se quedaba por la noche en el bar hasta demasiado tarde—, estaban desolados. Una vez puestos de acuerdo, el marido de la hospitalizada aceptó insinuarle algo al superintendente. Diagonal, una sonrisa hizo zozobrar ligeramente el bigote del superintendente, que acabó por apuntar en el dorso de una de sus tarjetas de visita las señas de un facultativo local que ejercía en una clínica: calle de la Pagoda Karaneeswarar, número 33, en la esquina de otra arteria especialmente comercial.

Béliard, que no había salido de la habitación, dormía, por su parte, prácticamente sin interrupción desde su regreso. Gloire lo sacudió antes de partir.

—Salgo —le avisó—. Creo que he encontrado a alguien para mis insomnios.

—Ya veremos —gruñó el homúnculo, y dio media vuelta.

Después, Gloire salió en la hora más calurosa de la tarde. Cerca de la verja, a la

sombra, los conductores de rickshaws dormían sobre sus manillares. No problem, dijo Sanjeev, tras descifrar las señas antes de arrancar.

Llegaron: apretados unos a otros, abundaban allí todo tipo de comerciantes: vendedores de bombas, de muelles, de tubos, de colores, de yeso y de cuerda, electricistas, fontaneros, peluqueros. En resumen, los mismos que en todas partes del mundo salvo que, sin superar los seis metros cuadrados, todos aquellos establecimientos se parecían bajo sus tejados de palmas trenzadas, de tablas y de paja y sobre su suelo de tierra pisada.

Una vez que Sanjeev la hubo dejado, le resultó difícil a Gloire localizar las señas del doctor: primero, los edificios del lugar no estaban especialmente numerados, luego, el contenido de las tiendas no siempre correspondía al rótulo. Así, cuando acabó por descubrir una placa que mencionaba la clínica del doctor Gopal, ésta estaba fijada en la entrada de una tienda de música en la que dos hombres de frente pintada discutían ásperamente sin rastro de partituras, de instrumentos ni de grabaciones en su entorno.

Vaciló: en la acera de la izquierda una tiendecita contenía frente a frente dos máquinas, una de escribir y la otra de coser; otra, a la derecha, ofrecía servicios de xerox-télex-fax. Arriba y al fondo, apoyados en unos andamios de cuerdas y de bambúes, dos pintores esbozaban los motivos de un cuadro publicitario del que no se distinguía aún el objeto: alcohol o cigarrillos, televisor o lavadora. Sanjeev fue a preguntar al encargado del xerox-télex-fax, que le indicó la situación de la clínica: al fondo de un patio a la salida de un pasaje oblicuo, frente a un templo consagrado a la diosa de la varicela.

Ventiladores y alfombras raídas, la recepción de la clínica estaba equipada con aparatos de comunicación moderna. Perla incrustada en la aleta de la nariz, anillo en el segundo dedo de cada pie, una mujer joven controlaba por la pantalla la gestión de la clientela. Tan pronto informado de la presencia de Gloire, apareció Gopal, que, por su parte, sólo llevaba una gema gigantesca en el índice derecho.

Por lo demás, pese a unos modales de arzobispo, el doctor iba un poco desaliñado. Camisa de manga corta a cuadros flotando sobre falda a rayas verdes someramente atada por delante, sandalias de dedo de la China popular en los pies. Cabellera entrecana profusamente aceitada rizándose en la nuca en forma de olas pequeñas, grandes gafas con montura de mármol y cristales de aumento tan excesivo que de los ojos no se le veían más que dos pupilas y dos iris multiplicados por diez.

Una vez que Gloire hubo expuesto su preocupación, ella y Gopal intercambiaron en inglés preguntas y respuestas rutinarias: estado general, enfermedades infantiles, antecedentes familiares, índole del síntoma. Gopal se mostró indulgente con aquel trastorno del que, según él, daría buena cuenta el producto ayurvédico apropiado. ¿Que qué era un producto ayurvédico? Pues un remedio tradicional indio. Tras hurgar en un cajón de su mesa de despacho, sacó una caja de píldoras pardas, contó algunas que metió en una bolsita de papel pardo, una al acostarse durante diez días y basta,

mil rupias.

Mientras Gloire abandonaba la clínica, y, acto seguido, Gopal marcaba en su teléfono el número personal del superintendente, Sanjeev había estado esperando a la mujer fuera. ¿Buen médico?, preguntó.

—No parece malo —dijo Gloire—. Podría consultarlo para su resfriado.

—Caro —dijo Sanjeev—, excesivamente caro para mí.

—Tome —dijo la mujer revolviendo en su bolso.

—Gracias —dijo Sanjeev—, es mucho.

—No es nada para mí —dijo Gloire.

Apenas la dejó en el Club Cosmopolita, Sanjeev volvió a la clínica a toda velocidad, mientras Gloire entró en su habitación. Tendido como siempre en el mismo sitio, Béliard, sin embargo, ya no dormía; parecía haberse calmado, afeitado, cambiado, lavado. Preguntó a Gloire en qué había ocupado su tiempo.

—No te aconsejo que tengas demasiado trato con este tío, si es que quieres saber mi parecer —aconsejaba poco después vaciando la bolsita de píldoras en su manita—. En tu lugar, no me fiaría de él.

El tío, entretanto, examinaba a Sanjeev prolongada y minuciosamente: aparte de aquella coriza crónica, de origen visiblemente alérgico, el joven parecía gozar de excelente salud.

—Veo qué es —dijo—. Te voy a prescribir cierto producto del que quedarás realmente satisfecho.

En el fondo de otro cajón de su mesa, Gopal buscó un frasco lleno de un polvo asimismo pardo, del que hizo deslizar unos cuantos granos en un papel doblado ocho veces formando un estuche llano. Ahí tienes, prescribió, dos o tres veces al día por vía nasal y basta. Diez rupias.

Sanjeev regresó al Club, se acomodó en el asiento trasero de su vehículo para inhalar un poco de aquel polvo, conforme a las instrucciones del médico. En efecto, se sintió muy bien enseguida, se tumbó en su asiento y dejó planear su mirada hacia una ventana, detrás de la cual Gloire y Béliard conversaban sobre el futuro. Y, en el fondo, empezaba a hacérseles largo el tiempo.

Para los grandes ojos azules de Boccara el tiempo se hacía igualmente largo. Nada en que ocuparse, estos días, aparte de subir por la calle des Martyrs y volver a bajar por ella en espera de las consignas de Personnettaz.

De momento, bajaba. Bajo sus suelas crujían, estallaban los fragmentos de cristal, ahumado a veces, esparcidos en pequeños espacios por las aceras y los bordillos, al pie de los coches recientemente despojados de su radio. Se detuvo delante de un establecimiento de tatuaje en cuya luna se hallaban expuestos todo tipo de modelos. Además de los motivos menores para timoratos —flores y animales pequeños—, temas más amplios, reservados para los verdaderos aficionados, representaban escenas enteras, reinas de la noche, héroes de la jungla o leopardos musculosos. Tentado al principio, Boccara acabó renunciando. De todos modos, su reloj le hizo saber que era hora de llamar, desde la primera cabina, a Personnettaz, como todos los días.

Éste, sin la cooperación del joven, parecía haber dado de nuevo con la pista de Gloire: salían mañana. Esta vez también es bastante lejos, dijo, menos lejos que la anterior, pero bastante, con todo.

—Espere un poco —dijo Boccara—. ¿Para dónde salimos exactamente? —Se le redondearon los ojos—. ¿Cómo dice? —Inspiró vivamente—. No, un momento, no puede ser. Se cogen enfermedades gravísimas por allá. ¿De dónde voy a sacar el tiempo para las vacunas?

—No te preocupes —dijo Personnettaz—, me he informado. Ya no se necesitan vacunas obligatorias.

—¿Y el paludismo? —sacó a relucir Boccara—. El paludismo requiere todo un tratamiento preventivo. Con todos los mosquitos y, además, la humedad, la lluvia. Llueve considerablemente, allá. Me consta.

—Me he informado —repitió el otro, harto—, ya ha pasado el monzón. En cambio, debe de hacer más bien calor.

—¡Ah, vaya! —recapacitó Boccara—. Así que ropa ligera, algodón. De todos modos, procuraré que me presten una mosquitera. Y luego la lluvia, caray, nunca se sabe. Me llevo mi K-Way.

—Eso —dijo Personnettaz—, llévate tu K-Way.

Conociendo los varios aviones que ya hemos tomado, que tal vez volvamos a tomar aún, inútil describir aquel en que subieron al día siguiente. No ofrece, por lo demás, ninguna característica particular. Vuelo Air India, 747 corriente, sin más particularidad que el poder escoger el régimen vegetariano o no en las comidas, el sari coral de las azafatas, la moqueta rameada y la música de ascensor adecuada.

No, nada especial a primera vista, salvo que en el desembarque en Delhi Personnettaz distinguió de bastante lejos un fenómeno inhabitual. Mientras aguardaba detrás de Boccara en la cola de espera del control aduanero, divisó de pronto que una

pequeña concentración de personas se apiñaba inmediatamente al otro lado de la garita. Grupo sonriente a más no poder, aunque de aspecto oficial, consistente en uniformes de aviación civil y trajes administrativos, rodeado de flores y tocado con una banderola incomprensible, algunas palabras en hindi que se secaban juntas en un hilo. A Personnettaz le castañetearon los dientes cuando las miradas vivas, las grandes sonrisas le parecieron al principio dirigidas a él. Después, según se acercaban, resultó patente que no era a su persona a quien observaban, sino que todo aquello convergía en Boccara. El cual Boccara, no encontrándose muy en forma, por el mareo del vuelo, con una mano en el abdomen y la otra en los labios, avanzaba sin haber notado nada.

De hecho, tan pronto como el joven franqueó el control, estallaron simultáneamente flashes de fotógrafos y salvas de aplausos, acompañados de una breve charanga. Un hombrecillo entusiasta de bigote y traje oscuro fue a estrechar calurosamente la mano a Boccara mientras buscaba con la otra mano sus gafas en el bolsillo y, en otro bolsillo, con una tercera mano, un trozo de papel que desplegó y que luego se puso a leer. Boccara, que no domina bien la lengua inglesa, se volvió, con ojos despavoridos.

—¿Qué demonios cuenta?

Personnettaz, abrumado, retorció nerviosamente su pasaporte como un último paquete de cigarrillos vacío.

—Dice que eres el millonésimo pasajero de este vuelo —tradujo—. Dice que tienen intención de celebrar esto.

—¿Y qué?

—Que vamos a estar sin vernos durante un buen rato, me temo.

En efecto, después de sus felicitaciones, el hombrecillo enumeró los diversos agasajos, regalos y cruceros de los que Boccara se convertía en feliz beneficiario. Cuando le pusieron el primer collar de flores a su ayudante, Personnettaz alzó los ojos al cielo. Tampoco él, único ocupante de una plaza pasillo en el avión de regreso, estaría de humor para contar aquel vuelo.

París. Frío de perros, tiempo canino. Todo el mundo abrigado en un humor canino. Hasta Donatienne, inhabitualmente cubierta, cara de malas pulgas, lleva puesto el abrigo en el despacho.

—Resbalo un poco en el tema de las rubias peligrosas —observa Salvador.

—Resbalamos por todas partes —dice Donatienne—, desde el principio.

—Falta de enfoque, estoy sin enfoque —dice Salvador—. ¿Las medidas pueden constituir un enfoque? ¿Qué opinas de Jane Mansfield? ¿Y qué opinarías del enfoque extraterrestre? Mira, algo así como: siempre habéis creído que eran unos hombrecitos verdes. Pues no, son unas mocetonas rubias.

Como Donatienne prefiere callar, suenan, en el silencio, dos golpes en la puerta que se abre de inmediato ante Personnettaz. El hombre tiene cara cansada, los ojos demasiado brillantes, la boca amarga. El hombre parece fatigado. El hombre se ha

preparado psicológicamente para no echar ni un solo vistazo a Donatienne, pero no puede evitar hacerlo disimuladamente. Su visión periférica le señala un abrigo. Al hombre le tranquiliza confusamente esto.

—Hombre, Personnettaz —dice Salvador—. Lo creía lejos.

—He perdido a Boccara —dice Personnettaz.

Salvador lo mira sin entender y se restablece el silencio, que acto seguido barrena en tono superagudo la risa de Donatienne. En la cual, Personnettaz, exponiendo los hechos, se obliga a no fijar la mirada del sátiro que no es, aunque fracasa en el intento.

—¿No podía seguir buscando solo? —pregunta Salvador.

—No acostumbro a hacerlo —dice Personnettaz—, no trabajo sin ayudante. Estoy conforme en seguir, pero es preciso que me encuentren otro ayudante.

—Eso no es competencia mía —dice Salvador—. No veo a nadie aquí que pudiera hacerlo. ¿Se te ocurre algo?

—¡Claro que sí! —dice Donatienne.

—Ya lo ve —dice Salvador—, eso es lo bueno de ella, siempre tiene ideas acertadas. ¿En quién piensas?

—En mí —resume Donatienne.

—Santo Dios, ¡qué idea tan buena! —dice Salvador.

—Espere un instante, por favor —dice Personnettaz—. Preferiría que no.

—Voy a ver los horarios —organiza Donatienne desde el primer momento—: Odile se encargará de los billetes, Gérard del visado, va más rápido con Gérard.

—Por favor —repite Personnettaz—. Escúcheme dos segundos.

Ahora bien, no lo escuchan. Ahora bien, su vida va a cambiar, lo ve, lo sabe, lo lamentará. Boccara lo ponía nervioso muchas veces, pero lo echará de menos. Boccara, que, sin duda, se está tirando la buena vida, volando en primera clase de gran hotel en gran hotel, amiguete de toda la tripulación, brindando sin parar con los pilotos, la estereofonía a todo meter, arrumbando a la azafata en los servicios y esnifando rayas de coca, durante los vuelos de noche, en la cocina en compañía del ayudante de vuelo, cuando todo duerme.

A propósito de esto, en la calle de la Pagoda Karaneeswarar, Sanjeev acaba de entrar en la consulta del doctor Gopal.

—¿Conque estás mejor? —pregunta éste—. ¿Estás contento con el tratamiento?

—Mucho mejor —contesta Sanjeev—. Muy contento.

Parece, en efecto, contento de encontrarse mejor; sus ojos se ponen sonrosados de gusto, sus pupilas se estrechan de alegría. Su mirar está fijamente satisfecho.

—Realmente mucho mejor —insiste—. Quisiera un poco más de ese medicamento.

—No hay ningún problema —dice el médico—. Creo que, en efecto, es lo que te conviene. Estamos en el buen camino de la curación, por lo tanto, vamos a modificar la posología. A aumentar un poquito la dosis. Así que te daré diez gramos de este

medicamento.

—Diez gramos no es mucho —cree recordar Sanjeev.

—Mira —le dice el médico, que lleva la punta de los dedos a su cajón.

Saca un estuche de papel doblado del mismo modo que la otra vez, pero cinco o seis veces más voluminoso. Diez gramos son mucho más de lo que Sanjeev creía, Sanjeev está encantado.

—Y además vas a dejar la vía nasal —prescribe el médico—, te enseñaré cómo inyectarlo, es sencillísimo.

—Si usted lo dice, doctor —dice Sanjeev—, ¿cómo agradeceréselo?

—De ningún modo —dice el médico—, no me lo agradezcas. Como verás, son siempre diez rupias, no te pido nada a cambio. Hombre, sí, quizá un poquitín de sangre, ya ves que es poca cosa. ¿No tienes ningún inconveniente?

—Tanta como quiera —se extravía Sanjeev.

—Esto ha de quedar entre nosotros —precisa Gopal—. Es sangre, ya ves, viene a ser como un pacto.

—Claro que sí —afirma gravemente Sanjeev con la cabeza.

—O sea que no es nada: voy a sacarte apenas un litro. ¿Ninguna objeción?

—No problem —dice Sanjeev.

—Y, luego, vuelves cuando quieras, ya sabes —dice Gopal—. Súbete un poco la manga.

—Se encuentra en un estado lamentable ese muchacho —diagnosticó Béliard al cabo de unos días.

Con unos gemelos apropiados a su talla, observaba por la ventana abierta a Sanjeev, totalmente desplomado sobre el manillar de su vehículo, en pleno sol entre las plantas de interior, junto a la verja del Club Cosmopolita.

—¿No quieres ir a ver qué le pasa?

Gracias al buen tratamiento de Gopal, Gloire había recobrado el sueño y dejado de prestar demasiado interés a los ventiladores. Ahora bien, estábamos en plena hora de la siesta: No me apetece demasiado, gimió sin abrir un ojo, no me jodas. Te digo que vayas, insistió Béliard. Me da la impresión de que no está bien.

Gloire bostezaba bordeando la biblioteca en dirección al aparcamiento reservado a los rickshaws. De resultas del paso de los aviones de carga, el cielo sobre su cabeza estaba rayado de reactores, lleno de costurones blancos que se cicatrizaban pronto. El ramaje de las albizzias se estremecía tranquilamente a su paso y los sapos, quietos en su balsa, seguían absorbiendo animalículos. Gloire pasó la verja, se detuvo un instante: realmente, visto desde allí, Sanjeev no parecía muy lozano.

Cierto que de un tiempo acá los servicios del muchacho daban prueba de cierto relajamiento. Aquello iba mal. Desaparecido dos o tres días, su resfriado no sólo había vuelto a repetirse como antes, sino que se agravaba exponencialmente. Ahora tosía, se encorvaba. Hasta su bella ecuanimidad se resquebrajaba a ojos vista. Menos asiduo, menos exacto, Sanjeev se manifestaba más irritable, ávido de dinero y hasta disimulador. Sin embargo, conservaba sin duda bastante confianza en Gloire para consentir —cuando fue a sacudirlo delicadamente, a preguntarle si todo iba bien y, luego, puestos a hablar, a interrogarlo sobre sus cambios recientes— en designar el medicamento de Gopal como su causante probable, asociado al ritmo demasiado insistente de las tomas de sangre. Habiéndose adaptado rápidamente a la administración de intravenosas, su vida no era más que un vaivén de jeringuillas en dos direcciones. Gloire lo examinó fijamente, sin decir nada primero. Espéreme aquí, le dijo después, enseguida vuelvo.

—Ya te había dicho que no te fiaras de aquel tipo —le recordaba Béliard cuando Gloire le hubo resumido la situación unos minutos después—. Ya ves de lo que es capaz. Aunque, al fin y al cabo, no te ha curado mal. ¡Eh! ¿Qué estás haciendo?

—Me estoy cambiando —dijo Gloire mientras sacaba sin orden tres prendas de un armario empotrado—. Tenías razón, pero no se puede permitir hacer esto. Voy a ajustarle las cuentas.

Béliard se cubrió la frente con la mano: pero ¿está loca o qué? Te lo desaconsejo formalmente, dijo en tono tajante, no te metas en eso. Lo hecho hecho está. Déjalo. No vayas. Espera. Vuelve. Vuelve, por favor. Pero veinte minutos después, empapado en sudor, desorbitado, Sanjeev dejaba a Gloire en la calle de la Pagoda

Karaneeswarar.

Gopal la recibió inmediatamente, mirada siempre tan voluminosa detrás de sus cristales y sonrisa estucada. Sin decir palabra, Gloire se sentó frente a él. Se ve en el acto que vamos mejor, dijo el facultativo, tiene usted mejor aspecto. Creo que el tratamiento le sienta bien. Vamos a continuar las curas pero desearía que empezáramos, hoy, con un poco de relajamiento. Para el insomnio, la relajación es buena. Buena relajación la que le daré yo, contestó Gloire, es usted un cabronazo. ¿Cómo dice?, preguntó Gopal. Es usted un asqueroso sinvergüenza, añadió Gloire, sé lo que está haciendo con el pequeño. ¿Qué pequeño?, preguntó Gopal. El pequeño que lleva el rickshaw, precisó Gloire. ¿Cuál?, sonrió Gopal. Es usted nauseabundo, insistió Gloire, debería denunciarlo para meterlo en chirona, además voy a denunciarlo para meterlo en chirona. Bien, dijo Gopal apuntando pausadamente este nuevo síntoma en un bloc, muy bien. Calló un instante.

Veo de qué se trata, dijo por fin, la entiendo. Pero temo que sus intereses no residan ahí, avisaré a mi colaborador. Le prevengo, dijo Gloire, nada de historias. Saben que estoy aquí. Naturalmente, dijo el facultativo, no se preocupe, mi colaborador se lo explicará todo. Tendiendo un dedo hacia el voluminoso teléfono, pulsó un botón: al instante, al otro lado de la estancia, alguien recorrió una cortina. Hilo de bigote electrificado, sonrisa de gelatina y mirada aguda, apareció la figura delgada del superintendente.

Dos horas más tarde, Béliard holgazaneaba en chándal en la cama de Gloire cuando regresó ésta. Su maquillaje ligero se había deshecho, su primer movimiento fue correr a servirse un vaso en el minibar. ¿Qué te pasa?, preguntó el homúnculo, ¿has visto tu facha? Temblorosa, Gloire apuntaba mal, dejaba fluir el alcohol paralelamente al vaso. No te lo imaginas, dijo, no te lo imaginarías nunca.

—Creo que sí —dijo plácidamente Béliard—. Te has encontrado con el superintendente, ¿es eso?

Aunque en principio Béliard no dispone más que de las informaciones suministradas por Gloire sobre sus idas y venidas, parece, decididamente, que Béliard por otras fuentes o por una doble vista está al tanto de toda la vida o casi de la mujer. La cual no le da importancia, la cual se sienta en la cama. Cuéntamelo al menos, dijo Béliard. Pues, verás. Se habían informado, parecían enterados de todo. Sabían que la buscaban. La investigación parecía haber sido llevada a cabo por el superintendente, que había transmitido a Gopal sus informaciones sobre Gloire. Dándole a entender que estaban íntimamente relacionados con la policía local, la habían amenazado ambos con los peores problemas si intentaba estorbarlos.

—Pero —exclamó Béliard—, les has dicho al menos que lo pagaste. No tienes ya nada que reprocharte, en principio. No hay motivo alguno para que te anden buscando.

Naturalmente que lo había dicho. Pero Gopal: ¿Qué nos impide por ejemplo, le había dicho, interesarnos por su breve estancia en Australia? Gloire no era demasiado

dueña de su voz cuando le preguntó a qué se refería. (Vaya burrada, comentó Béliard.) No me refiero a nada especial, había sonreído Gopal, la gente habla, eso es todo. Habla de usted, podemos hacer hablar de usted, pero no lo haremos. Podríamos necesitarla. ¿Qué?, había repetido Gloire, ¿quiere decir para qué? (Cada vez mejor, advirtió Béliard.) Ya veremos, le había dicho Gopal, ya verá como volveremos a vernos. Y nada más.

Béliard reflexionó un momento; luego, se encogió de hombros.

—Lo de Australia es un farol —dijo—. Nadie puede saberlo. Yo lo sé, yo estaba allí. Nadie. No pueden nada contra ti.

Deslizó vivamente la arista de una uña entre sus dos dientes más amarillos; echó una breve mirada a su presa.

—Evidentemente, puede que haya un medio —prosiguió—. ¿Quieres que nos desprendamos de ellos? Sabes que cabe esta posibilidad. La técnica habitual, un pequeño precipicio y allá va.

—No —dijo Gloire—, no podemos. Me temo que son muchos, me temo que están organizados.

Lo estaban con toda seguridad. El numeroso servicio cruzaba todo el día su alojamiento pretextando lo que fuera, regar las plantas y limpiar la estancia, traer té, la prensa matutina, la de las cinco con más té, la ropa y las tiras antimosquitos de la noche. Eran muchos los motivos de ver en cada boy un confidente potencial de Gopal vía superintendente.

Los días siguientes no fueron muy alegres, Gloire no hablaba más que con Béliard, no se fiaba de nadie, llegó a sospechar del bibliotecario y hasta del marido de la hospitalizada. Como en lo peor de los insomnios de la semana anterior, volvió a no salir de la habitación, le cerraba la puerta al personal, y no iba a almorzar hasta que todos estaban durmiendo la siesta general.

Ahora bien, no dormían todos. Una tarde, salía del restaurante a eso de las tres cuando vio, de codos en la barra limítrofe, a Gopal en compañía del superintendente. Los dos hombres parecían enfrascados en una sólida conversación. Gloire se hizo lo más discreta que pudo, pasando como una sombra a buena distancia. Pero si Gopal era muy miope, el superintendente no. Después de una mirada viva, dijo una frase rápida inclinándose hacia el facultativo que se volvió bruscamente hacia la mujer. ¡Qué sorpresa tan encantadora!, dijo. ¿Un refresco con nosotros?

Pero nada refrescante en sus palabras. Precisamente deseaba verla, dijo. Querría confiarle un objeto que deseo enviar a mi pariente de Bombay. Sabe que el correo aquí, se rio, es un poco como en Italia, su patria; preferiría que la entrega se realizara en propia mano, por correo privado. ¿Le importa encargarse de ello? Viaje pagado, por supuesto.

—Ya veo de qué se trata —dijo Gloire.

—Estoy seguro de ello —dijo Gopal—, pero creo que lo hará.

—¡Ni hablar! —dijo Gloire.

—Hace mal en no fiarse —esgrimió Gopal—. Eso no la compromete en nada, no corre el menor riesgo, yo la recompensó. No va a negármelo —repitió—. Sin descontar que, por lo que sé, valdría más que se ausentara unos días.

Gloire se levantó: ¿Qué es lo que quiere decir? Le digo lo que sé, contestó Gopal, se lo digo tal como lo pienso. Déjeme recapacitar un poco, dijo la mujer. Por descontado, dijo Gopal, recapacite. Aunque no sirva para nada, es lo menos que se le puede permitir. De regreso en su habitación, Gloire consultó a Béliard.

—Era de esperar —dijo—. Bueno. ¿Qué hacemos?

—Eres tú quien lo dice —dijo Gloire—, tú quien tiene las ideas.

—Mi opinión es que aceptemos —dijo Béliard—. Cambiaremos de aires. Y, además —preguntó—, ¿qué podemos perder estando como estamos?

—No sé —dijo ella—. Como quieras.

—Sí —dijo Béliard—, más vale alejarse. Y, por otra parte, estaremos más tranquilos en Bombay. Es grande, es anónimo, nos dejarán en paz. Y yo no conozco Bombay. ¿Está bien?

Gloire no contestó enseguida. Sentada de través en la cama, con las piernas cruzadas, hojeaba con el pulgar el ejemplar de la Bhagavad-Gita puesto permanentemente al lado de la Biblia en la mesilla de noche.

—¿Tú dónde estabas? —preguntó.

—¿Cómo que dónde? —dijo Béliard—. ¿Cuándo?

—Cuando yo estaba en Bombay, ¿tú dónde estabas? ¿De verdad te quedaste en Sydney?

—No me pongas nervioso con estas preguntas —dijo Béliard—. Sabes muy bien que nunca hablamos de esto. Tengo derecho a vivir mi vida. Mejor ve a decirle que aceptamos.

Y, luego, tras volver Gloire al bar:

—No he dudado ni un instante —dijo Gopal—. Saldrá mañana por la mañana, pues.

—¿Tan pronto?

—Créame —dijo Gopal—, es por su interés.

Por indelicado, falso y corrupto que fuera sin duda el doctor Gopal, esta vez, al menos, no había mentido. Por la tarde del día siguiente, una limusina de alquiler Ambassador de color púrpura, pero desprovista de aire acondicionado, circulaba suavemente a lo largo de la calle del Cenotaph en dirección al Club Cosmopolita.

La calle del Cenotaph es una pequeña arteria tranquila, residencial, aunque polvorienta, casi una avenida bordeada de grandes acacias que surgen de zarzas rojas. Cada cien metros se suceden grandes villas blancas de tejado plano cubierto de antenas parabólicas, verja de la que cuelga un aviso que pone en alerta contra un perro, aunque nunca se ve perro alguno, y una garita en la que dormita un guardia jurado con uniforme paramilitar caqui desabrochado, cinto, credencial y boina torcida. Rodeadas de jardines tapiados, las villas no pasan nunca de dos plantas adornadas con terrazas escalonadas, torrecillas, balcones y aleros protegidos con persianas, toldos, cañizos o variantes modernas de celosías.

No se ve a muchos habitantes en tales villas. A veces, a lo lejos, a figuras en pijama claro que cruzan muy aprisa la calle de una verja hacia otra. Criados, sin duda. En un patio, detrás de rejas trenzadas de arbustos, un viejo solo, calvo, miope y bigotudo se deja ir y venir en un columpio de escasa amplitud. Pero cuando lo miráis, él os mira y bajáis la vista; la temperatura ronda los treinta y cinco grados. Todo está tranquilo, no se oye apenas nada. Una intensa luz blanca desgasta los relieves y los colores de las cosas, hasta el punto de quedarse con una de sus tres dimensiones. En una palabra: es domingo.

El Ambassador era, de momento, el único objeto brillante de aquel mundo pálido. Avanzando a poca velocidad, la limusina se cruzaba con poca gente a su paso. Un ciclista transportaba un bidón excesivamente grande para su montura, pero a los cinco minutos otro ciclista transportaba dos bidones igual de grandes. Tres mujeres venidas de barrios menos dotados ataban en haces ramas secas de casuarina. Desde el nivel del suelo hasta el azul del cielo volaban mariposas, revoloteaban cotorritas y se elevaban escuadrillas de cornejas. Una pareja homosexual de ratas palmistas, antes de pisar la calzada, aventuraba golpes de hocico pusilánimes a derecha, izquierda, derecha, etcétera.

Dos águilas que giraban en círculo se reflejaban en el techo del Ambassador, en cuyo interior reflexionaban tres personas, cada una a su manera, en temas tales como el sexo, por ejemplo, o el dinero. El hombre occidental instalado detrás pensaba confusamente en ello, vestido como siempre con su traje color de paja arrugado. La mujer sentada a su lado —conjunto de algodón claro comprado dos días antes en una tienda de París especializada en vestimenta tropical— pensaba en lo mismo más meditativamente. Sólo el conductor local, en pantalón de tela gruesa y camisa de mangas cortas con la pechera sucia, se preguntaba de modo más frontal por las medidas de aquella dama y las rentas de aquel caballero.

El caballero pronunció dos palabras breves cuando la calle del Cenotaph se dispuso a cruzar una estrecha vía privada que se hundía, después de torcer en ángulo recto, debajo de un mango. La tomaron. Había una buena vista, vieron que a lo lejos, al nivel de una verja, aquella vía se hallaba cortada por bandas rugosas de cemento, cerca de las cuales, paralelo a la valla instalada, un cartel bilingüe informaba al público de la prohibición de entrar en el Club Cosmopolita y de que todo intruso sería demandado judicialmente. Tras otras dos palabras breves, el coche aparcó a cincuenta metros antes del umbral.

—Bueno —dijo Personnettaz—, creo que es ahí, voy a acercarme. Espéreme aquí.

—Lo siento —dijo Donatienne—, pero voy con usted.

—No, no, no, no —declinó Personnettaz en todos los tonos—; quedamos desde un principio en que estas labores me incumbían a mí.

—Pero yo tengo que estar presente —insistió Donatienne—, para eso he venido. ¿Para qué sirvo, si no?

—No insista —decidió Personnettaz—. En cualquier caso, le falta formación.

Pobre imbécil, murmuró Donatienne tras el portazo. Ya que es así, voy a tirarme al conductor, toma. Pero, en definitiva, no hizo nada y se sumió en una guía turística de la región mientras el conductor, afortunadamente inconsciente de lo que acababa de perderse, se interesaba en la página de Espectáculos del *Sunday Standard*.

Siguiendo las indicaciones del plano suministrado por sus informadores, Personnettaz se dirigió hacia el anejo del Club que albergaba a los huéspedes de paso. Su material le pesaba bastante en los bolsillos, pero sin deformarlos: linterna miniatura y llavero en el de la izquierda; a la derecha, por si las moscas, una pistola pequeña. No se cruzó con nadie en el camino hasta el umbral del anejo, atravesó el vestíbulo hacia el ascensor abierto, se metió en él. Durante menos de un minuto que duró la ascensión, esta vez se miró en el espejo que ocupaba el fondo de la cabina.

En los espejos de los ascensores es donde tenemos un aire más cansado. Y poco importa el sentido del vehículo: que subamos o bajemos, es la imagen que tenemos de nosotros la que siempre se desploma. Se inquieta uno, se pregunta por qué, qué hizo la víspera para merecer eso. Pero hace mal en alarmarse, no es más que un efecto de la luz del techo. Es su resplandor vertical y pálido el que produce ese rostro terroso, ahonda las arrugas, alarga los rasgos, hincha las bolsas debajo de los ojos. Bajo la luz rasante, el espejo aumenta el efecto de todo esto de forma proporcional a la velocidad del ascensor. Se trata, pues, esencialmente de una ilusión. Pero Personnettaz no está enterado. He envejecido, joder, piensa. No hubiera creído que me ocurriese esto. Cabe preguntarse si la presencia de Donatienne no impulsaría a este hombre, de ordinario poco preocupado de su físico, a interrogar sobre este respecto a un espejo. Cabe preguntarse si tiene conciencia de ello. Cabe también tomárselo a la bartola.

Empujó la reja del ascensor: como antes, ni un alma viviente en la perspectiva del pasillo, que recorrió de puntillas hasta el apartamento 32.

Dio varias veces con los nudillos en la puerta, sin resultado. Después de dos vistazos laterales de rata palmista, cogió con delicadeza el puño de la puerta haciéndolo girar silenciosamente. Suponiendo que resistiría, seleccionaba de antemano en su llavero la llave maestra que convendría usar. Pero apenas al cabo de un cuarto de giro, se abrió la puerta como por sí sola. Por si las moscas, Personnettaz metió la mano en el bolsillo y la cerró sobre la pequeña pistola.

Tras cruzar una antecámara opaca, sin más mobiliario que un par de percheros inutilizados, Personnettaz entró en un gran salón vacío. Cortinas corridas, muebles arrinconados, ninguna huella atestiguaba ocupación alguna. A la derecha se abría una puerta sin duda a un dormitorio: en efecto, también vacío. El hombre se volvió pensativo hacia atrás: nada, al menos ningún objeto personal visible. Revisó estanterías y cajones, papeleras, sin encontrar cajas de fósforos ni horquillas de cabellos, como tampoco facturas o prospectos o ese billete estrujado que se deja siempre en los hoteles. Ninguna colilla en los ceniceros, limpios. Abrió los numerosos armarios empotrados sin más éxito, excepto en el último, en cuyo estante superior reposaban todas las telas compradas por Gloire las tardes en que no tenía otra cosa que hacer. Personnettaz las extendió una tras otra, sin descubrir el menor indicio entre sus pliegues. Nada de nada. Dominado por el despecho, sintió ganas de desgarrar una de aquellas telas y, luego, dominado por algo más impreciso, se le ocurrió llevarle otra a Donatienne; pero rechazó ambas ideas.

Sabiendo de antemano que no hallaría ni un cabello, su examen del cuarto de baño fue de pura fórmula; volvió al salón. El silencio era absoluto, aunque tamborileado por un rumor lejano que lo multiplicaba. Con toda evidencia, el apartamento había sido vaciado meticulosamente, pero hacía muy poco tiempo, al parecer, pues flotaban aún ciertos ecos cercanos de perfumes, palabras, suspiros y ruido de tacones altos.

Sonó una tos detrás de Personnettaz, que volvió la cabeza: un boy provisto de una arpillera y un cubo lo observaba con interés y le preguntó algo que Personnettaz le hizo repetir. El boy quería saber si podía limpiar. A Personnettaz le parecía que estaba todo bastante limpio. Pero, desde luego, dijo con todo, hágalo. Ya me iba.

En el asiento trasero del Ambassador, Donatienne se había adormilado; apoyado en el volante, el conductor indígena dormía también, un doble sueño bastante íntimo que permite pensar que la joven, a fin de cuentas, había cambiado de idea. Pero esta hipótesis no le pasó por la cabeza a Personnettaz, que tocó ligeramente el hombro de Donatienne. Al abrir ésta los ojos, le dijo:

—Bueno, tengo la impresión de que hemos fracasado.

Desde otra oficina xerox-télex-fax, próxima al Club Cosmopolita, Donatienne llamó a Salvador al día siguiente sobre las nueve de la mañana. Los treinta grados ya instalados en la ciudad saltaron a cincuenta en la jaula de vidrio con tejado de zinc. Donatienne quedó al instante empapada en sudor mientras París, allá abajo, flotaba en una oscuridad glacial a esa hora en que la noche, ya avanzada, está a punto de engalanarse con las primeras luces del alba. Sin duda, Salvador dormiría aún, pero la joven no tuvo escrúpulo en despertarlo. Pero no dormía. Ni siquiera se había acostado.

De hecho, borracho como una cuba, Salvador tenía alguna dificultad en permanecer simplemente sentado delante de su mesa de trabajo, agarrándose con ambas manos a aquel mueble cubierto de documentos. Bajo sus ojos, en una gran cartulina manchada con las huellas de numerosos vasos —circunferencias enlazadas que esbozaban una versión ebria perdida del emblema olímpico—, estaban trazadas unas palabras con mano insegura: los adjetivos *morenas* y *rubias* uno sobre el otro, luego, los sustantivos *cigarrillos* y *cervezas* igualmente superpuestos, frente a frente, unidas ambas columnas por una red complicada de flechas y llaves. En el ángulo superior derecho de la cartulina figuraba en solitario la palabra *pelirrojas*, entre paréntesis y encuadrada por dos signos de interrogación. Según todas las apariencias, las investigaciones de Salvador pasaban por un punto más muerto aún que de costumbre. Un transistor puesto en un rincón de la mesa emitía un programa continuo de música tropical, casi imperceptiblemente.

—¡Ah! —farfulló Salvador tras descolgar el aparato—. ¿Eres tú? Me vienes de primera: me encontraba algo solo aquí. ¿Dónde estás? ¿No quieres venir?

Donatienne alzó la vista al cielo.

—Oye —dijo—, se nos ha vuelto a escapar. ¡Es increíble que no se le pueda echar mano a esa chica, caray!

—Sí —dijo Salvador con voz pastosa—. Me da igual. Nos da igual. Ven.

—¡No seas imbécil! —gritó Donatienne—. ¡Deja de decir chorradas! ¡Estoy a seis mil kilómetros, me aso de calor y estoy un poco harta! ¿Entiendes?

—¡Ah, sí, sí! —dijo Salvador, que no daba la impresión de entender nada y apartó un instante el aparato de su oído para ocuparse de su vaso vacío—. Yo también —prosiguió— estoy harta, ¿sabes?, más que harta. No basta con decir que estoy más que harta.

—Bueno —se calmó Donatienne—. Pero ¿trabajas al menos? ¿Adelantas?

—La verdad es que no sale nada —dijo Salvador—, estoy atascado, pero me da igual también. Me da igual, ¿entiendes? —repitió con entusiasmo—. ¿De verdad no quieres venir?

—No —suspiró la joven—, ahora no puedo. Volveré a llamarte.

Espera, espera un poco, insistía Salvador en su noche mucho después de que

Donatienne colgara, saliera de la cabina y se reuniera con Personnettaz en el Ambassador. ¿Qué?, preguntó Personnettaz. ¿Qué ha dicho? Tonterías, dijo la joven, parecía un poco bebido. Pero ¿dónde diantre se habrá metido esa idiota?, se preguntó después entre dientes.

Inocentemente, aquella idiota pensaba que la dejarían en paz cuando hubiera cumplido su misión. Llegada a Bombay, alojada en el Hotel Supreme, su habitación era elemental: ni aire acondicionado ni televisor, un aseo con piso de cemento, un sillón de skay duro, una sola silla, una sola mesa, en el fondo de cuyo cajón metió Gloire el paquete confiado por Gopal —un paquete meticulosamente cerrado con celo, formato ladrillo, pero de consistencia blanda, como si contuviera agua, gel farmacéutico o aire—, antes de marcar el número anotado por el médico en un trozo de receta (V. R. Moopnar, 2021947). No debían de haber cambiado el teléfono desde la época inglesa, y su disco giraba con irritante lentitud de cucaracha gaseada, pero se dispararon timbrazos al otro extremo del hilo: descolgaron.

Debía de ser una gran empresa, pues, una vez que Gloire pidió hablar con el señor Moopnar, una voz aguda de telefonista le aconsejó primero que no colgase. Clic. Otra voz femenina más contraltista: igual petición e igual consejo. Nuevo clic. Luego, órgano incómodo de joven circunspecto: doble clic, después del cual un hombre más maduro y sosegado, sentado, sin duda, en un sillón mejor, deseó saber más: apellido, nombre, quién la recomienda. También él le aconsejó que no colgara cuando mencionó el apellido Gopal. Triple clic seguido de zumbido. Nueva voz de mujer, ejecutiva, precisa, estilo secretaria de dirección: doble zumbido. Más cómoda y jovial, la última voz parecía por fin la de V. R. Moopnar en persona.

—¡Ah, Gopal! —exclamó Moopnar—. Ya comprendo. Dígame, ¿es el de Hyderabad o el de la calle TTK?

—Pues —dudó Gloire—, no lo sé muy bien. Tiene una clínica de la calle de la Pagoda de Karaneeswarar.

—¡Estupendo! —cortó el otro—. Ahora ya sé de qué se trata. ¿Dónde se aloja? ¿En el Supreme? ¡Vaya! ¿Seguro que se encuentra a gusto allí? En fin, bueno, quedamos en el bar, ¿de acuerdo? Voy enseguida. Vamos enseguida.

Apareció media hora más tarde. Espolvoreado con talco, cargado de anillos, con el bigote encerado, orondo dentro de su traje cruzado color frambuesa, Moopnar sonreía; un diamante incrustado en uno de sus colmillos sonaba cada vez que sonreía, como un tope de una máquina del millón. Lo seguía la antítesis de su persona, un joven lampiño y seco vestido con un traje entallado color chocolate y afectado por un estrabismo especial: ojo izquierdo fijo de matón, ojo derecho muy móvil de guardaespaldas. Aunque no concedió más que un interés menor al envío de Gopal, pues no le echó ni un vistazo al pasárselo a su asistente, Moopnar se mostró muy afable con Gloire, esperó que hubiese hecho un buen viaje, no cansada en exceso, bienvenida a Bombay. ¿Conocía a alguien en la ciudad, no estaría muy sola, no se aburriría? Nada de aburrirse: ¿podía permitirse invitarla a una velada que daba

precisamente aquella misma noche en su casa? Algunos amigos. La oportunidad de entrar en contacto y de relacionarse. Su diamante sonó cuatro veces —seguidas de la detonación seca de una partida gratis— cuando insistió en todas las ventajas de relacionarse en Bombay. No lo sé, dijo Gloire, el caso es que estoy algo cansada. Es natural, dijo Moopnar, la dejaré descansar. La llamaré a última hora de la tarde. Pasará a recogerla un coche. De vuelta en su habitación, Gloire consultó con Béliard: ¿Qué hago? Ve de todos modos, sugirió el homúnculo, nunca se sabe. ¿Qué arriesgas con ello? Veremos después.

Moopnar habitaba en el ático de una residencia de lujo en las alturas de Malabar. Desde sus terrazas la vista se sumergía en el mar de Omán, en la bahía, en el barrio de las lavanderías o en los jardines colgantes. Se habían dispuesto mesas que contenían lo suficiente para embriagar y saciar a doscientas personas, aunque no había más que unas sesenta, el entorno inmediato de V. R. Moopnar: primero, todas sus amantes y todos sus hermanos y todas las amantes de sus hermanos. Luego, compañeros de Moopnar igualmente acompañados de su séquito, algunos industriales, un viceministro, un diputado del Partido del Congreso, tres hombres de negocios húngaros sin sus esposas, así como cinco o seis putas. Algunos profesionales de la hípica, por último: propietarios, entrenadores, jockeys. Atuendos occidentales y locales mezclados, esmóquines y chales, trajes sastre y saris, pijamas y minifaldas, turbantes, prendas deportivas, costosas alhajas.

Calurosamente presentada por Moopnar, Gloire se mezcló con algunos grupos; sonreía y hablaba poco, fingía desconocer el inglés y parecía ausente de las conversaciones. Aunque a su alrededor se discutía de negocios bastante libremente, le costaba mucho formarse una idea precisa de las actividades de unos y otros. Luego, acabó cansándose: con un Antiquity con hielo en la mano abandonó la terraza para ir a visitar la casa.

Un largo pasillo distribuía numerosas habitaciones con las paredes pintadas de colores muy vivos. Por sus puertas abiertas, Gloire las examinó una tras otra como un catálogo de sorbetes. Cada una estaba enlosada en un tono de mármol distinto, encerado como un parquet; era tal la cantidad de cera que había en aquellos suelos, que tenían un falso aspecto de linóleo. La mayor parte de aquellas habitaciones no estaban amuebladas más que con una gran cama, una gran lámpara y una gran alfombra de Cuddalore o de Masulipatam; a veces había una piel de tigre con su cabeza y todos sus dientes. Sólo la puerta de una habitación estaba entreabierta: Gloire la abrió del todo antes de volver a cerrarla enseguida, el tiempo de entrever a una pareja agitándose en una cama. Se alejó, turbada, y se turbó aún más luego al percatarse de que una de las caras de aquella pareja, apenas distinguida, tal vez no le fuera desconocida. Se detuvo, volvió sobre sus pasos, empujó ligeramente la puerta y no reconoció a Rachel hasta que ésta rompió a gritar: ¡Sí, ahora por el culo, Biplab, sé que te gusta! ¡Por favor! ¡Hay que ver! se dijo Gloire, ¡sigue con Biplab!

Era tan inesperado, que Gloire, contraviniendo todos sus principios, se quedó

clavada en el hueco de la puerta sin poder apartar la mirada hasta que Rachel, juntando el gesto a la palabra, se volvió en la cama, cruzó su mirada con la de ella y lanzó otro grito, aunque en tono diferente. Gloire, confusa, se fue al instante. Pero apenas había recorrido unos metros por el pasillo cuando, con los pies descalzos sonando contra el mármol, Rachel la alcanzó corriendo, someramente envuelta en una bata de algodón.

—¿Qué haces aquí?

—Es un poco largo de explicar —le contestó Gloire—. ¿Y tú?

Si bien Rachel, en aquel corto espacio de tiempo, no había cambiado, su vida se había transformado, en cambio. Cansada de viajar sin proyecto ni método, se había juntado, pues, con el joven ejecutivo Biplab, al que había conocido cerca del embarcadero de Elephanta. Ahora bien, Biplab, recién contratado por la compañía Moopanar y ascendido muy pronto, le aseguraba una vida fácil en Bombay, una ociosidad sin mezcla así como una paz regia. Es bueno, dijo, y, además, ya sabes, él u otro.

—Ya veo —dijo Gloire—. Pero ¿qué es exactamente esta compañía?

—¿Qué? —dijo Rachel—. ¿No lo has entendido?

Al fondo del pasillo, vestido de nuevo y con dilatada sonrisa, acababa de aparecer el joven ejecutivo y se dirigía hacia Rachel, visiblemente loco de amor. Ve a tomarte una copa a la terraza, le dijo ella, estaré contigo dentro de un minuto.

Por lo que había entendido de las actividades de Gopal, Gloire había supuesto encontrar a sus homólogos en Bombay metidos como él en el negocio de los narcóticos y de la sangre. Ahora bien, le explicó Rachel, esos dos mercados se aglutinaban en una red mucho más amplia y desarrollada de la que la compañía Moopanar constituía uno de los centros neurálgicos. De este consorcio de tráfico de todo tipo, economía mundial alternativa a menos que no fuera la única verdadera, Rachel le trazó un cuadro en tres partes. Bienes, servicios, métodos.

Los bienes: valores clásicos, primero, tales como explosivos militares, armas de guerra, divisas, alcohol, niños, cigarrillos, material pornográfico, falsificaciones, esclavos de ambos sexos, especies protegidas. Luego, en los últimos tiempos, habían surgido nuevos sectores en plena expansión. Los órganos humanos, por ejemplo —riñones y córneas extraídos en los campos de batalla de la Europa del Este, en las clínicas corruptas de América Central o de la India, sangre más o menos correcta bombeada más o menos por todas partes—, constituían un mercado no menos activo que el de los productos radiactivos disponibles, procedentes de las centrales desmanteladas del Este: uranio, cesio y estroncio a porrillo, plutonio tan abundante como si lloviera del cielo.

Adormideras gigantescas, de rendimiento milagroso, crecían, por lo demás, ubérrimas en torno de aquellas centrales desmanteladas y contribuían a alimentar el mercado tradicional de los estupefacientes, otra especialidad de la compañía Moopanar. Añádanse unas veinte mil marcas de medicamentos falsos, y el resultado

es una masa de narcodólares, de excelentes narcomarcos imprescindibles para mantener un personal profuso de químicos, recicladores y sicarios.

Respecto a los servicios, los sicarios tenían también su parte en todo tipo de chantajes y secuestros con rescate, extorsiones, impuestos para la protección, juegos y prostitución, desvío de subvenciones al desarrollo, sustracción de la ayuda internacional o de los fondos comunitarios, inversiones fraudulentas, tratamiento especial de residuos nocivos, subcontrataciones impuestas, quiebras ilícitas y fraudes a la política agrícola común, en una palabra: todo un mundo.

Sí, el mundo y la vida rebosan de posibilidades y, para quien sabe trabajar con método, rebosan de dinero, recogido por recaudadores encorbatados de claro sobre camisa oscura y luego blanqueado por un entramado de casinos y grandes hoteles, pizzerías y peluquerías, centros de masaje, lavanderías, estaciones de servicio, para ser posteriormente ingresado en cuentas inviolables en Bad Ischl, en Székesfehérvár o en las Islas Anglonormandas. Pero, todo esto, Gloire ya lo había leído, más o menos, en los periódicos; empezaba a cansarse de aquellas explicaciones. Prefería, en aquellos momentos, estrechar a Rachel entre sus brazos.

—Bueno —le dijo suavemente al oído—, pero, dime, ¿qué hago aquí yo?

—Te lo explicarán pronto —contestó Rachel a través de los cabellos de Gloire—, no tardarán. Ven.

Volvieron a la habitación. Esta vez, Rachel cerró con más cuidado la puerta; se desplomaron en la cama. Y unas horas más tarde, de regreso en el Supreme. Gloire daba cuentas a Béliard de su velada omitiendo algunos detalles técnicos.

—Ya veo de qué se trata —dijo el homúnculo—, comprendo que te divierta. Con todo, ten cuidado. Tal vez no debiéramos echar raíces en estos parajes.

Al día siguiente de la velada en casa de Moopanar, éste telefoneó al Supreme para anunciarle a Gloire que le había encontrado otro hotel, más adecuado a su persona. Antes de las doce pasaría un coche a recogerla con sus pertenencias. La cosa se precisa, comentó Béliard.

La oscuridad glacial del restaurante, los botones vestidos de domadores y los ascensoristas de oficiales otomanos subrayaban adecuadamente el prestigio de aquel nuevo establecimiento. En la última planta de un alto edificio blanco situado en Marine Drive, la nueva habitación de Gloire era seis veces más espaciosa que la del Supreme, decorada en tonos ahumados y dotada de confort moderno: frigorífico, televisor, refrigerador y bañera para dos personas. Una terracita sobre el vacío contenía una tumbona y el ventanal daba a la bahía.

Gloire recobró pronto sus buenas costumbres. Se levantaba tarde y se pasaba el final de la mañana en la terraza, entornados los ojos frente a la inmensa playa poco concurrida, llena de atracciones decrépitas, toboganes y expositores giratorios de postales oxidados. El mar, sucio, quedaba lejos, la arena era sólo polvo. Algunos transeúntes lo pisaban aisladamente, sin finalidad balnearia, a veces detrás de un carro de bueyes. A veces se distinguía un caballo al fondo, galopando por la franja de espuma. Tendido como de costumbre en el reposapiés de la tumbona y vestido sólo con sus bermudas, Béliard tomaba el sol junto a Gloire. Ándate con cuidado, no lo olvides, le había aconsejado, no dejes que te mimen demasiado. No convendría que pudieran presionarte. Insiste en pagar el hotel.

Moopanar, sin embargo, resultaba muy discreto. Llamaba brevemente de vez en cuando para asegurarse de que Gloire no carecía de nada, sin imponer ni tan sólo proponer nada, como no fuera honrar con su presencia las veladas que seguía organizando en su terraza dos o tres veces por semana. Un poco repetitivas, aquellas veladas. Gloire acabó por no ir más que una vez de cada dos. Un día había aceptado seguir a Moopanar, en compañía de Rachel, al hipódromo, donde uno de sus caballos, llamado Telepathy, se cotizaba a cuatro contra uno. Dos días después habían asistido a un partido de polo en el que se enfrentaban otros individuos de su cuadra.

Pero por ahora, pues, sol. Luego, sobre las dos, Rachel llamaba discretamente a su puerta. Largo, le decía entonces Gloire a Béliard, que se esfumaba de mala gana, con mirada enfurruñada de mirón frustrado. A veces se levantaba por sí solo en cuanto llamaban, sin esperar a que Gloire le instara a salir pitando, pero igualmente de mal humor. Las dos mujeres descansaban un rato en la habitación antes de ir a tomar un largo almuerzo al restaurante del hotel: tacos de pollo y de pescado macerados, yogur sazonado con bhang.^[2] Luego, una vez pasado el fuerte calor, volvían como antes a callejear por la ciudad, por la parte de Chor Bazar o de Banganga Tank, y perdían el tiempo cerca de los muelles, a la sombra de los

edificios. Monos, hombres y niños jugaban en las azoteas. Los hombres, agitando pañuelos, guiaban los movimientos de palomas agrupadas en pelotones en el cielo, los niños dirigían los de sus cometas, los monos se perseguían por la orilla de las fachadas. Nunca se veía jugar a ninguna mujer.

Llegada la noche, cenaban en el Yacht Club, donde alguna vez se les unía Biplab antes de ir a reanudar su servicio en casa de Moopanar. Después, casi tan alegres como la primera noche, se acercaban a tomar unas copas en la barra del Taj, siempre lleno de extranjeros; se encontraban allí con otras mujeres —una de las cuales aseguró una vez que se llamaba Porsche Duvall—, pero también con hombres y con muchachos. Los hombres eran más descarados y más celosos que los muchachos, con los que el trato resultaba más flexible, aunque los amigos y los enemigos de las mujeres estaban igualmente representados tanto entre los unos como entre los otros. En resumen, ninguna otra preocupación, vida fácil, paz total. Gloire ni siquiera tenía que temer ya las maquinaciones de Personnetaz y los demás: Gopal había embarullado las pistas de tal modo, que habían perdido por completo su rastro.

Sin embargo, le ocurría a veces que no daba con su justa medida, que ya no se entendía a sí misma en el concierto incesante de los cláxones y las cornejas de Bombay, tal como ocurría, aunque a la inversa, cuando sus ideas se despegaban con demasiada violencia en la calma opresora del Club Cosmopolita. A veces, también, se preguntaba si se quedaría allí indefinidamente, si no le llegaría la hora de regresar. Sobre esto, Rachel no sabía qué contestar, Béliard no opinaba nada, y yo tampoco tenía una idea clara. El caso es que, al cabo de veinte días de aquel régimen de vida, una mañana, Moopanar se presentó de improviso en la habitación de Gloire; Béliard sólo tuvo tiempo de saltar dentro de un armario.

Moopanar pretendió al principio que, pasaba por allí y se le había ocurrido hacerle una breve visita, sólo para asegurarse de que todo seguía bien. Cruzó la habitación, contempló unos instantes la bahía y, luego, se volvió hacia Gloire y dijo:

—¿Podría hacerme un pequeño favor?

—Era de esperar —dijo Béliard, en voz baja, con el oído pegado en la oscuridad contra la puerta del armario.

—¿Qué clase de favor? —preguntó Gloire.

—Poca cosa —dijo Moopanar—, tengo que enviar algo a su país. Se trataría únicamente de hacerse cargo de ese envío. Vigilar que todo salga bien. Estar presente, vamos.

—Empiezan a verse las cosas claras —dijo Béliard, siempre en voz baja.

Gloire no contestó enseguida. Podía ser la oportunidad de regresar, como venía pensando últimamente, pero, conociendo como conocía ahora las actividades de Moopanar, tal vez fuera a costa de alguna terrible degradación, de Dios sabía qué pastillas de plástico, de uranio o de opio deslizadas en su intimidad.

—No vaya a imaginarse cosas raras —dijo Moopanar como si leyera sus pensamientos—. Nada complicado, ningún riesgo. Sólo tendrá que tomar un avión.

Yo corro con todos los gastos, usted no tiene que hacer nada, alguien la esperará allá para ocuparse de todo.

—Bueno —dijo Gloire—, digamos que acepto. ¿Qué es esa cosa que tendría que vigilar?

—Caballos —dijo Moopanar.

—¡Ah, vaya! —dijo Gloire—. ¿Caballos?

—Sí —dijo Moopanar—. Caballos.

—Naturalmente —dijo Gloire—, si son caballos...

—Caballos —repitió Moopanar—, ya lo ve. Simples caballos.

De un continente a otro, los caballos se transportan en avión de carga. Por lo general, los escolta un veterinario, armado de una jeringa gigante por si surge un percance, pero, aseguró Moopanar, no habría ningún percance y, por lo tanto, no habría veterinario. Gloire partiría sola con los animales. Pasado mañana. ¿De acuerdo? De acuerdo, dijo ella.

Aeropuerto de Bombay-Saha, pues, dos días más tarde. Sol radiante, viento del noreste moderado. Además de los seis caballos de Moopanar —de una vieja casta de Asia central—, el avión de carga transportaría el rotor de la turbina de una presa hidráulica, devuelto a Francia para ser cambiado por otro igual. Vaciado el interior del avión, que había quedado reducido a una bodega inmensa, sólo se había acondicionado un cubículo desprovisto de ventanillas para los acompañantes, detrás de la cabina de los pilotos. Lo amueblaban seis butacas de frente, con un horno microondas y un arcón frigorífico. Una puerta permitía acceder a la cabina de los pilotos, y otra daba a una escalera de hierro que bajaba a la bodega. Un camarero que no iba de uniforme se encargaría de un servicio restringido. Gloire besó a Rachel. Despegaron.

Tres hombres de paisano escoltaban el rotor de la turbina, jóvenes técnicos especializados en el mantenimiento de cosas enormes. Tres jóvenes en plena forma y muy habladores entre ellos, pero demasiado intimidados por ella para atreverse a dirigirle la palabra a Gloire, que, distraídamente, los escuchó abordar mil temas. Pero parecía que en cada uno de ellos su conversación, muy animada al principio, languidecía al poco rato hasta enmudecer; tras unos intercambios iniciales ligeros y vivos, danzantes, no tardaba en encallarse en algún atolladero. Se apeaban entonces para desatascarla, con la ayuda de sus palas de zapador y poniéndole ramas bajo las ruedas, y luego, tan pronto como se había soltado, aérea de nuevo, saltaba sobre otro tema de conversación, se subían veloces a él antes de que se fuera sin ellos.

Gloire estuvo un rato atenta a sus palabras, antes de adormilarse un poco. Cuando volvió a abrir los ojos, los técnicos estaban dormidos. Como de costumbre cuando viajaban en avión, Béliard no sólo no hablaba sino que ni siquiera era visible; nadie con quien hablar, nada que mirar por las inexistentes ventanillas, nada que leer: el tiempo empezó a hacérsele largo. Por suerte, pronto apareció el copiloto, que pasó en busca de una bebida del arcón. Al verla tan aburrida, le propuso que fuera a tomar

una copa con el resto de la tripulación en la cabina; cogió una botella y se apartó para dejarle paso.

Ambiente igualmente tranquilo en la cabina de los pilotos. El comandante dormía en su sillón y el mecánico hojeaba revistas especializadas. Buenas noches, señores, dijo Gloire. El comandante sonrió y abrió un ojo azul; tenía los maxilares salientes y llevaba el pelo, blanco, cortado al cepillo. Yo tengo el sacacorchos, recordó el mecánico. Tras acomodar a la mujer en una butaca detrás del equipo de vuelo, el copiloto volvió a su sitio delante de los indicadores de maniobra automática. El comandante se incorporó en su sillón —cuyo respaldo llevaba adosada una rejilla de bolas ergonómica, de ese modelo al que recurren los taxistas de vértebras lumbares frágiles— y se volvió hacia Gloire. Volaban entonces sobre Arabia Saudita.

Aeropuerto de París-Charles-de-Gaulle, pues, tres horas más tarde. Fresquito, llovizna. Gloire bajó del Boeing al mismo tiempo que la tripulación, que se dirigió a su zona reservada para ducharse y cambiarse antes de ir a casa, mientras ella pasaría la aduana sola con los papeles y los caballos. Resolvió tranquilamente todas las formalidades, la documentación parecía en regla, sellaron cuanto podía sellarse. Le indicaron dónde podría recuperar su cargamento. Para ello habría de salir de la terminal y dirigirse a otro edificio, donde estaban los servicio técnicos. Moopanar le había asegurado que alguien la esperaría en París para ocuparse de todo, pero si faltaba ese alguien, ¿qué hacer sola en la vida con seis caballos? Ya se vería.

Se vio. Apenas pasada la opaca puerta en compañía de los viajeros desembarcados de otros vuelos, entre los parientes y amigos venidos a esperarlos, vimos una cara cuya movilidad se destacaba de todas las otras. Devorada como siempre por los tics faciales, pero con una expresión aún más grave que lo acostumbrado: Lagrange. ¡Anda!, dijo Gloire, ¿qué haces aquí? Ya te lo explicaré, dijo él. Parecía de muy mal humor. Pareces de muy mal humor, observó Gloire. En efecto, reconoció Lagrange, estoy de muy mal humor.

Lo acompañaba un acólito, a quien Gloire no había visto nunca. Tipo de jockey, vestimenta oscura, bastante espacio entre los incisivos como para alojar una muela y que respondía al apellido de Zbigniew. Coordinaba los tres furgones en que se embarcarían los animales. Esperaron a éstos, que aparecieron a lo lejos. Tiritaban, coceaban sin vigor, parecían muy poco vivaces, mientras que Lagrange, por el contrario, daba señales de creciente nerviosismo a medida que se acercaban, lo cual, sin embargo, no pareció despertar el interés de los funcionarios de aduanas. En orden, como los otros, fueron sellados los últimos documentos.

Después, se suelen pasar los perros, los gatos, los monos, por los rayos X; sin miramientos echan su jaula a la cinta de los equipajes, en medio de las maletas inanimadas. Pero no tienen un aparato lo bastante grande para meter a caballos, por lo que desfilaron, al paso, del avión a los furgones. Gloire no los había visto al embarcar en Bombay, ni había bajado a observarlos a la bodega. Más bien atontados, ojerosos, hinchados, hacían todo lo que les mandaban, no evocaban las carreras de obstáculos y

las competiciones de polo más que remotamente. Una vez cerrado el portón trasero de los furgones, volvió el acólito hacia Lagrange dando palmadas con las manos: Listos, dijo. Buenos bichos. Hala, dijo Lagrange, sube y arranca. Nos veremos el jueves. Nosotros dos tomaremos un taxi.

Vieron alejarse los furgones y se dirigieron hacia la parada de los taxis.

—Bueno —dijo entonces Lagrange—, ¿qué tal te ha ido con Moopnar?

Gloire se paró en seco. Lagrange dio todavía dos pasos y luego se volvió.

—¿Qué? —preguntó—. Venga, vamos.

—Espera un poco —dijo Gloire—. ¿Tú conoces a ese tío? ¿Tú trabajas con esa gente?

—Vamos —dijo Lagrange—. Te lo explicaré.

Llegaron a la cola de espera para los taxis. Por el momento, no había ninguno libre. Cuando por fin llegó uno y se subieron en él, surgió el comandante del Boeing en traje de paisano recién planchado. El comandante dio unos golpecitos en el cristal de la ventanilla y les preguntó si aceptarían llevarlo con ellos. Claro que sí, dijo Gloire mientras Lagrange volvía la cara sin contestar. El comandante se sentó junto al taxista gimiendo de satisfacción. Es muy amable por su parte, dijo. Sólo tendrán que llevarme hasta la Place d'Italie.

El taxista era un taxista francés clásico por los cuatro costados: colilla de cigarrillo hecho a mano, acento de Gonesse y gorra a cuadros. ¡Ah!, exclamó el comandante, que simpatizó inmediatamente con él, usted también lleva una rejilla de bolas en el respaldo. Le aseguro, dijo el taxista, que esto ha sido mi salvación. Es bárbaro, dijo el comandante, es bárbaro lo que relaja. Creo que es un trasto chino, dijo el taxista, ¿no? No lo sé exactamente, dijo el comandante, tal vez escandinavo. Pero, de verdad, cómo relaja, cómo relaja. Yo, dijo el taxista, antes, tenía la espalda hecha puré. Igual que yo, abundó el comandante. Bueno, creo que ya estamos en la Place d'Italie.

Entonces, dijo Gloire en cuanto el comandante estuvo fuera, ¿qué pintas en esta historia? Te lo explicaré, dijo Lagrange, dime primero dónde te apetece ir. Donde sea, contestó Gloire, con tal que me dejen en paz. ¿Qué te parece el campo?, sugirió Lagrange. Muy bien, dijo Gloire. Perfecto, dijo Lagrange.

Fueron al campo, Lagrange no explicó nada.

Después de que el taxi los llevó a la calle de Tilsitt, salieron enseguida hacia Normandía en el Opel de Lagrange, que permaneció mudo en la autopista y luego en las carreteras secundarias que tomaron a continuación. Estuvieron zigzagueando tres cuartos de hora entre los árboles hasta que, en una curva de un camino filiforme de un solo carril, una verja forjada se abrió a una perspectiva de tilos al cabo de la cual se levantaba una pequeña casa de campo de ladrillo rosa. No estaban muy lejos del mar, detrás de Honfleur, en alguna parte hacia Manneville-la-Raoult.

Llegaron a primera hora de la tarde. Construida a fines del siglo XVII, la casa se destacaba altiva sobre los prados mustios: era un alto paralelepípedo nervioso, delgado y casi transparente. Grandes ventanas simétricamente abiertas en sus fachadas dejaban que la atravesara la luz de parte a parte. Salones y cocina en la planta baja, dos pisos ocupados por habitaciones.

Aquella a la que fue conducida inmediatamente Gloire ocupaba todo el último piso. El entramado de vigas le daba el aspecto de un barco volcado; los cristales eran de un vidrio irregular, ligeramente coloreado, lleno de burbujas que deformaban el paisaje. Había muebles antiguos y pinturas y figuritas modernas, entre las cuales, a seis kilómetros, se veía el puente de Normandía nuevo, flamante, enmarcado por una de las seis ventanas, una perfecta esculturita contemporánea, impecablemente iluminada dentro de su vitrina.

La mujer miró por las otras ventanas. Por el lado de la estrecha carretera, al final del parque, una vivienda baja encalada de tipo tradicional, con macizos de lirios que se confundían con el techo de bálago, debía de servir de almacén y alojamiento para el personal. Por el otro lado, más allá de un jardín y luego de una pista de tenis con red floja y una piscina cubierta con lona, unos caballos permanecían inmóviles en un prado. De codos en la barrera, Lagrange y Zbigniew los miraban. Gloire bajó a reunirse con ellos.

Los animales, una docena, casi no se movían. Tres de ellos sacudían la cabeza en un rincón, dos potros merodeaban en torno a su madre, los restantes parecían posar para su estatua. Gloire no reconoció en aquel grupo los caballos de Moopanar que había visto aquella misma mañana en el aeropuerto. Sin duda, se recuperaban del viaje en el complejo de cuadras y boxes que enmarcaban un picadero al otro extremo del prado. Tenían ya un aire muy cansado al bajar del avión para embarcarse en el furgón, sin crear complicaciones y sin darse demasiada prisa, sin que nadie pudiera sospechar que los tres primeros contenían sesenta gramos de cesio cada uno y los tres siguientes cinco kilos de heroína, ésta en embalaje de plástico y aquél en un contenedor de plomo. Sí, sin duda se recuperaban después de que les hubieron extraído aquel cargamento de las entrañas, antes de que los llevaran al matarife para

concluir aquel negocio. Hay que ver lo voluminoso que es un caballo, observó Zbigniew, la de cosas que se pueden meter dentro. ¡Calla!, dijo Lagrange.

Él, por su parte, seguiría callado todo el día, y el siguiente; no parecía el mismo. Durante las seis semanas en que Gloire estuvo ausente, Lagrange había cambiado, pero también lo habían hecho los días, cada vez más largos ahora: el cielo era más ancho, los colores más intensos. Pero la estación, al templarse, debió de engendrar pensamientos menos sombríos, ya que, la tercera noche, bastante tarde, después del último telediario, Lagrange, que había bebido en abundancia solo en el salón, intentó reunirse con Gloire en la habitación de ésta. No, dijo Gloire, detrás de la puerta. Torpemente, Lagrange forcejeó tratando de abrirla, pero renunció casi al momento. Sus pisadas poco firmes fueron decreciendo por la escalera. ¡No me lo puedo creer!, había mascullado Béliard, que se revolvía bajo la colcha, ¡lo que faltaba! A la mañana siguiente el cielo estaba tan negro como si el día no quisiera amanecer, a menos que fuera la noche la que se rebelara y se negara a ceder su sitio: Aquí estoy, aquí me quedo. No se me echa así como así.

Era más tratable en París, a eso de las seis de la mañana, en la Place de la République, pues dejaba paso al día para que pudiera vivir por fin su vida. En el tercer piso de una casa de la calle Yves-Toudic, detrás de la République, Personnettaz llevaba ya mucho tiempo sin dormir. Acabó levantándose, fue a la cocina y, en un tazón, echó dos cucharadas de café soluble. Abrió el grifo del agua caliente, la dejó correr un rato para que estuviera bien caliente, cruzó el chorro con un índice rápido para asegurarse de que estaba bien caliente y luego llenó el tazón, que se llevó, sin azúcar, a su habitación. Se sentó a su mesa y se bebió aquella mezcla amarga, a pequeños sorbos, mientras proseguía la lectura de los *Recuerdos y aventuras del país del oro* de Jack London. A los cuarenta minutos, se disparó su radiodespertador en plena mitad de una frase a propósito del índice Dow Jones y Personnettaz interrumpió la siguiente, relativa al Nikkei, antes de cerrar el libro. El ruido del tomo al ser cerrado resonó brevemente en la habitación y el hombre se dirigió hacia el cuarto de baño. Vivía solo, a pesar de lo que le había aconsejado en cierta ocasión el portero de su casa: No debería vivir solo. Algún día será viejo y estará enfermo, y no tendrá a nadie para que lo cuide.

Ese portero, que tenía pasaporte yugoslavo, ya era entonces un hombre de edad, esmeradamente vestido con traje gris perla y corbata púrpura, que cada día le subía el correo. Pero de ello hacía unos años; después, bastantes cosas habían cambiado. Los inquilinos se habían renovado. Personnettaz había bajado un piso, el administrador había recuperado la portería para transformarla en estudio, así que ya no había portero ni, aunque no venga al caso, existía Yugoslavia, pero Personnettaz, pese al consejo, se empeñaba en vivir solo. Se habían presentado, ciertamente, ocasiones de no estarlo, que no había aprovechado; por aquel entonces empezaban a escasear, y serían cada vez más escasas. Sin duda, Personnettaz no compartiría con nadie una pequeña herencia, uno de cuyos principales ingredientes eran unas oscuras

obligaciones en yacimientos de manganeso, o de zinc, o de cadmio, muy lejos, que casi ni sabía de quién había recibido.

Modestos ingresos complementarios procedían esporádicamente de las operaciones ofrecidas por Jouve, pero, en este aspecto, Personnettaz se hallaba reducido desde hacía varias semanas al paro técnico. Se había perdido todo rastro de Gloire después de la tentativa india, y Donatienne se había reincorporado a su trabajo en Stocastic. Más o menos aliviado de haberla perdido de vista, Personnettaz le telefoneaba, con todo, de tarde en tarde, para hacer el balance de la situación.

Se puso algunas prendas, sin fijarse en si combinaban, y se propuso vagamente la compra, uno de aquellos días, de un par de zapatos —los que llevaba debían de pasar de los sesenta mil kilómetros—. Pero, aparte de esta perspectiva, no tenía nada que hacer aquel día; ni más ni menos que el anterior. Y nada mina tanto como el ocio detrás de Place de la République en un anodino pisito de dos habitaciones de la calle Yves-Toudic.

Esperó a que fuesen las nueve para hacer dos o tres llamadas telefónicas. Primero a Boccara, pero en vano. Diariamente, desde su llegada, Personnettaz intentaba, sin éxito, hablar por teléfono con el joven. Por si acaso, incluso se había acercado a su casa, pero, una vez frente al portal del inmueble, no lograba recordar el nuevo código de acceso, sólo se le ocurría, mnemotécnicamente, la música del antiguo. Estaba claro que Boccara no parecía haber regresado de su crucero. Personnettaz marcó el número de Jouve. Pero, una vez más al borde de las lágrimas, al estar leyendo una novela sentimental, su esposa le contestó que estaba fuera, como a menudo, como cada vez más a menudo. Tal vez estuviera de regreso mañana. Personnettaz anunció su visita para el día siguiente por la tarde. Luego, fue a Salvador a quien llamó.

Ninguna novedad tampoco en Stocastic, y la voz de Salvador no era afable que digamos. Personnettaz lo informó de su proyecto de visita a Jouve, lo que apenas ofrecía más interés que dar la impresión de actividad. Muy bien, dijo Salvador sin entusiasmo, pues, bueno, téngame al corriente. Ah, creo que Donatienne quiere hablar con usted, lo pongo con ella. No, dijo demasiado tarde Personnettaz, no. ¿Qué es lo que oigo?, dijo Donatienne, ¿que ve a Jouve mañana? Lo acompaño. Es inútil, dijo Personnettaz, creo de veras que es inútil, puedo desenvolverme perfectamente solo. No, dijo Donatienne en tono grave, me necesita, y lo sabe. Hasta mañana.

Luego vuelve riéndose a su sitio delante del teclado, y espera que el otro recomience a dictar. Pero, de momento, el otro calla. Permanece sentado. Su semblante es hermético. Reflexiona. Le falta moral. Ha venido a su despacho andando desde Nation. Al pasar al pie de unas columnas que adornan esa plaza, la idea de hallarse a treinta metros y medio sobre el nivel del suelo en lugar de Felipe Augusto ha despertado brutalmente su vértigo de nuevo. Y siente náuseas.

Después, Salvador ya ni reflexiona siquiera. Observa a una mosquita, venida de Dios sabe dónde, que se pasea por su mesa, bordea tranquilamente su ordenador y la caja de lápices, hace eslalon entre los disquetes, el agua mineral y el tubo de

aspirinas. En su ir y venir en medio de estos accesorios, la mosquita a veces se para un rato ante uno de ellos, parece analizarlo, se vuelve atrás y sigue andando, como un turista entre los monumentos. La contemplación del insecto inspira a Salvador algunos pensamientos consoladores; lo que le sucede no es tan grave; podría haber acabado en Manila, como vendedor de cigarrillos sueltos. Vuelve a reflexionar. Continuemos, dice. Escribe: Rubias peligrosas ardientes y rubias peligrosas frías, segunda parte.

Pues existen también rubias peligrosas frías, de palabras medidas, de ojos radiográficos, de trajes sastre severos. Acaso sean más distinguidas, más civilizadas, que las rubias peligrosas ardientes. Pero el mundo, por motivos inversos, las teme igualmente. En el mejor de los casos, soñadoras, se dejan estrechar hieráticas entre sus brazos, en el peor, se evaporan entre ellos. Están expuestas al riesgo de la transparencia, al peligro clorótico. Manifiestan poca alegría. Eva Marie-Saint, dentro del género, es bastante representativa. Hay también algo de eso en Ingrid Bergman, por ejemplo.

—¿Y en Grace Kelly? —sugirió Donatienne.

—¡Exacto! —dijo Salvador—. ¡Exacto! Puede haber un poquitín de eso en Grace Kelly. Vamos progresando.

Apoyada la emocionante novela en sus rodillas, la señora Jouve está sentada muy tiesa en el borde del sofá, sola frente al televisor, que no programa, a esa hora de la tarde, más que series producidas a la otra orilla del Atlántico y del Rin. Interpretadas por actrices siliconadas de peinados esculpidos en la masa de su abundante cabellera, lacados y termoendurecidos, son series igualmente emocionantes. Así, según siga la acción del libro o la pantalla, la señora Jouve se quita o vuelve a ponerse las gafas, pero por sus ojos, las lleve o no, corren siempre las lágrimas. Espera el regreso de su marido, no ha hecho la limpieza a fondo: los restos de su almuerzo yacen dispersos en la mesa; en la cama, en la habitación contigua, las sábanas están arrugadas aún.

Tintineo de llaves en el recibidor y aparece Jouve, con la cartera al cabo del brazo. Una vez entrado en el salón, los ojos enrojecidos de su esposa le hacen desviar y después alzar al cielo los suyos. No te imaginas el día que he pasado, pretende antes de enumerar la sucesión de obstáculos y luego de supuestos encuentros que se le han comido el tiempo. No te pregunto nada, le contesta su esposa con voz llorosa. Pero yo te explico las cosas, Geneviève, dice Jouve con dulzura, eso es todo. No quiero tener secretos para ti.

Abre su cartera y hurga dentro sin buscar nada en particular. Se considera libre de toda sospecha. Ningún perfume se desprende de su persona, el cuello de su camisa no está manchado de rojo ni lleva los cabellos demasiado recién peinados. Jouve es bastante organizado. Aunque a veces una falta demasiado pura de indicios denota una culpabilidad mayor aún. Prueba de ello:

—Sólo sabes follar a las otras —observa dolorosamente la señora Jouve.

—¡Alto, Geneviève! —objeta Jouve—. En primer lugar, no follo sólo a las otras, ¿no?

Luego, se vuelve hacia la puerta entreabierta y dice: Podías haber limpiado un poco, ¿no te parece? Poner un poquitín de orden, ¿no?

—Ya sé que soy como soy —reconoce la señora Jouve—, ya sé que las otras deben de ser más divertidas.

—¡Pero mujer, Geneviève! —protesta Jouve—. ¿Qué es lo que te imaginas?

La señora Jouve se aparta cuando Jouve esboza un ligero gesto cariñoso, así que por poco agarra unos hombros que se encogen. Tras dominarse, para cambiar de tema, Geneviève Jouve se dispone a anunciarle la visita de Personnettaz cuando llaman a la puerta y precisamente es él, seguido de Donatienne, más corta y ceñida que nunca. Si este modo de vestir hace que Personnettaz no se sienta a sus anchas, en cambio, despierta el interés de Jouve, que no para de mirar a la joven por el rabillo del ojo.

Mientras Geneviève Jouve habla con Donatienne, Personnettaz lleva a Jouve aparte. Porque no cabe en la cabeza que un caso sencillo como el de Gloire no pueda solucionarse fácilmente. No es verosímil que no se disponga de ninguna pista. Que le

encuentren un indicio, por pequeño que sea, y se compromete a ocuparse del asunto y, además, a resolverlo en el plazo más breve. A Personnettaz le molesta haber patinado en esa operación, por la sensación de incompetencia que se desprende de ello y por la ociosidad forzosa resultante. Parece tomárselo como cuestión personal.

Jouve lo escucha con aire de reflexionar, pero sus ojos siguen posándose furtivamente en Donatienne. A la chita callando, despojan a la mujer de su ligera envoltura textil. Bueno, veré, dice por fin, veré qué puedo hacer.

Entre tanto, la señora Jouve y Donatienne intercambian puntos de vista femeninos sobre temas femeninos, aunque no únicamente, ni mucho menos. Personnettaz se vuelve hacia ellas y observa que Donatienne parece entenderse muy bien con Geneviève Jouve. Personnettaz conoce desde hace tiempo a la mujer de su patrón, se lleva mejor con ella que con él. Que se complazca en tratar a la joven le parece constituir de pronto un acuerdo, una garantía, un aval. En el registro sentimental, Personnettaz tiene una necesidad enfermiza del aval de un tercero. Fija, por primera vez, en Donatienne una mirada diferente, pero sólo por un instante. Luego, echa un vistazo a su reloj y Jouve, por contagio, mira también el suyo y, en un movimiento conjunto, Donatienne y Geneviève consultan igualmente los suyos. En efecto, todos llevan reloj; todos, lo antes posible, con motivo de un examen, un cumpleaños o una fiesta, laica o religiosa, han sido esposados al tiempo; todos manifiestan, con unos segundos de diferencia, el mismo fenómeno de que ya son las cuatro y veinte. Personnettaz dice que se van. Se van.

—¿Has visto cómo viste? —pregunta Geneviève una vez que se han ido.

—¡Ah, no! —exclama Jouve—. No lo he notado.

—¡Claro lo has notado! —dice Geneviève—. En fin, dejémoslo. Yo sé lo que hay cuando visten así.

—Ah, bien —dice Jouve, interesado—. ¿Qué hay?

—Una de dos —explica Geneviève—. O quieren gustarle a un hombre, o están completamente desesperadas. Pero ¿qué haces? ¿Vuelves a salir?

—Vuelvo a ver a tu hermano —dice Jouve—. Y, créeme, no por ganas.

Pero, esta vez, Jouve para un taxi, que sube por el bulevar Sébastopol, gira delante de la estación del Este y cruza el canal Saint-Martin antes de contornear las Buttes-Chaumont hacia la comisaría del barrio Amérique. En la recepción de la comisaría, el único cliente es un africano que lleva un traje y un portadocumentos del mismo tono, cortados de la misma fibra sintética. Ese africano, que desea procurarse los formularios apropiados para una gestión de reagrupamiento familiar —Eso es, dice el funcionario de guardia, para hacer venir a toda tu tribu—, es mandado a paseo en el acto. Jouve sube directamente al despacho de su cuñado.

Éste pone mala cara al ver aparecer a Jouve. ¿Qué más quieres todavía?, le dice. Nada, dice Jouve, la misma historia de la vez pasada. No cuentes conmigo, dice Clauze, no tengo por qué hacerte ningún favor. Bueno, dice Jouve, y abre su cartera: Escucha. Estoy harto de esta riña. Te propongo algo en interés de la familia.

Reconciliémonos, ¿quieres? Aquí tengo el recibo. Toma. Te lo devuelvo.

El recibo consiste en tres hojas de papel cebolla verde tilo grapadas en un ángulo y mecanografiadas. Clauze lo agarra y lo ojea. Me resulta gracioso volver a ver esto, dice mientras menea la cabeza y sonríe aviesamente. ¡Hacía tanto tiempo! Ya lo creo, dice Jouve, ya lo creo. Clauze repasa atentamente el documento.

—Espera un poco —dice—. Aquí falta algo, ¿no?

—¿Estás seguro? —dice Jouve, cuyo rostro muestra la más absoluta inocencia—. Pues es todo lo que he encontrado en mi archivo.

—¡Esto es una encerrona! —dice Clauze con amargura—. Te guardas un as en la manga.

—¡Que no! —exclama Jouve—. ¡Que no!

—¡Falta todo lo que se refería a la carne! —precisa Clauze, que agita el documento hacia su cuñado.

—No sé a qué te refieres —dice Jouve—. Pero, bueno, si te lo tomas así, me lo llevo.

Y con un rápido movimiento lo recupera.

—¡Espera! —dice Clauze—. ¡No, dámelo! Al menos, es algo.

—¡Ah, no! —dice Jouve—. Si no te fías de mí, es toma y daca. Te lo doy a condición de que me proporciones algo respecto a la chica.

Por unos segundos, Clauze mira a Jouve con antipatía. Por fin, dice: Espera un instante. Mientras aguarda el regreso de su cuñado, Jouve, por la ventana, contempla cómo se balancea suavemente la misma rama de plátano de la otra vez. Bueno, ahora son dos: le ha salido una hijuela. Las cinco.

Clauze reaparece más pronto que en la ocasión anterior con un nuevo documento en la mano. Tres líneas manuscritas en una hoja de agenda indican las señas de una institución geriátrica en Normandía. Toma, dice, he podido encontrar esto. Ahora, devuélveme los papeles. Naturalmente, dice Jouve, ahí tienes. Un beso a Geneviève de tu parte, supongo. Eso mismo, dice Clauze, que se levanta para abrir la puerta. Le das un beso. Un beso muy fuerte, y luego, ¡que te den morcilla! ¡Robert!, exclama quejumbroso Jouve. ¡Robert! ¿Por qué me dices siempre eso?

Pasaban los días, parcamente amenizados con paseítos por el campo —majuelos, caminos hundidos, setos vivos, vacas—, cerca del mar —yodo, espigones, fucos, gaviotas—, con la pronto fastidiosa observación de los caballos, con poco atentas lecturas y distraídas permanencias frente al televisor. Gloire quizá hubiera debido aprovechar más el aire puro, la alimentación sana y variada, gozar de un sueño tranquilo con todas las ventanas abiertas y hacer un poco de ejercicio, idea que ni siquiera le pasó por la cabeza.

Se le antojaban muy largos aquellos días, también ella miraba a menudo la hora, nunca le había parecido tan lento el transcurrir del tiempo. De una lentitud desalentadora, multiplicada por sí misma, que pisaba el umbral de lo inmóvil. Lentitud de la hierba que brota, lentitud de perezoso y de lapa. Si hay palabras cuyo sentido determina el curso de su vida, la lentitud ocupa, sin duda, el primer lugar entre ellas: es tan lenta, que no ha sido aún capaz de encontrar ningún sinónimo para sí misma, cuando la rapidez, que no pierde minuto, los tiene a mansalva.

Béliard también miraba sin cesar el reloj, le daba cuerda a cada paso. Ceñida en su muñeca, aquella pequeña mecánica de antes del cuarzo formaba parte de algunos accesorios de su talla de que disponía el homúnculo: un peine, un espejo, un pañuelo, unas gafas oscuras. Los primeros días había querido seguir llevando, aquellas gafas, como en los buenos tiempos de los países cálidos, pero, como no veía nada bajo la luz normanda y chocaba con todo, tuvo que renunciar a ellas. Enseguida se puso a manifestar malhumor, a poner mala cara, a armar escenas. Echaba de menos sus buenas vacaciones en los trópicos, juzgaba que se morían de asco, amenazaba con irse. Pues bueno, eso es, dijo una vez Gloire, exasperada, lárgate. Lárgate de una vez. Me tienes harta. Béliard se engalló al punto y agitó un dedo:

—¡Te prohíbo que me hables en ese tono! —pataleó—. No creas que eres la única de quien me ocupo, ¿sabes? He dado consejos a gente más importante. A gente conocida. Hasta del mundo del espectáculo.

—¿Y qué? —dijo Gloire—. ¿Han muerto?

—¿Por qué habrían de haber muerto? —exclamó indignado Béliard—. Conozco mi oficio.

Extrañada Gloire de que aquella gente importante, si es que aún estaba viva, no recurriese ya a sus servicios, Béliard se puso a hacer morros mientras se miraba los dientes en su espejito de bolsillo. Con voz sorda sacó a relucir ciertos problemas. No quería entrar en las circunstancias de sus despidos. ¿Cómo?, dijo Gloire, ¿qué has dicho? ¿Puedes repetirlo? De nuevo, y de mala gana, el homúnculo masculló la palabra despido.

—Espera un momento —dijo Gloire—, ¿quieres decir que pueden despedirte?

—Claro que pueden —dijo Béliard—, basta con que quieran.

—¡Pero es que yo quiero! —dijo Gloire—. ¡Yo quiero!

—¡Qué va! —se rio Béliard mientras sacaba la negra lengua y la contemplaba en el espejo circular—. No lo quieres bastante.

—¡Pobrecito, anda ya! —concluyó Gloire—. ¡Pobrecito gilipollas!

En resumen, ligeros conflictos, como siempre que se alargan las cosas, pues cuando las cosas se prolongan demasiado los nervios están a flor de piel. Nervios contra Béliard, contra Lagrange y hasta contra Zbigniew. Contra los caballos. Nervios contra un perro que, nervioso contra otro perro, se pasa ladrando toda la mañana en el fondo del parque. También hay bastante aburrimiento. Como Geneviève Jouve, y a falta de algo mejor, se pasa cada vez más tiempo delante del televisor. Se ven películas («Vas a perderla, Alex. Ella cree que te quiere»), se ven los concursos («Preste ahora toda su atención, Roger. ¿Qué flores se ven más a menudo en los balcones?») «Los nenúfares. ¡No, quiero decir petunias! ¡Ay no, quería decir geranios!» «Desgraciadamente, Roger, sólo puedo tener en cuenta su primera respuesta. Por lo tanto, los nenúfares»), ven los telediarios. Nunca se habla de Gloire en el telediario. No hay, además, razón para ello. Sin embargo, ella lo teme siempre. Lo que temes no es que hablen de ti, insinuó aviesamente Béliard una vez, sino que no hablen. ¡Basta!, gritó justo después. Sabes que no soporto la violencia física.

Sin horizonte, pero sin peligro, transcurrieron así doce días interminables, en modo alguno como Gloire los hubiese deseado, ciertamente a cubierto, pero sin espacio. Una tarde trató de engatusar a Zbigniew, pero éste tenía poca conversación. Los escasos libros que sostenían las estanterías del salón se los había leído todos rápidamente. Béliard seguía poniendo mala cara. Lagrange bebía ahora todos los días y cada vez empezaba más temprano. Había que hacer algo.

Una mañana de mucho sol, antes de que Lagrange empezara a beber, Gloire se decidió a pedirle que la llevara en coche hasta Ruán. Sólo ida y vuelta; estarían de regreso para la cena. Bueno, dijo Lagrange. ¿Por qué no? Cambiaremos un poco de aires. En marcha. Tomaron, pues, la carretera de Ruán. En Pont-Audemer, mientras Lagrange llenaba el depósito del Opel, Gloire se alejó de la estación de servicio en dirección a una sucursal cercana de la cadena de supermercados Shopi. ¿Qué haces?, le dijo Lagrange, ¿adónde vas? Voy a comprar coñac, dijo Gloire. ¡Excelente idea!, exclamó Lagrange.

El mejor coñac de Shopi, en envase de cartón rígido, costaba ciento doce francos con veinte. Gloire se trasladó a la sección de papelería para procurarse un rollo de adhesivo y otro de papel para regalos. De vuelta en el Opel, arrancaron y, luego, mientras circulaban, tal como pudo, Gloire envolvió el coñac en el papel, lo que exigió cierto tiempo, pero, a fin de cuentas, consiguió un paquete para regalo más o menos correcto, sí. Lagrange había puesto la radio, que daba algo de J. J. Cale, por cierto, aunque también de Boz Scaggs. Lagrange marcaba el compás con sus primeras falanges en el volante. No tuvo el mal gusto de querer probar el coñac.

Ruán, luego los suburbios de Ruán. Bloques de pisos baratos, un hospital, un cementerio, una residencia de ancianos, pararon delante de esta última. Espérame

aquí, dijo Gloire mientras abría la puerta del Opel, no tardaré mucho. Lagrange tuvo también el tacto de no ofrecerse a acompañarla.

En recepción, Gloire solicitó ver al señor Abgrall. ¿Lazo de parentesco? Hija única. Espere un momento, le dijeron. Pasado el momento, apareció un enfermero. Guapo y alto, joven, inmaculado, la miró de atento y que daba la impresión de conocer muy bien a su padre; hablaba de él con afecto, y llevó a Gloire a verlo en la ergoterapia. En plena conversación con una señora de su edad, Abgrall padre se levantó de su butaca al ver que se le acercaban. Ni alto, ni gordo, hilo de bigote ceniciento, aire extraviado, pero siempre elegante con su traje gris perla —sosias casi perfecto del ex portero eslavo de Personnetaz, pero nadie más que nosotros lo sabrá nunca—, besó la mano de Gloire en cuanto la tuvo a su alcance. Ahí tiene a su hija, señor Abgrall, dijo el enfermero, y luego afirmó alegremente: Se alegra de verla. El anciano examinó a Gloire, un pelín demasiado. Está bien, dijo, viene al reparto de premios. Está bien, viene por lo de la contribución. Siéntese. Se volvió hacia su contemporánea: Viene por lo de la retribución, le confió a media voz.

A pesar de las actividades tranquilas de las ancianas que los rodeaban —ganchillo, punto, confección de flores artificiales y de cestas de mimbre—, reinaba, con todo, bastante ruido en la ergoterapia. En sus butacas de asientos de hilos de plástico sucio sobre tubos moteados de orín se balanceaban peligrosamente algunos desdentados extrovertidos, mientras que otros cantaban a coro («¡Ah, el placer turbador del primer abrazo!»); el olor era singular, y la tele sonaba a todo volumen. ¿No podríamos hablar en un sitio más tranquilo?, inquirió Gloire. En principio no se puede, dijo el enfermero, pero trataré de solucionárselo. Vamos a buscar un rinconcito. El rinconcito era un pequeño salón apacible, oscuro a simple vista, pero el amable y servicial enfermero corrió las cortinas, y dejó al descubierto un macizo de flores sobre césped. Los muebles estaban encerados, las paredes empapeladas con papel floreado, los sillones cubiertos con fundas. Desapareció el enfermero, reapareció con té, desapareció de nuevo. Estaban solos.

Bueno, dijo Gloire, ¿cómo estás? Personalmente, estoy bien, contestó su padre, pero los arrendajos..., ¿comprende? ¿Qué arrendajos?, le preguntó Gloire. Son los arrendajos los que no andan muy bien, precisó, incluso puede decirse que andan muy mal. En fin, matizó tras un instante de reflexión, de todos modos, no andan tan mal. ¿Estás bien alimentado?, quiso saber su hija. Como mejor que ellos, dijo con un guiño. Diez veces mejor, río, diez veces mejor. No, dijo Gloire, quiero decir si te alimentan bien. ¿Es bueno lo que te dan? Es esencialmente caliente, contestó su padre. Bueno, dijo Gloire, más vale que sea caliente. Justo, dijo él. Qué buen tiempo hace, ¿verdad?, se aventuró a decir Gloire, pero su padre pareció no haber oído esta observación. Toma, te he traído esto, dijo entonces Gloire. ¡Qué amable de su parte!, exclamó el anciano. ¿Qué es? Es coñac, para ti, dijo Gloire, ya sabes, como de costumbre. ¿Coñac?, se extrañó él. ¡Pero si no lo he probado nunca! ¡No poco!, dijo Gloire, pero el anciano tampoco pareció captar este comentario. Bueno, dijo su hija,

tengo que marcharme. Es verdad, dijo él pensativamente, puede que sea preciso. Volveré a verte pronto, dijo ella. Claro, dijo él, sobre todo, no vaya a hacérsele tarde.

Después que devolvieron a Abgrall padre a la ergoterapia, el enfermero simpático acompañó a Gloire hasta la entrada. Le caía bien aquel enfermero. Antes de marcharse, le pidió que cuidara de que no le quitasen la botella de coñac a su padre, como sospechaba que habían hecho la última vez. Es que, en principio, el alcohol no está autorizado, dijo el enfermero con una amplia sonrisa, pero siempre nos arreglamos. Tendré cuidado. Sin embargo, por si hubiera algún problema con el anciano, preguntó, ¿no podría Gloire dejar un número de teléfono al que llamarla, una dirección? Ella dudó un segundo; realmente, le caía bien. No, dijo por fin, ya llamaré.

Gloire salió de la residencia y se dirigió hacia el Opel, aparcado sobre la gravilla, delante de un pabellón administrativo. Una larga ambulancia cuyo blanco capó parecía el hocico de un tiburón estaba estacionada paralelamente y en sentido inverso al coche. Gloire subió a éste, que arrancó enseguida, maniobró, franqueó la verja y desapareció. Cinco segundos después, la ambulancia arrancaba a su vez. Desde el descansillo de la escalera exterior de la residencia, el enfermero observó la operación. Permaneció inmóvil otros cinco segundos y, luego, bajó los peldaños y franqueó a su vez la verja. A cincuenta metros a la izquierda entró en una cabina telefónica e introdujo en el aparato una tarjeta decorada en el anverso con un paisaje nevado tras leer distraídamente, en el reverso, el texto publicitario siguiente: *En el curso de las estaciones, los horizontes, al igual que las sensaciones, cambian. Puede comunicar esta emoción con la mayor facilidad del mundo.* Este aserto hizo resurgir su bella sonrisa. Luego marcó el número de Jouve.

La joven que le interesa acaba de pasar por aquí, anuncia el enfermero. Sí, se ha vuelto a marchar. Pues no, no ha dejado su dirección, pero he hecho que la sigan. Debería saber algo esta noche; lo llamaré mañana. Y, en cuanto al dinero, ¿qué hacemos? Veremos mañana, contesta Jouve antes de colgar y volverse hacia su esposa. Hay que reconocer que tu hermano, a veces, es legal. La información que me dio era buena. Podríamos invitarlo a cenar, ¿no crees? ¡De ningún modo!, le contesta Geneviève. Bueno, dice Jouve, mientras tanto voy a avisar a Personnettaz.

El día siguiente desfiló a todo gas. Personnettaz se presentó a eso de las nueve en casa de los Jouve, que acababan de desayunar. La señora Jouve tenía un aire menos pensativo, menos nervioso y más relajado que de costumbre. ¿No ha venido con la joven del otro día?, le preguntó mientras le servía los restos del café. Personnettaz apretó los labios en vez de contestar. Es una preciosidad, ¿no cree?, sonrió Geneviève Jouve, ¡vaya suerte tiene! Personnettaz quiso poner cara de indiferencia, pero sólo consiguió ponerse más rojo que un tomate y derramar la mitad del café en el platillo. La señora Jouve parpadeó ante aquel espectáculo. Afortunadamente para Personnettaz, desviando la atención de él, el enfermero simpático recordó precisamente entonces: Dio las señas de Gloire. Jouve se las apuntó. Luego volvió a plantear la cuestión del dinero. Jouve se lo prometió.

—Y ahora, ¿qué hago? —preguntó Personnettaz.

—Primero se lo notifica al cliente —dijo Jouve—. Tenga en cuenta que hay que comunicarle el pequeño suplemento en los gastos para retribuir al enfermero.

—Eso no entra en mis atribuciones —objetó Personnettaz—. Estoy de acuerdo en ir allí para ponerlos al corriente, pero los asuntos de dinero es usted quien los resuelve.

—Conforme —convino Jouve—. En cualquier caso, salga lo antes posible. ¿Va a ir solo?

—No lo sé todavía —dijo Personnettaz, que evitó que sus ojos se cruzaran con la mirada enternecida de la señora Jouve—. Supongo. No lo sé.

A las diez y cinco, Personnettaz se despidió del matrimonio Jouve y se dirigió a la sede de Stocastic, donde, desde las nueve y media, en lo tocante al tema de las rubias peligrosas, Salvador había decidido cambiar de metodología. Volver a empezar desde cero. Proceder con orden. Así que, en primer lugar, ¿qué se entiende por rubio? Las enciclopedias francesas, que concuerdan en definirlo como el color intermedio entre castaño claro y dorado, no citan después más que dos o tres matices: el leonado, el ceniciento, qué sé yo. Las norteamericanas establecen una tipología más afinada y distinguen el rubio arena del rubio cobre y el rubio platino del rubio miel, sin olvidarse del rubio sucio (*dirty blond*). y otros más. Bien. Sigamos.

Pero a las diez treinta y cinco Personnettaz interrumpió las reflexiones de Salvador, que estaba solo, pues Donatienne aún no había ido al despacho. Ya está, le

hizo saber Personnettaz, la han localizado. Esta vez es seguro. Pues vaya usted, Personnettaz, dijo distraídamente Salvador, vaya usted. Me temo que no resulte fácil, objetó Personnettaz, ya ha visto cómo las gasta. No hay quien lo entienda, observó Salvador, ¿por qué es tan arisca? No queremos hacerle ningún daño, ¿por qué reacciona de ese modo? Ah, dijo Personnettaz, yo qué sé.

Pero sí lo sabe o, al menos, cree tener una idea. Salvador y su ayudante parecen extrañarse del comportamiento de Gloire, juzgan lo brusco de sus reacciones muy desproporcionado ante lo inocente de su proyecto. Personnettaz, confusamente, lo considera más bien normal. No está seguro de que eso de arrastrar a alguien a la televisión sea algo tan inocente. Sin embargo, no deja traslucir nada. Pues bien, sugirió Salvador, lleve con usted a Donatienne, si es que no está tranquilo, pídale que lo acompañe. Siendo dos, resulta mejor. Sí, dijo Personnettaz, es posible. Duda, no le gusta dudar. Por más que siempre se siente incómodo con Donatienne, también advierte que esa mujer ocupa un lugar cada vez más grande en su espíritu.

Y he aquí que llega, a eso de las doce menos cuarto; la ponen al corriente. ¿Qué, vamos? ¡Claro que sí!, responde maquinalmente Personnettaz. ¡Claro que sí! Por supuesto que vamos. Hablan unos minutos todavía y luego, a las doce y diez, salen en el coche de Donatienne.

Pero, entre la circulación profusa de la autopista, el tiempo de comer algo durante el trayecto y el de encontrar luego la ruta según las indicaciones del enfermero, faltaba poco para las tres cuando localizaron la casa. Aparcaron el vehículo en el rincón que formaban unas tapias, desde donde podían ver sin ser vistos la entrada de la finca. Cuando Donatienne sacó del bolso un paquete de cigarrillos, Personnettaz bajó un tercio de su cristal.

Tuvieron suerte y su espera no fue larga. Al cabo de media hora escasa, apareció Gloire al volante del Opel de Lagrange. La reconocieron y la siguieron de lejos cuando cogió la carretera de Honfleur. Personnettaz conducía con mucha delicadeza, manejaba la palanca del cambio de velocidades y el volante con la punta de los dedos, evitaba el menor crujido mecánico, como si todo movimiento brusco pudiera comprometer la situación; en una palabra, se comportaba como si pisara huevos. Hay que ver, piensa, la hemos buscado al otro lado del mundo, se nos ha escapado y aquí está. A dos pasos.

El tiempo era aún muy bueno, casi tanto como la víspera. A las cuatro y cinco, Gloire se instaló en la terraza de un bar del puerto, donde pidió una cerveza. Parecía esperar algo, o a alguien. Sentados en una terraza contigua, Donatienne, que bebía una naranjada, y Personnettaz, que había pedido un botellín de Vichy, no pararon de mirarla de reojo. Fingieron conversar, como hacen los extras en las películas, cuando se supone que hablan en segundo término de una escena por más que sus palabras resulten inaudibles: sus labios se agitaron en el vacío igual que si contaran con acompañamiento de playback. De todos modos, a Personnettaz siempre le cuesta trabajo hablar serenamente con Donatienne, lo que le hace sufrir mucho y sentirse

avergonzado.

Además de no saber cómo comportarse con Donatienne, no sabía qué actitud adoptar ante Gloire. Vacilaba. ¿Qué hacer exactamente? ¿Hablarle? ¿Convencerla de que no querían hacerle ningún daño? ¿Apoderarse de ella por la fuerza? ¿Engatusarla? La experiencia había demostrado con creces que la vigilancia, así como cualquier tentativa de acercamiento o de contacto, desencadenaba violentas reacciones. Ya verían, tratarían de hacerlo lo mejor posible.

Gloire se levantó a las cinco menos veinticinco. Hubo que seguirla andando. Se dirigió hacia el modesto faro encalado que se alza no lejos del puerto, hacia Trouville, en un pequeño promontorio que se destaca de un acantilado de modestas dimensiones. Hay que mencionar que Gloire —que ya la víspera se dio cuenta de que una ambulancia asmática y sin destellos los había seguido desde Ruán— había reparado en el cabriolé sin identificar que acababa de seguirle de nuevo la pista en dirección a Honfleur. Hizo como si nada.

Gloire va a abrir la puertecilla de la base del faro —no es que sea más baja de lo normal, pero lo parece, aplastada por un efecto óptico— a las cinco menos cinco, y luego la cerrará tras de sí. A los ojos de sus perseguidores, ese faro es la trampa ideal para acorralarla por fin: con Donatienne detrás, Personnettaz entrará a su vez. Subirá los ciento veinte escalones de la escalera de caracol. Saldrá a la pequeña plataforma circular, al aire libre, que domina el puerto. Tendrá tiempo de distinguir las olas, más o menos paralelas, que golpean suavemente el litoral como líneas de escritura que chocaran contra un margen. Golpes de viento nerviosos, paso de gaviotas en la atmósfera, más viva que a ras de tierra, y sol retraído, demasiado frío para deslumbrar. Donatienne, a su vez, aparecerá unos segundos después. Y será, pues, a las cinco en punto cuando Gloire, que surgirá de una pequeña oquedad, sorprenderá a Personnettaz por la espalda y, con la habilidad que da la práctica, lo lanzará vigorosamente por encima del parapeto. Como hemos dicho, no es un faro alto, casi se diría que es de juguete, como un elemento de decoración para una película de bajo presupuesto. Caerse desde allí no significa una muerte cierta, pero, caso de salir con vida, siempre se corre el riesgo de sufrir serias heridas o incluso de quedar lisiado.

Todo ocurrió exactamente como acabamos de prever, con una sola diferencia: que en el postrer momento —a las 17 h 00 m 03 s—, cuando Personnettaz daba la vuelta de campana sobre el vacío, Béliard decidió intervenir. Él, que nunca aparece en el orden social visible, acaba de resolverse a poner públicamente en acción sus superpoderes. Como surgido de la nada, Béliard se lanzó hacia Donatienne, la cogió por la cintura y la proyectó a su vez hacia Personnettaz. La joven no tuvo tiempo de asustarse. Como esos paracaidistas acrobáticos que danzan en pleno vuelo, se unió a Personnettaz a través del aire, lo agarró sólidamente por los hombros y lo condujo, teleguiada siempre por el homúnculo, hasta la plataforma del faro. Todo ello fue muy rápido, ocurrió en unos segundos, y nadie comprendió nada, del mismo modo que después de una crisis epiléptica nadie desea realmente entender lo que acaba de pasar.

Personnettaz, a quien la camisa no le llegaba al cuerpo, se arregló la ropa; luego, una vez recuperado, se presentó: Jean-Charles Personnettaz, encantado. Gloire Abgrall, dijo Gloire. Se miraron sin afecto, pero sin hostilidad; todos parecían cansados. Nadie vio eclipsarse discretamente a Béliard después de dar unas palmadas, respirar hondo y alisarse los cabellos con ambas manos, como si acabara de hacer un buen trabajo.

—No queremos hacerle ningún daño —dijo Personnettaz—. Al menos, yo. ¿Qué quiere tomar?

Tras dejar el faro se habían dirigido al puerto, a pie. El día declinaba. Declinaba suavemente en un rosa de nautilo, de fresas con nata y de gladiolos. Hacía todavía demasiado fresco para sentarse en una terraza, de modo que se arrellanaron en las butacas del bar del Hotel de l’Absinthe. A esa hora había pocos clientes, y un camarero que se parecía a George Sanders limpió la mesa y esperó que pidieran.

—Un martini seco —dijo Gloire.

—¡Buena idea! —dijo Donatienne—. Sí, un martini seco.

—Bueno, entonces, tres martinis secos —le dijo Personnettaz a George al tiempo que levantaba hacia él tres dedos.

Por lo general, Personnettaz evitaba las bebidas alcohólicas, pero después de lo del faro necesitaba un estimulante. Estaban ligeramente embotados, como al final de una competición deportiva o de un estreno, cuando los participantes se recuperan de su esfuerzo en los vestuarios o en el camerino. Salen de su papel, de su camiseta, de su traje, se vuelven a poner la indumentaria habitual, regresan a la vida. Resoplan, respiran con calma. Podrían intercambiar pareceres serenos, indulgentes y pacíficos, pero, al principio, durante los primeros minutos, no se dicen absolutamente nada.

Por lo general, también evitaba el tabaco, pero como, excepcionalmente, se le habían despertado las ganas de fumar, Personnettaz se ausentó un momento. Cuando volvió, trayendo ultralights equipados con filtros de tres capas, Donatienne había empezado a explicarse. A exponer sus actividades para la televisión, su estilo de trabajo, sus proyectos de programas, y, entre ellos, los que querían hacer sobre Gloire, motivo por el que andaban tras ella desde hacía dos meses. Este proyecto seguía teniendo mucha importancia tanto para Donatienne como para su jefe, llamado Salvador. ¿Aceptaría colaborar? Gloire, sin responder, abrió unos ojos como platos.

Donatienne aseguraba que la gente se acordaba de ella, que le gustaría mucho saber qué había sido de su vida. Gloire no estaba segura de desear que lo supiese. No sé qué decirle, dijo. Lo pensaré. De todos modos, dijo Donatienne, no se hará sin su consentimiento, esté tranquila. Sólo le ruego que se entreviste con Salvador; luego, haga lo que quiera.

Además, tenga en cuenta que estaría bien remunerada. No carecían de liquidez. Habían gastado bastante para ir a buscar a Gloire al otro lado del mundo. Al oír estas palabras, Personnettaz, que se siente directamente implicado, enciende un cigarrillo. Donatienne resumió rápidamente aquella búsqueda, sin hacer mención de los episodios violentos. Ninguna alusión, por ejemplo, a Jean-Claude Kastner, ni al episodio del faro de hacía una hora.

Además, aquel paseo al faro, Personnettaz y Donatienne parecen haberlo olvidado. A menos que prefieran no mencionarlo, que no estén completamente

seguros de su realidad: no se mencionan las alucinaciones, es algo que atañe a la vida privada de cada uno. Por su parte, Gloire no tiene ganas de que unos extraños se interesen por Béliard, por sus intervenciones en la realidad. Por lo demás, siempre desconfía un poco de la realidad cuando Béliard condesciende a mezclarse en ella. Personnettaz enciende un segundo cigarrillo, del que, como del primero, no inhala prácticamente nada debido a lo espeso del filtro.

Donatienne trató tanto como pudo de convencer a Gloire de lo bien fundado de sus proposiciones. El dinero, el público, el éxito recobrado. ¿Por qué no el inicio de una nueva carrera y tal vez de un nuevo amor? ¿Tomamos otro? Tomaron otro. Cuando se lo terminaron, Gloire se levantó y se despidió. Si quiere que hablemos otra vez de todo esto, dijo Donatienne, pase por aquí mañana por la mañana. Tómese la noche para decidir, piénselo.

Suenan unos violines a la salida de Gloire. Primero, un ataque en menor cuando se levanta bruscamente, luego, un vertiginoso torbellino grave cuando dirige una última mirada a Donatienne y a Personnettaz, finalmente, breves ataques en serie staccato mientras se aleja hacia el tambor cilíndrico de la entrada. Personnettaz se quedó a solas con Donatienne. No me vendría mal otro, dijo ella. Sé que no es razonable, pero bueno, ahora que este asunto está resuelto... ¿Usted no?

—No —dijo Personnettaz—, para mí, ya vale.

Arrancó nervioso el filtro de un tercer cigarrillo antes de fumárselo cuan largo era de una sola calada. Después preguntó, sin saber muy bien qué respuesta deseaba oír:

—¿No ha notado nada antes, en el faro?

—No —dijo Donatienne—, ¿por qué?

—No —dijo Personnettaz—, por nada.

Personnettaz, aun sin estar seguro de ello, cree, con todo, acordarse de haber visto a Donatienne atravesar los aires para salvarlo de una muerte probable. Pero prefiere no insistir.

—¿Así que no regresamos esta noche? —pregunta para cambiar de tema.

—Es tarde —juzga Donatienne—. ¿No está cansado? Además, mañana hay que ocuparse de la chica. Aquí deben tener habitaciones. Tiene buen aspecto este hotel.

En efecto, tenían habitaciones libres y realmente estaban bien. Categoría de lujo, como en Bombay, pero en más sedoso, más íntimo, y con vistas a la Mancha en lugar de al Mar de Omán. Sus ventanas la dominaban desde dos plantas distintas. Descansarían una hora y se reunirían para cenar: Personnettaz siguió con la mirada a Donatienne mientras ésta se alejaba hacia el ascensor.

Cuando a su vez lo tomó, la cabina estaba más iluminada que la del Club Cosmopolita, pero, bajo el foco vertical cerca del espejo del fondo, Personnettaz se vio envejecer igualmente. Nunca se le había ocurrido pensar que pudiera sucederle una cosa así. Ni siquiera le había pasado por la imaginación. Se comportaba como si el tiempo no tuviera nada que ver con él, como si no existiera, con la vaga esperanza de que acabara por olvidarlo. Pero hete aquí que el tiempo corría detrás de él, y su

imagen crecía sin cesar en el retrovisor mientras se disponía a adelantarlo. Personnettaz rechaza esta idea. Lo que tenía que hacer era prepararse, como era su deber, para ser el adecuado compañero de mesa de Donatienne durante la cena.

Personnettaz fue a su habitación y se acostó a esperar la hora. Pensaba recapacitar en la cama, pero se durmió, soñó brevemente, se despertó de repente justo a tiempo. Presa de un indefinible temor, antes de bajar se examinó en el espejo del cuarto de baño. Menos ofensivo que el del ascensor, aquel espejo tampoco estaba muy bien dispuesto en favor de su usuario: prueba de ello es que Personnettaz descubrió un grano en la aleta izquierda de su nariz.

En principio, reventar este grano no es nada, cosa de un poco de alcohol de noventa grados en otro poco de algodón. A falta de alcohol de noventa grados en su neceser, Personnettaz busca febrilmente en el minibar algún líquido parecido. Mejor que los espirituosos amarillos, tipo coñac o whisky, iría, sin duda, un alcohol transparente como el farmacéutico: ginebra, aguardiente, vodka. Mejor vodka, en definitiva, de la que Personnettaz empapa un pañuelo de papel con el que se friega, tras lo cual, para darse ánimo, se bebe de un trago la que queda en el botellín. Lo que es impropio de él. Comprar cigarrillos ya había sido algo que no cuadraba con su modo de ser. Todo eso no forma parte de sus costumbres. Personnettaz se siente desconocido.

Gloire, entre tanto, se había ido en el coche de Lagrange; monologó durante el trayecto. Los faros del coche perforaban cónicamente la noche cerrada y proyectaban la película de la jornada en el telón doble de los álamos. Sin aceptar ni rechazar las proposiciones de Donatienne, Gloire apenas había reaccionado, no había dicho nada. Encontraba bastante agraciada a aquella chica, bastante atractiva, dentro del tipo morena curvilínea energética. Dudaba. De vuelta en la casa sobre las nueve, se encontró con Lagrange en la entrada. Éste, medio borracho, pretendió haberse inquietado, y se quejó de haberla esperado para cenar. Pero ¿has visto la hora que es?, dijo mientras dirigía su índice a la muñeca, antes de proyectar su pulgar levantado hacia la cocina. Todo estará frío ahora. Déjame un par de minutos, dijo Gloire, ahora vuelvo. Desaparecido del faro inmediatamente después de su intervención relámpago, Béliard debía de haberse metido en su habitación. Antes que nada, Gloire deseaba pedirle consejo.

—¿Qué? —exclamó el homúnculo tan pronto como Gloire hubo cerrado la puerta—. ¿Me he portado bien?

Parecía enorgullecerlo su proeza de la tarde. ¿La habían comentado?, preguntó. No, le contestó Gloire, no han hablado de ella. Es lo normal, dijo él con pena, pero me gustaría que de cuando en cuando la gente se fijara en esas cosas, al menos un poco. A veces necesitas el apoyo de un público.

—Sí —dijo Gloire—, no lo sé. ¿No crees que hubiéramos hecho mejor deshaciéndonos de ellos?

Béliard se llevó un dedo a la sien y le expuso que había pensado en ello, y creía

que no. En primer lugar, no habría salvado a Personnettaz de haberlo juzgado peligroso. Y, de modo más general, consideraba que ya era hora de que Gloire volviese a los métodos legales, que se integrase de nuevo en la sociedad de los hombres. Pase con Jean-Claude Kastner, pase aún con el fulano de Sydney, pero no podrían borrar eternamente a los importunos con toda impunidad. A pesar de todos sus poderes, a pesar de su invisibilidad, un día u otro eso acabaría advirtiéndose. ¿No era mejor contemporizar ahora, tratar de amoldarse al orden común? Después de aquellos años de marginalidad, quizá resultase algo difícil al principio, pero allí estaría él, Béliard, para ayudarla. ¿Qué quería exactamente aquella chica? A regañadientes, Gloire le expuso las proposiciones catódicas de Donatienne. Perfecto, dijo Béliard, esto nos viene de primera. Es una ocasión única. ¿Lo crees en serio?, preguntó Gloire, no muy convencida. Naturalmente que sí, dijo Béliard, aceptemos. No volverá a presentarse. Ahora ve a comer algo. Tienes que estar en forma para mañana.

Gloire bajó a buscar a Lagrange, sentado solo a una mesa delante de unas copas en el comedor. Mientras tomaban una cena fría, durante la cual se le aflojaron varias veces los párpados, no pareció entender bien el anuncio que le hizo Gloire de su partida, que sólo le sirvió de excusa para servirse otra copa. Gloire dejó la mesa antes que él.

Lagrange dormía aún al día siguiente por la mañana cuando Gloire llamó al Hotel de l'Absinthe. Personnettaz y Donatienne aparecieron una hora después y las bolsas de Gloire saltaron por sí solas al maletero del cabriolé que circulaba poco después por la autopista del Oeste. Personnettaz y Donatienne iban delante. Gloire, sentada a la derecha detrás de ellos, observaba la carretera enmarcada por sus hombros disimétricos: el tráfico era fluido bajo el cielo blanco. Una vez de acuerdo, en cuanto llegaran a París, en llevarla directamente a ver a Salvador, no intercambiaron muchas palabras. Personnettaz pasaba las hojas de una revista y Gloire sólo cruzó una vez por el retrovisor su mirada con la de Donatienne. Ni siquiera hemos hablado de dinero, dijo de repente esta última cerca de Mantes-la-Jolie. ¿Le parece bien doscientos mil? (Gloire no sabía qué contestar cuando Béliard apareció fugazmente en el asiento de al lado: guiño rápido, sonrisa breve, despliega cuatro dedos, que agita ante ella.) Cuatrocientos mil, dijo Gloire. Cuatrocientos mil, repitió Donatienne. Vale. (Béliard agita la cabeza, sonrío más ampliamente y levanta el pulgar antes de evaporarse.) Estaban llegando.

Cinturón de ronda sur: ocho o nueve puertas separan la de Auteuil de la Porte Dorée, cerca de la cual bajó Gloire. Donatienne, que pasaría a recogerla un poco más tarde, le dijo que tenía reservada habitación en un hotel próximo a la mezquita. Reemprendieron la marcha.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Personnettaz.

—Podríamos tomar una copa —sugirió Donatienne—. Si no, puedo acercarlo a su casa.

Personnettaz tiene la sensación de que ha estado pensando mucho rato antes de oírse proponer a la joven que, puestos a tomarse una copa, podrían tomársela en su casa.

—Me parece bien ir allí, si a usted le apetece —dijo ella, lo que cogió por sorpresa a Personnettaz, que no se lo esperaba—. ¿Me guía?

—Coja hacia la République —dijo Personnettaz con voz neutra—. Vivo justo al lado.

En los bulevares empezó a intranquilizarse, y con razón, puesto que siempre era difícil aparcar en aquel barrio. Por suerte, acababa de quedar libre un sitio en su calle, justo frente a su casa. Buscó algo que decir sobre la suerte, sobre la calle, sobre la vida, una de esas cosas espontáneas, agudas y bien observadas que embellecen la existencia, pero, qué va, no se le ocurrió nada. Iba a decirle a Donatienne algo así como ¡Toma!, o ¡Vaya!, cuando oyó un desagradable golpeteo contra el cristal de su lado. Personnettaz se volvió: Boccara le sonreía ampliamente al otro lado del cristal y le hacía señales; era evidente que quería que lo bajara. Lo bajó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—¡Esto es tener suerte! —dijo Boccara, entusiasmado—. ¡Quería verlo y aquí está!

De vuelta de su crucero, estaba apreciablemente moreno; llevaba un traje nuevo, tal vez demasiado amarillo y ligero para la estación; parecía haber engordado algún kilo. Donatienne lo miraba. Personnettaz estaba molesto.

—Así que ya has vuelto.

—¡Lo he pasado bomba! —dijo Boccara—. ¡Oh, he visto cada cosa! Me sabe un poco mal que se haya acabado. ¡He conocido a unas chicas, no veas! Venía para contárselo.

—Escucha... —empezó a decir Personnettaz.

—Bueno —lo interrumpió Donatienne, que empuñaba ya la palanca del cambio de velocidades—, lo dejo con su amigo.

—¡Espera! —dijo Personnettaz, y se volvió hacia ella—. ¡Espere! ¿Y la copa? —murmuró—. Habíamos quedado...

—Otra vez será —sonrió Donatienne—. Puede telefonarme, si quiere.

—Pero... —repitió Personnettaz.

Donatienne seguía sonriendo mientras ponía la primera, saludó con la cabeza antes de alejarse, se fue. La sonrisa se mantuvo, intacta, hasta el final de la calle Yves-Toudic; luego, flotaría aún en sus labios durante toda la subida por el bulevar Magenta.

—¿Qué pasa? —preguntó Boccara—. No parece encontrarse bien.

—Nada —dijo Personnettaz mientras contemplaba cómo desaparecía el cabriolé—. Nada.

Si bien siente, claro está, un poco de rencor hacia Boccara, la sensación de ligero alivio concurrente le impide ser demasiado riguroso con el joven. Que también

contempla a Donatienne, que desaparece a lo lejos. Así son las cosas: una vez solos, contemplan cómo se marcha.

—¡Oiga —dice Boccara—, está un rato buena!

—Ah, vaya —dice negligentemente Personnettaz mientras se hurga en los bolsillos—, ¿tú crees?

—¿La conoce bien? —se interesa Boccara.

—Un poco —dice modestamente Personnettaz, al tiempo que saca los cigarrillos—, la conozco un poco.

—¡Anda, que usted...! —dice Boccara.

El sol, dice Salvador.

Ha estado buscando nuevas ideas para su proyecto desde el comienzo de la mañana, sin que se le ocurra ninguna, como la mayor parte del tiempo. El cielo está muy cubierto y, a ratos, llueve sobre la Porte Dorée. Salvador no está alegre. Si su malhumor procede de la esterilidad, de ese tiempo tétrico o del tiempo perdido, no quiero saberlo. Pero, hacia las doce, la cosa se despeja, las nubes se disocian, el sol entra por las ventanas y recorta grandes paralelogramos en el parque, propulsa trapecios en los ángulos mediante rebotes de reflejos. Aunque el buen tiempo no invade por ello su alma, al menos Salvador piensa en el sol.

Consideremos, se propone, los efectos del sol en las rubias peligrosas. Reflexionemos. Nada de medias tintas en él: el sol broncea o quema, te curte o te mata. Si da generosamente un tinte cobrizo a las rubias peligrosas ardientes y avasalladoras, calcina sin misericordia a las rubias peligrosas cloróticas refrigeradas. Demasiado porosas y translúcidas, las cloróticas se vuelven al punto de púrpura, les da calentura y se retiran. Quedan las avasalladoras, cuyo retrato hemos tratado de esbozar en el capítulo once: su epidermis más densa, su carnadura más resistente, acogen como a héroes a los ultravioletas. Sí, inclinémonos, se dice Salvador, prefiramos inclinarnos por las rubias peligrosas bronceadas. La puerta se abre entonces: aparece una rubia peligrosa bronceada.

Femenino, masculino, neutro: si el sexo del sol varía de un idioma a otro, su carácter cambia igualmente según los cielos. Y el hecho es que, sometida al abrupto sol australiano y luego a los rayos más envolventes del indio, Gloire se ha puesto bastante morena desde que se fue. Salvador duda. Por un instante, no entiende nada —como si, por arte de magia, ante sus ojos acabara de encarnarse su idea—, luego, identifica a la mujer. Encuentros así pueden provocar un cortocircuito, una ráfaga de aire seguida de un incendio; pueden desencadenar un fuego de artificio en el corazón de un arco iris acompañado de un nuevo estallido de orquesta de cuerda. Y eso es exactamente lo que pasa en el alma resucitada de Salvador que, de pronto, parece muy confuso. Sí, es su cuerpo el que no da la impresión de seguir a su alma:

—Ah, sí —se levanta de lado—, sí. Pase.

Tropieza con la mesa al rodearla para dirigirse hacia Gloire, se para demasiado lejos y luego demasiado cerca de ella, duda en tenderle la mano, que acaba por agitar vagamente señalando un sillón. Todo el tiempo que tarda en volver a su sitio, el tiempo que tarda Gloire en identificar el sillón, ininterrumpidamente se oyen pasar los coches por la avenida del Général-Dodds.

—La estaba esperando —pretende Salvador.

Pero habla como con desgana y, veinte minutos más tarde, Gloire sabe poco más que lo que le dijo la víspera Donatienne; Salvador, por su parte, no está mucho más relajado. Ha dado todos los detalles posibles a Gloire —rodaje a últimos de mayo,

desplazamientos, testimonios, documentos de archivo, fragmentos de películas, cuatro días de estudio, montaje, emisión a finales de septiembre—, ha hecho observaciones, arriesgado generalidades, pero sin atreverse siquiera a ofrecerle una copa. Bien. Quería su conformidad. Ella se la ha dado, y ahora, ¿qué hacer? No hay más que silencios, compostura cada vez más forzada, miradas desviadas; la escena empieza a alargarse, Salvador está totalmente turbado. Menos mal que Donatienne no se ha demorado y llega en el momento justo para abreviar la entrevista. Gloire no quiere mostrarse demasiado aliviada al verla de nuevo. Pues entonces adiós, dice torpemente Salvador, supongo que hasta pronto.

Después, bajo el sol retornado, Gloire y Donatienne atraviesan el distrito doce por su eje, cruzan el Sena por el puente de Austerlitz, luego bordean el Jardín Botánico hacia la mezquita. Si los hombres hablan de mujeres, en coche o donde sea, es lógico que ocurra lo contrario: mientras atraviesan París, las dos mujeres intercambian puntos de vista sobre Personnettaz —al que coinciden en encontrar un poco raro— y luego sobre Salvador —de quien Donatienne confirma que también es un poco raro.

Raro o no, ha intentado reanudar su trabajo después de salir ellas, pero está demasiado distraído, la cosa no marcha. Salvador pasea por su despacho, mira por la ventana, intenta leer unas páginas de *How to disappear completely and never be found* sin lograr concentrarse. Cierra distraídamente la obra, que mete en una bolsa de plástico, dobla sus notas en cuatro dobleces y se las mete en el bolsillo, se levanta de su asiento. Quiere volver a su casa. Sale. Baja al metro. Bastante ausente, espera sin esperar el convoy, llega éste, sube. De pie, adosado a la pared del coche, una vez que ha echado un vistazo vacío a sus vecinos —viejas personas resignadas, hirsutos lectores de revistas de informática, joven senegalesa con patines de hielo—, saca el libro de la bolsa. Pero, como ésta le estorba para sostenerlo, piensa en librarse de ella metiéndola en la bolsa, pero no puede, porque son una misma cosa, así que ¡mierda! Decididamente, está bastante distraído.

De regreso en su casa, en su cocina americana, tras un poco de carne fría y de telediarario, relee sus notas, las desarrolla pensativo, se exhorta a expulsar a Gloire de su mente. Recomencemos. Así pues, las rubias peligrosas avasalladoras toman el sol, lo absorben, lo asimilan y luego lo enarbolan. En forma de pigmentos. Así, en las noches de verano, en los night-clubs, cuando cruzan las piernas interminables en altos taburetes, despiden rayos como si fueran soles portátiles. El propio sol, concluye Salvador, es una rubia peligrosa.

En el mismo instante, en la calle Yves-Toudic, Personnettaz está igualmente sentado en su pequeña cocina, pero saca otras conclusiones mientras fuma. Por lo que se ve, desde la víspera, Personnettaz vuelve a fumar. Dos vasos vacíos están delante de él, sobre la mesa. Es que contar sus aventuras le ha dado sed a Boccara, y beber lo ha vuelto hablador, a partir de lo cual no había motivo para parar. Personnettaz ha temido que no se marchara nunca. De hecho, acaba de irse. De todos modos, Personnettaz no lo ha escuchado con demasiada atención, pues prefería recordar el

juicio que, aquella misma mañana, había pronunciado el joven sobre Donatienne. Después del relato entero del crucero, ha tenido que interrumpirlo tan pronto como Boccara ha intentado empalmar con su vida amorosa. Personnettaz está por fin solo.

Está solo, pero está agitado. Es que lo sentimental no es lo suyo. Hasta ahora, para él, el amor se ha presentado siempre sin testigos. Cada vez que se le ha manifestado, poco seguro de su juicio y de sus emociones, sin consultar a otros, Personnettaz se ha apresurado a ponerle fin. Sin opinión externa, ha bajado los brazos. Pero si, casualmente, un testigo lo anima —el otro día la señora Jouve, hoy Boccara—, todo parece posible. El amor, ya se sabe, pasa a menudo por un tercero, diga lo que diga y sea quien sea: orden o consejo, permiso, prescripción, poco importa, lo esencial es que te anime. Dicho esto, reconoce amargamente Personnettaz, es una historia muy improbable. Lo cierto, en todo caso, es que Donatienne es mucho más guapa (quiero decir más guapa que yo), sin duda, mucho más rica (eso no es difícil), sensiblemente más joven (véase supra).

En resumen, las cosas han evolucionado de tal modo que en el momento presente de nuestra historia nos hallamos con dos hombres prendados de dos mujeres extraordinariamente diferentes. ¿Qué van a hacer? ¿Qué será de nosotros?

Seis meses más tarde, durante la emisión del programa dedicado a Gloire, Personnettaz sedujo a Donatienne, o viceversa. Aquel jueves por la noche, estaba la mar de tranquilo cuando, de improviso, ella se presentó en su casa pretextando una avería de su televisor. No hizo ningún comentario sobre el piso de Personnettaz: prácticamente vacío, se prestaba poco a ello. A propósito del único objeto decorativo, una planta de interior agonizante, le dio, simplemente, consejos de reanimación. Personnettaz no tenía ninguna bebida que ofrecer, aparte de un resto de kirsch que se repartieron, pero no tocaron. Al llegar la hora de la emisión, Personnettaz encendió su aparato, ofreció a Donatienne el único sillón de que disponía y tomó asiento a su lado en un viejo taburete. Luego, si bien no sabemos a ciencia cierta qué frases o qué miradas intercambiaron, cuál de aquellos dos muebles se acercó primero al otro antes de que Personnettaz y Donatienne se tendieran en un tercero, una cosa es indudablemente cierta: no vieron aquella emisión hasta el final.

Al domingo siguiente, Personnettaz se instaló en casa de Donatienne y renunció, con un solo gesto y sin pena, a su pequeña vivienda y a sus faenas intermitentes para Jouve. Inmediatamente mejoró su régimen alimenticio, renovó su vestimenta, se relajó un poco su semblante; en resumen, su vida se metamorfoseó. Hasta empezó a acariciar la idea de casarse, un buen día, con aquella hermosa mujer, por más que el nombre de Donatienne Personnettaz fuera quizá un poco largo de pronunciar.

Como un clavo empuja a otro, frente a aquella defeción, Jouve tuvo que resignarse a sustituir, en tanto que primer agente, a Personnettaz por Boccara. Que juzgó necesario, para conferir categoría a aquel ascenso, el reclutamiento inmediato de un ayudante. Jouve le encontró a los tres días un nuevo elemento llamado Patrick Berthomieux. Un chico pensativo, prudente, frágil, embutido en toda estación en un jersey enorme. Y, lo que constituye un tremendo inconveniente cuando se ejerce semejante profesión, que teme siempre molestar. Es sólo un poco más joven que Boccara, que, nostálgico de Personnettaz, no ve mejor medio de conservar su recuerdo que tratar a su nuevo acólito tal como él era tratado por su ex jefe.

Al día siguiente de su ascenso, con motivo de una visita a Jouve, ausente como siempre de su casa, a Boccara se le ocurrió la idea de seducir a Geneviève Jouve. Dos días después, le pareció que hacerlo lo conduciría a un callejón sin salida, que era una falsa buena idea. Ya el fin de semana siguiente, de plantón con Patrick Berthomieux ante el domicilio de un ingeniero del que sospechaba su empresa, Boccara se sinceró con su ayudante en lo tocante a sus nuevas preocupaciones. Como solía hacer con Personnettaz, desarrolló ante él sus ideas:

—El amor, date cuenta —le explicó—, es realmente como la nieve en París. Muy bonita cuando te cae encima, pero no dura. Y, después, es una jodienda. Tanto si se convierte en barro como en hielo, enseguida acarrea más problemas que emociones.

—Ah, vaya —le contestó Berthomieux—. ¿Tú crees?

—Sí —dijo Boccara—, lo creo. Pero creo, sobre todo, que tienes que tratarme de usted. Recuérdalo.

—Ah, sí —se corrigió Berthomieux—, discúlpeme.

Emitida en prime time, con un promedio de 16,2 puntos Médiamat y un 35,6 % de cuota de audiencia, la serie de Salvador obtuvo un éxito muy grande. Fue seguida en muchos hogares. Geneviève Jouve no se perdió ni una migaja en su sofá, ni Lagrange y Zbigniew en su celda de Fresnes. Consiguientemente, Stocastic Film consolidó sus posiciones en los canales hertzianos y Salvador vio renovado su contrato. No le resultó difícil, en tales condiciones, negociar unas semanas de reflexión en la montaña para poner a punto otros proyectos. Luego preparó las maletas.

También como consecuencia de aquella emisión, Gloire hubo de apechugar con una renovada popularidad. Empezaron a conocerla de nuevo por la calle, a enviarle sacas postales de correspondencia, a ofrecerle rodar spots publicitarios, posar desnuda para ciertas revistas y hasta reeditar con un nuevo montaje sus antiguos éxitos. Pero ya sabemos lo frágil que es. Después de haberse divertido unas horas con aquella situación, rápidamente empezó a querer ocultarse de nuevo, a no alimentarse, a no abrir la puerta ni contestar al teléfono. La conducta de Gloire comenzó a preocupar al personal del hotel, del que no salía, detrás de la mezquita. Avisada de inmediato, aunque muy ocupada con su nueva vida con Personnetaz, Donatienne acudió, se alarmó, se esforzó en calmar a Gloire antes de poner al corriente a Salvador.

Haciendo hincapié en que era responsable del estado de Gloire, Donatienne acabó convenciendo a Salvador de que se ocupara de ella y la tomara a su cargo, la protegiera de los otros y de sí misma. Salvador, al principio, no pudo disimular su reticencia. Temía comprometerse. Muy impresionado por Gloire, pero escarmentado por la vida, prefería prevenir que arriesgarse a tener que curar. Ocultando sus sentimientos tras un telón de acero, había mantenido cuidadosamente las distancias con la joven mujer durante el rodaje. Pero, exhortado por Donatienne, acabó cediendo. Se responsabilizó.

Antes de cerrar las maletas, se aseguró, pues, de que hubiera otra habitación libre en el hotel en que había hecho su reserva, un establecimiento pequeño y confortable regentado por dos hermanas en una estación climática de los Pirineos; Salvador tiene sus hábitos. Ningún problema, respondió la hermana mayor, hay muy poca clientela ahora, a comienzos de otoño. Salieron en coche.

Llegaron al atardecer. La habitación de Gloire tiene muebles de pino. El sol y las coladas han descolorido las cortinas y la colcha, y las sábanas están muy ligeramente almidonadas. Por la ventana, a lo lejos, Gloire ve recortarse en el crepúsculo dos agudas eminencias rocosas que ritman el horizonte como en un encefalograma: la base de una de ellas está comunicada por medio de un teleférico con la cumbre de la otra. Después de cenar, cansada por el viaje, subió a acostarse temprano; contaba

vagamente, sin desearla de veras, con una visita de Béliard. Pero no. Aquella noche no acudió nadie.

Es que cada vez se ve menos a menudo a Béliard. Desde la emisión de *Rubias peligrosas*, sus intervenciones han sido escasas. Y, además de que su presencia en el espectáculo es cada vez más intermitente, sus apariciones son cada vez más fugaces. Últimamente, Gloire sólo lo ha entrevisto: tiene el aire apresurado y reticente a entablar conversación del hombre de negocios entre tren y tren, viste ropa nueva, mira cada cinco minutos el reloj y consulta constantemente una pequeña agenda que nunca le había visto usar antes. Como el que no quiere la cosa, Béliard da a entender que tiene nuevos contactos.

Al día siguiente de su llegada, Salvador propuso dar un paseo, contando con el aire de la montaña para equilibrar a la mujer. A semejante altura, y en aquella estación, si bien ese aire se muestra algo frío al anochecer, por la tarde permite la indumentaria de verano. Gloire y Salvador caminan hablando poco, no siempre el uno junto al otro, como si apenas se conocieran. Su trato está impregnado de esa cortesía distante que adoptan sistemáticamente, obligados a compartir la misma isla desierta, los náufragos beligerantes. Salvador, como conoce la región, dice a veces el nombre de una flor que han visto al pasar o el de un pájaro que ha volado sobre ellos, pero eso es todo. Gloire tendrá ocasión, más adelante, de buscar esos nombres en sus guías de plantas y animales.

Para ser el primer día, han andado mucho. Sus pasos los han llevado hacia una de las dos eminencias agudas que Gloire divisa desde su ventana. Llegan a la base de esa eminencia, desde la que se puede llegar a la cumbre de la otra con el teleférico. Van vestidos de color claro, casi hace calor, Gloire va delante y Salvador la sigue a unos metros, chaqueta al hombro. Bajo los brazos de la pilastra, cerca de una casita de madera, un simple edículo de techo de una sola pendiente y provisto de una ventanilla que hace las veces de taquilla, la cabina vacía del teleférico parece un viejo modelo de tranvía o de transbordador atracado a un muelle. Junto a un grueso rodillo de billetes, el busto de un hombre de cara curtida y dedos rechonchos, que viste un anorak, se recorta en el marco de la taquilla. El paisaje es silencioso, no hay alma viviente en lo que abarca a la vista salvo Salvador, Gloire y ese hombre que vende además postales de la región.

Tras consultar los precios expuestos, Gloire acaba de comprarle al hombre dos billetes cuando se le une Salvador. Dentro del edículo, el hombre se ha levantado para ir a accionar el mecanismo de la cabina. ¡Espere, espere! Es que no puedo subir ahí. Gloire lo mira interrogativamente. Soy un poco sensible al vacío, explica Salvador. No lo soporto debajo de mí. Me pongo malo, ¿sabe? Me asusta, es una idiotez, un miedo irracional.

Gloire lo mira con una rara sonrisa un poco fija, sus ojos son casi líquidos. Vamos, venga, dice con voz alegre. Y Salvador, incapaz de negarse, la sigue hacia la cabina. Se cierra la puerta tras ellos en cuanto el hombre salido de su edículo ha

manipulado manivelas y palancas, y luego pulsado un gran botón verde: el teleférico se pone silenciosamente en movimiento. Se elevan. De pie, cerca de las máquinas, el hombre ve achicarse la cabina, por encima de la cual, en pleno cielo, unas águilas o unos buitres describen círculos. Un viento muy ligero hace sonar, con intermitencia, unos armónicos en los cables del teleférico. Cuya cabina, a medio trayecto, acaba de pararse. Todavía no hay noticias de Béliard.

Ustedes prevén lo peor, se comprende: muerto de miedo, sin poder echar el menor vistazo abajo, Salvador se agarra con todas las fuerzas a cuanto parece un asidero, lo aprieta tan violentamente que le blanquean los nudillos, que le falta aire. Pero hete aquí que Gloire le sonrío, se acerca, posa dos dedos en su hombro y le susurra que no tenga miedo; luego su mano pasa del hombro al cuello, después a la nuca de Salvador, que siente correr sus dedos entre sus cabellos. Y luego, al instante siguiente, soltando todos los asideros, estrecha a la mujer entre sus brazos.

Con Gloire pegada a él y sus labios sobre su cuello, Salvador abre un ojo y, por encima del hombro de la mujer, ve distintamente el abismo. Ahora bien, milagro número uno, no siente vértigo, ni mareo; todos los puntos cardinales siguen en su sitio, en buena armonía con las dimensiones. Y Gloire, milagro número dos, no piensa, en absoluto, en arrojar a aquel hombre al vacío, y, tal vez, ni siquiera en arrojarlo de su vida en el futuro. Es posible que nunca tengamos ya necesidad de Béliard —a menos de que sea el único responsable de tales cambios—, pues entre cielo y tierra Salvador y Gloire siguen besándose. Una y otra vez. Y no parecen deseosos de parar: al ver sus caras, sus cuerpos, se diría que ninguno de los dos experimenta ahora ninguna pena, ninguna inquietud particular. A él ya no le asusta el vacío, a ella ya no la asusta nada.

Notas

[1] «Cómo desaparecer por completo y no ser encontrado nunca.» (*N. del T.*) <<

[2] Alimento a base de cánnabis muy popular en la India. (*N. del Ed.*) <<